LOPEZ VALENCIA
MADRID-MEXICO

ESTUDIOS EXTREMEÑOS

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

T. XLII

REVISTA
DE
ESTUDIOS EXTREMEÑOS

DEPÓSITO LEGAL: BA-14-1958

AÑO 1968 TOMO XXIV

NÚM. I

Eduardo Cerro. Madrid

BADAJOZ

PUBLICACIONES DE LOS SERVICIOS CULTURALES
DE LA EXCELENTÍSIMA DIPUTACIÓN PROVINCIAL

REVISTA

DE

ESTUDIOS EXTREMEÑOS

XXIV ENERO-ABRIL 1968

LOS SANCHEZ DE BADAJOZ

(La formación del apellido y su ascendencia)

Se han dado en algunas publicaciones referencias de un importante documento del siglo XIII, que se conserva original y en pergamino, pero que nunca ha sido publicado, ni se reparó en que en él consta que bienes de aquellos Bejaranos pacenses, en los que Sancho IV hizo tan duro escarmiento, sirvieron para dar vida al apellido Sánchez de Badajoz. Se trata de la donación que doña María Sánchez—D.ª Mari, se nombra y firma en el documento—, Camarera de la Reina D.ª María de Molina, otorgara en Medina del Campo, a 3 de Mayo de la era 1330, año 1292, que por primera vez publicamos literalmente (1).

En las aludidas referencias se olvidaron del interesante dato relativo a los Bejarano, limitándose a la mención del nacimiento del apellido Sánchez de Badajoz. *El Memorial de Ulloa,* al tratar de los hijos de Fernán Sánchez, dice:

«El cual procreó dos hijos, i dos hijas. Estos fueron Gonzalo Sanchez de Alcantara, que continua esta sucesión; Fernan Sanchez, que llamaron de Badajoz por los heredamientos que tuvo en aquella ciudad el año 1292. Las hijas fueron doña Aldonza, que el año 1.292 aún no había casado, i doña María Sanchez de Alcantara, que no consta casase. Fué Camarera de la Señora Reina doña María, mujer del Señor Rey Don Sancho Quarto. Della hace

(1) Se guarda en el Archivo de los Condes de Canilleros, Asuntos de Alcántara, Leg. 1; n. 1.

memoria, año 1.302, su Chronica en el capítulo diez i siete. Y llamandose camarera de la Señora reina hiço donación (que hemos visto original) a Gonzalo Sánchez, su hermano, de los bienes que tenia en Alcantara... i a Fernan Sanchez, su hermano segundo hiço donación de los bienes que tenia en Badajoz; que es de quien procedieron los antiguos Señores de Villanueva de Barcarrota, con el apellido Badajoz» (2).

Como hemos dicho, ni en esta ni en ninguna otra referencia del documento se recogió el curioso e importante dato que en él consta relativo a los bienes de los Bejarano (3).

Díaz Pérez, con sus acostumbrada ignorancia y despreocupación que hicieron de sus obras un inconcebile amasijo de invenciones y falsedades, hablando de un Fernán Sánchez de Badajoz, nacido en esta ciudad, al que dieron el señorío de Barcarrota, dice:

«La familia de los Sanchez de Badajoz pobló esta ciudad desde los primeros dias de su reconquista... D. Fernan descendia del famoso caballero Sanchez, que acompañó en 1.228 al Rey don Alfonso IX a la conquista de Badajoz, siendo él quien mas puso en la victoria, y por cuyos servicios le concedió el Rey el segundo apellido de Badajoz» (4).

Nunca existió ese «famoso caballero Sánchez», del que a pesar de tanta fama no sabe siquiera el nombre. Es perfectamente conocida y vamos a consignarla en este trabajo, la ascendencia del Fernán, tronco de los señores de Barcarrota, que inició el apellido Sánchez de Badajoz, no por intervención en ninguna conquista, sino mucho despues y por establecerse en la ciudad para disfrutar los bienes de los Bejarano, que le donó su hermana, la Camarera de la Reina D.ª María de Molina.

* * *

No fueron en realidad los Sánchez de Badajoz una de esas familias de sucesión claramente continuada, sino que vemos sur-

(2) *Memorial de la Calidad y Servicios de D. Alvaro Francisco de Ulloa...*, Madrid, 1675, fol. 143. Autoriza el Memorial el cronista Pellicer, pero fué redactado por D. Pedro de Ulloa y Golfín.

(3) Otro de los que vió el documento y al publicar una escueta referencia omite el dato, es Antonio del Solar: *Del pasado extremeño*, Badajoz, 1927, páginas 86 y siguientes.

(4) Nicolás Díaz Pérez: *Extremadura*, Barcelona, 1887, páginas 188 y siguientes.

gir y desaparecer el apellido a lo largo de varias centurias y en diversas figuras, sin constancia de directa relación genealógica entre ellas. No sabemos el enlace que pudiera haber entre Garci Sánchez de Badajoz, el poeta del siglo XV; Hernán Sánchez de Badajoz, paladín indiano en el XVI, y D. Miguel Sánchez de Badajoz, Torrado de Guzmán y D. José Vicente Sánchez de Badajoz Figueroa, para los que en el siglo XVIII, se crearon, respectivamente, los títulos de Marqués de Coto Real y Conde de Puerto Hermoso (5).

Esta falta de enlaces es secundaria para nuestro propósito, que se ciñe a la realidad del nacimiento del ilustre apellido, cuya ascendencia fijaremos, dejando al margen la sucesión del mismo, que merece ser estudiada con detalle.

Es indudable que esta línea importante y noble tuvo por tronco a Fernán Sánchez y que se llamó de Badajoz por los bienes que en la ciudad le donara su hermana D.ª María; bienes procedentes de los incautados por Sancho IV a los Bejarano, según de manera clara consta en el documento de donación, que dice así: «los bienes que el rey don sancho my señor me fizo merced en badajos de los bienes de juan alfonso bejarano» (6).

Sobradamente conocidas son las incidencias de las luchas banderizas de los dos poderosos linajes rivales de Bejarano y Portugaleses en Badajoz. Por no acatar aquellos las regias órdenes, Sancho IV decretó su esterminio, infligiéndoles el terrible castigo que refleja este viejo romance:

«El Rey, con crecido enojo,
mandó matar a todo el bando:
entre hombres y mujeres,
cuatro mil ha degollado;
todos los mató en un día,
que ninguno no ha dejado
que obiere por sobrenombre
apellido Bejarano» (7).

---

(5) Para Díaz Pérez (Op. y loc. cits.) no hay dificultad en establecer, inventándolos, cuantos parentescos se le ocurren en los Sánchez de Badajoz.

(6) Cfr. el documento, publicamos íntegro y literalmente.

(7) Agustín Durán: *Romancero General*, Madrid, 1851. pág. 33.

Solano de Figueroa nos fija con gran precisión la fecha de esta catástrofe familiar, pues, refiriéndose a un documento de 1 de Junio de 1327, año 1289, dice que ocurrió «en este tiempo y aún en este año y aún en estos mesmos días» (8).

Hasta entonces habían sido los Bejaranos en Badajoz ricos y poderosos. Con destaque, figuraban allí Martín Bejarano en 1273 y Domingo Ibáñez Bejarano en 1274 (9), aparte del citado Juan Alfonso Bejarano, cuyos bienes incautados pasaron por regia merced a D.ª María Sánchez, la cual, inmensamente rica y sin descendencia, los cedió enseguida con carácter vitalicio a su hermano Fernán, al que al establecerse en la ciudad, empezaron a llamar Sánchez de Badajoz.

Hundido estrepitosamente el poderío de los Bejarano en 1289, sobre su ruina y a base de sus riquezas, nació enseguida el apellido Sánchez de Badajoz, cuya permanencia y encumbramiento quedaron asegurados tres años más tarde, en 1292, al pasar de vitalicia a perpetua la generosa donación que hizo a su hermano Fernán la ilustre dama extremeña que tuvo el alto cargo de Camarera de aquella excepcional reina que se llamó D.ª María de Molina.

* * *

El hablar en nuestros días de unos Sánchez suena a vulgar, por la abundancia del apellido; pero los Sánchez que nos ocupan no eran solamente nobilísimos, ilustres e importantes, sino que además descendían de reyes, por línea directa de varón, teniendo por tronco el mismo personaje del que arrancan las dinastías españolas, el duque Pedro de Cantabria, en cuya descendencia se fijó la sucesión de las coronas de Asturias, León, Castilla y España. Por este Duque eran también descendiente por varonía de los reyes godos, con la misma, ascendencia que nuestra Casa Real, arrancando del Rey Leovigildo, que reinó del 572 al 686 (10).

---

(8) Juan Solano de Figueroa: *Historia eclesiástica de la ciudad y obispado de Badajoz*. Badajoz, 1929-1935, tomo III, pág. 187.

(9) Ibid., págs. 110, 112 y 116. Constan en dcoumentos de 23 de Marzo de la era 1311, año 1278 y de 18 de Julio de la era 1312, año 1274.

(10) Como es sabido, hay dudas en las fechas exatas de algunos reinados de las monarquías visigodas y asturiana. En cuanto sobre esto consignamos, seguimos,

Así, pues, la generosa donante D.ª María y su hermano Fernán, que al establecerse en el solar pacense dió vida a los Sánchez de Badajoz con las riquezas de los Bejarano, tenían una regia ascendencia, que vamos a recoger, advirtiéndo previamente las reservas que supone en las lejanías genealógicas la falta de posible comprobación (11).

Realmente, esto es un complemento de la probada ascendencia de los Sánchez y de la realidad indudable de haber surgido los Sánchez de Badajoz, como consecuencia de la donación que atestigua ese importante documento que se conserva original y publicamos aquí.

La línea de varonía de estos Sánchez la iniciamos con

I.—El Rey LEOVIGILDO (572-586), marido de la Reina BADDA y padre del Rey RECAREDO I (586-601), que estableció la unidad católica de España, y de

II.—El Príncipe SAN HERMENEGILDO, primogénito, perseguido y decapitado por orden de su padre, que fué esposo de Igunda de Austrasia y padre de

III.—El Príncipe ATANAGILDO, que en FLAVIA JULIANA, sobrina del Emperador de Oriente, engendró a

IV.—El Príncipe ARDABASTO, casado con una príncesa de la Sangre Real goda y padre de

V.—El Rey ERVIGIO (680-687), que contrajo matrimonio con la Reina LIUBIGOTONA, hija del Rey SUINTILA (621 631) y de la Reina TEODORA, sobrina carnal del Rey LIUVA II (601-603), nieta del citado Rey RECAREDO I y hermana de los Reyes SISENANDO (631-636) y CHINDASWINTO (642-653) Se enlazaron con este matrimonio las líneas de los hijos de LEOVIGILDO, S. HERMENEGILDO y RECAREDO, formando el nucleo dinastico que tras de asistir al hundimiento de una monarquia iba a dar vida a otra. Hijos del citado Rey CHINDAS-

---

por ser obra consagrada a lo cronológico, a Julio Ganzo y Carlos Callejo: *Conductores del Mundo. (Cronología universal).* Madrid, 1951, págs. 480, 494 y 495.

(11) Con las reservas consignadas, seguimos al trazar el esquema genealógico de las Casas Reales a Francisco Fernández de Bethencoder: *Historia genealógica de la monarquía española...*, Madrid, 1899, tomo I, págs. 66 y siguientes.

WINTO fueron el duque TEODOREDO, padre de DON RODRIGO (708-711), último Rey godo, y el duque FAVILA, padre de DON PELAYO, I Rey de la nueva monarquia (12).

Era, pues, la citada Reina LIUVIGOTONA prima hermana de estos duques y tia de estos dos monarcas. A ella, en su matrimonio con el Rey ERVIGIO, le nacieron: la Reina CAXILONA, mujer del Rey EGICA (687-701) y madre del Rey WITIZA (701-708), los anteultimos soberanos godos, y

VI.—El Príncipe PEDRO, DUQUE DE CANTABRIA, tronco de la casa Real de España.

Por precepto del Fuero Juzgo, la monarquia visigoda era electiva; pero la designación de los monarcas recaia en miembros de las familias que formaban un autentico nucleo dinastico. Esta misma practica continuó vigente al iniciarse la Reconquista con la serie de Reyes de Austurias, que a este titulo generlco agregaron los de Galicia y de Oviedo, al ser fundada esta ciudad, convirtiendose despues en Reyes de León.

Tras las invasión agarena, el hundimiento del reino visigodo y la muerfe de su último Rey, DON RODRIGO, los cristianos refugiados en las fragosidades montañosas eligieron por jefe a DON PELAYO, que fué I Rey, desde 781 hasta 737. Extinguida totalmente su descendecia tras de dar varios monarcas de su sangre, la sucesión quedó fijada para siempre en la línea del Duque PEDRO DE CANTABRIA, que desempeño tal cargo desde el año 687, y tuvo en su esposa, cuyo nombre se ignora, a ALFONSO I *el Católico* (739-757), III Rey, casado con la Reina HERMISENDA, hija de DON PELAYO (13), y a

VII.—FRUELA, también Duque de Cantabria, fallecido por el año 760, que gobernó como rey asociado a su hermano y tuvo

---

(12) Como es sabido. hay opiniones sobre la filiación de D. Pelayo, que recogemos siguiendo a Bethancourt: Op. y loc. cts.

(13) A D. Pelayo le sucedió su hijo Favila (737-739), II Rey. a este Alfonso I (739-757), III Rey, casado con Hermisenda, hija también de D. Pelayo e hijo él del Duque Pedro de Cantabria. Hijos de Alfonso y Hermisenda fueron: Fruela I (757-768). IV Rey, padre de Alfonso II el Casto (792-812), IX Rey, y D.ª Aldosinda, casada con D. Silo (774-783), VI Rey. extinguiendose con estos reyes la sangre de don Pelayo. Hijo natural de Alfonso I, fué Mauregato (783-789), VII Rey.

en su matrimonio con la hija del Conde don Gundesindo, a AURELIO (768-774), V Rey, y a

VIII.–BEBMUDO I *el Diácono* (789-792), VIII Rey, marido de DOÑA USENDA NUNILONA y padre de

IX.–RAMIRO I (842-850), X Rey, que de su matrimonio con DOÑA PATERNA tuvo a

X.–ORDOÑO I (850-886), XI Rey, marido de DOÑA NUÑA y padre de

XI.–ALFONSO III *el Magno* (886-910), XII Rey, que en su matrimonio con DOÑA XIMFNA, Princesa de Pamplona, engendró a GARCIA I (910-914), XIII Rey, muerto sin descendencia; a FRUELA II (924-925), XV Rey, y a

XII.–ORDOÑO II (914-924), XIV Rey, marido de DOÑA ELVIRA NUÑA y padre de ALFONSO IV, *el Monge* (925-931), XVI Rey, que renunció a la corona en su hermano; de RAMIRO II (931-950), XVII Rey del que descienden todos los reyes de España, y de

XIII.–El Infante DON SANCHO ORDOÑEZ, Rey de Galicia por haberle dado su padre esta corona, que le confirmó su hermano Altonso IV el año 925. Según datos documentales, murió entre el 10 de Junio y el 16 de Agosto de 929, sobreviéndole treinta y cínco años su esposa DON GOTA, o GOTONA NÚÑEZ, Princesa de la Sangre Real de León (14), en la que tuvo a su hijo

XIV.–El Conde DON GONZALO SANCHEZ, marido de doña TODA MENDEZ, o MENENDEZ–hija de los Condes don Melendo González y D.ª Mayor–, y padre de

XV.–El Conde DON FERNAN SANCHEZ I, que contrajo matrimonio con la Infanta D.ª ELVIRA GARCES, hija del Rey don García Navarra, y fué su hijo

---

(14) Bethencourt (op. y loc. cit.), que consigna estos datos, no da sucesión al Infante D. Sancho; pero ésta consta detalladamente en una *Información y un Memorial*. interesantes documentos que seguimos en las generaciones sucesivas y que se guardan en el Archivo de los Condes de Canilleros, Asuntos de Alcántara, Leg. 1, núm. 43, y Leg. 7, núm. 5. Julio de Atienza, Barón de Cobos de Belchite. dice del apellido Sánchez de Badajoz: «Extremeños, descendiente del Rey de Asturias Ordoño II», *Nobiliario Español*, Madrid, 1954, pag. 683.

XVI.–DON FERNAN SANCHEZ II, Rico Hombre del reino de Galicia, que estubo en la conquista de Avila. En su matrimonio DOÑA MAYOR PEREZ MALDONADO tuvo a don García Sánchez, Maestre de la Orden de Alcantara (15), y a

XVII.–DON FERNAN SANCHEZ III, Rico-Hombre y Alferez Mayor del Reino de León en tiempos de Alfonso IX, con el cual vino en 1.213, a la conquista de Alcantara y fué el primero que, trepando por un roble, escaló la muralla y puso en ella el Estandarte Real. En recuerdo de esta hazaña, agregó el arbol a sus armas, que eran: en campo de plata, cuatro bandas de gules y sobre ellas un leon de azur (16). Quedóse a poblar la villa conquistada, tomando el apellido Sánchez de Alcantara, y contrajo matrimonio con doña TODA NUÑEZ, hija del Rico-Hombre de Castilla don Miguel de Finojoso, señor de esta casa, y de su mujer doña Sancha Sanchez, hija del tambien Rico-Hombre don Pedro Tizón. Hijo de FERNAN III y de DOÑA TODA fué

XVIII.–DON DIEGO SANCHEZ DE ALCANTARA, que sirvió a los reyes Alfonso IX y Fernando III el Santo, actuando en las conquistas de Sevilla, Cordoba y Baeza, por lo que recibió en Andalucia heredamientos como Rico-Hombre. Contrajo matrimonio con DOÑA MARIA LOPEZ DE ULLOA, hija del Rico-Hombre don Lope Sánchez de Ulloa, Señor del Estado de Ulloa, en Galicia, y de su mujer doña Mayor Gómez de

---

(15) La filiación de D. García Sánchez. que fué el IV Maestre de 1.219 a 1.277, la confirma con gran autoridad Alonso de Torres y Tapia: *Crónica de la Orden de Alcántara*, Madrid, 1.763. tomo I, página 213.

(16) Gonzalo Sánchez de Alcántara, IV nieto de Fernán Sánchez III, en su testamento, otorgado en Alcántara. en 1.387, relata la hazaña y modificación de escudo de su ascendencia en esta cálusula: «E mando que cuando finamiento de mi obiere que mi obiere que mi cuerpo sea soterrado en la iglesia de santa maria de almocobar cerca del altar de la vera cruz en la huesa do yace soterrado fernan sanchez de alcántara e mi señor abuelo gonzalo sanchez, e mando que le quiten la piedra de lancha e le pongan otra de canteria con otro escudo de armas como el que tiene que son las armas de los sanchez de alcantara, con el tronco por donde fernan sanchez bisabuelo de mi abuelo subio y escalo esta villa de los moros e puso encima de los muros la primera bandera». Archivo de los Condes de Canilleros, Asuntos de Alcántara, Leg. 4, núm. 5.

Trastamara, hermana del Conde de Trastamara. De DIEGO y DOÑA MARINA fué hijo

XIX.–FERNAN SAHCHEZ IV DE ALCANTARA, que sirvió a los reyes Alfonso X el Sabio y Sancho IV el Bravo, siendo entusiasta partidario de este ultimo, al que prestó destacados servicios en la lucha para asegurarse en el trono, frente a las pretensiones de su sobrino el Infante de la Cerda. Esta lealtad y meritos fueron premiados con favores y regias donaciones que situaron a la familia en primeros puestos de la vida cortesana y palatina. Hijos FERNAN y de su mujer, DOÑA MARIA GUTIERREZ DE SOLIS, del noble linaje cacereño que daria luego un Maestre de Alcantara, fueron los personajes que venimos siguiendo:

XX.–DOÑA MARIA SANCHEZ, Camarera de la Reina doña María de Molina; DOÑA ALDONZA SANCHEZ, que no formó linea; GONZALO SANCHEZ DE ALCANTARA, primogenito, que siguió en el solar alcantarino (17), y FERNAN SANCHEZ DE BADAJOZ, que encabeza este apellido por, donarle la hermana los bienes de los Bejarano.

A lo largo de siete siglos, del VI al XIII, veinte generaciones, cinco de Monarcas y Principes godos y quince salpicadas de Reyes, Condes, Infantes y Rico-Hombres–la versión medieval de los Grandes de España–, enlazan por línea directa de varón al remoto Leovigildo y al lejano Duque de Cantabria, tronco de la realeza española, con estos también lejanos Sánchez, que hace ya otros siete siglos más que crearon grandes casas de linajes extremeños, enriquecidos por la generosidad de aquella D.ª María Sánchez, que otorgó la escritura de donación de la que seguidamente damos el texto literal.

---

(17) La descendencia de Gonzalo, en la que más tarde se cambió el apellido Sánchez de Alcántara por el Sánchez Topete, al enlazar con estos, la recoge detalladamente, hasta recaer su primogenitura en los Condes de Canilleros, Manuel Flores de Lizaur y Ortiz: *Los Flores de Lizaur y sus enlaces Linajes de Brozas y Alcántara)*, Madrid 1962, págs. 152 y siguientes.

Escritura de donación otorgada por D.ª María Sánchez, Camarera de la Reina D.ª María de Molina, en Medina del Campo, a 3 de Mayo de 1292.

«yo doña mari sanches, camarera de la Reyna doña maria, my señora por este carta fago donación a mys hermanos gonzalo sanches de alcantara y fernan sanches de badajoz e a aldonza sanchez vezina de la villa de ólcantara en esta manera a gonzalo sanches e a aldonza sanches les dono todo lo que yo he en la heredad del palacio de nuestro padre el señor fernan sanches que es en la villa de alcantara e despues de la partija que fezimos llaman el palacio de las moças e el palaciote con que no vayan contra la donación que yo fice al ospital e a fernan sanches de badajos la donación que le fice por sus dias se la faguo para siempre de los bienes que el Rey don sancho my señor me fizo merced en badajos de los bienes de juan alfonso bejarano con que dexen los biénes que yo les abya dado a fernan sanches en jahen y en sevilla que fueron de my padre e de su padre dieguo sanches e gonzalo sanches dexe los bienes que le yo dava en leon que fueron de nuestro bisabuelo fernan sanches alferes del Rey don alonso de leon; estas donaciones faguoselas para siempre todo e mando a mis sobrinos fernan sanches e alfonso perez hijos del dicho gonzalo sanches mi hermano lo que yo e en la eredad del machado que alinda con el sabor en que es aparcera sancha alfonso su madre las quales dichas donaciones las faguo a todos los susodichos muy hermanos e sobrinos por grande amor que yo le e e por el deodo que con ellos tenguo e porque yo tenguo acaz con que me mantengua e por otras obras que me an fecho e espero que me fagan e deselas con todos los pastos e pradios abrebaderos molinos e cañadas la parte que a my me pertenesce en dicho salor e me pertenecer podria e debia para que los posean libremente e los finquen a sus herederos e fagan dellos lo que les placiese. fecha en la villa de medina del campo era de mill e trezientos e treinta de el naszimiento de Xpo. de mill e dozientos e noventa e dos a tres dias del mes de mayo doña mari sanches. (Rubricado).

MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO
Conde de Canilleros y de San Miguel.

LITERATOS CACERENSES

(CONFERENCIA PRONUNCIADA POR EL EXCMO. SR. D. ALFONSO DE FIGUEROA Y DE MELGAR, MARQUÉS DE GAUNA, EN CÁCERES, EL 30 DE ENERO DE 1967).

«Excelentísimos e ilustrísimos señores, señoras, señores. Ante todo quiero dar las gracias a D. Valeriano Gutiérrez Macías por las palabras tan amables de presentación de este escritor que se ve honrado por el Excmo. Ayuntamiento de la ciudad con la invitación de pronunciar una conferencia ante ustedes, en tan alta ocasión como es el Bimilenario de Cáceres. Produjo nuestra ciudad un sinfín de hijos de Marte; los guerreros cacereños en sus cabalgadas hacen España y con sus esplendentes hazañas ultramarinas, América.

Ulloas, Ovandos, Figueroas, Paredes, Giles y Mogollones, Valverdes, Mayoralgos, Carvajales, Sandes, Vargas y Loaysas. Godoyes, Espaderos, Modroyes, Galarzas y Tovares tejen con sus vidas los más bellos tapices de la patria historia. Pero Cáceres, que inspiró por sus nobles piedras y las hazañas de sus hijos tantas horas literarias, poéticas e históricas, produjo en proporción pocos hombres de letras. Ello quizás se deba a que la Audiencia se instala muy tardíamente a fines del siglo XVIII. También faltaron los canónigos que siempre daban un tono filosófico, intelectual, a las ciudades con sede episcopal. Pero con el arribo de togados y curiales la vida del espíritu experimentó un gran impulso. Por ello, en el siglo XIX aflora una brillante república literaria en Cáce-

res, aunque también antes de ese siglo nacieran y moraran en Norba ingenios muy notables, como veremos. No en vano el Colegio de Humanidades se funda en el siglo XVI en tiempos de Felipe II por D. García de Galarza, Obispo de Coria, lo cual significó la existencia de un centro irradiador de cultura.

Comenzaremos este examen de ingenios de la galería de literatos cacerenses con uno de los más antiguos de que tenemos noticia, recientemente descubierto por D. Antonio Rodríguez-Moñino, extremeño universal. Se trata del poeta Gonzalo de Figueroa, de cuyos pasos por Cáceres descubrí yo, el más humilde, pero fervoroso amante de las glorias de la villa y hoy ciudad, la huella dejada por los archivos cacerenses.

Acabaremos esta galería de bosquejados retratos a comienzos de este siglo que vivimos, pues la pléyade de escritores cacereños actuales es tan nutrida y benemérita como conocida de todos ustedes.

Nació Gonzalo de Figueroa en Cáceres, y probablemente muy cerca de la iglesia de San Mateo, en 1496, pues en su declaración en el expediente del caballero sanjuanista Fernando de MONROY, prestada en Cáceres el 26 de Julio de 1563, manifiesta ser natural y vecino de la vílla, y de edad de sesenta y siete años. Su partida de bautismo no se ha hallado ni nunca podrá en contrar pues a fines del XV, no existían aún los libros parroquiales.

El tomo de poesías de Figueroa está impreso en Sevilla en 1550, y en él se dice que su autor era clérigo y natural y vecino de Cáceres. Hace alusiones a 1546 y 1549 y al principio figuran poesías laudatorias a la ciudad y a dos amigos del poeta, Lorenzo de Ulloa Porcallo, vecino y regidor de Cáceres, y Johan Galíndez clérigo. Ambos también devotos de las Musas. El libro, rarísimo, descubriólo R.-Moñino en la Biblioteca Nacional de Viena, y no se conocen más ejemplares que ese. Lo va a publicar con prólogo y notas el sabio profesor extremeño, que me anuncia que es grande la inspiración poética de mi homónimo Gonzalo de Figueroa.

En el testamento del prócer cacereño DIEGO DE ALCOCE y Contreras, otorgado ante el escribano Francisco de Figueroa, probablemente pariente del poeta, el 30 de Agosto de 1522, funda aquél una capellanía, y por la amistad del testador con Sebastián Gallego, que por enfermedad no está presente, desea que sean

capellanes de la dicha capellanía, los hijos de Gallego, Luis Delgado y Gonzalo de Figueroa, si se hacían clérigos de misa. Delgado prefirió la carrera de las armas y fué capellán GONZALO de Figueroa, que con las rentas de la capellanía llevó una vida desahogada y pudo pulsar la lira sin tener que preocuparse por el diario sustento. Gonzalo de Figueroa era además ahijado de Diego de Alcoce. Alcoce era primo de Mogollones Espaderos, apellido este de su mujer. En la primera mitad del XVII, es patrono de su capellanía Gonzalo Espadero Saavedra, Regidor Perpetuo de Cáceres. Según Hurtado, Sebastián Gallego era escribano en 1498, Nuestro poeta es padrino de lo más granado de la aristocracia local, con la que estaba emparentado, y así por ejemplo, en 1561, apadrina a la niña Catalina de Loysa, de nobílico «cognomen», ilustrado por capitanes y príncipes de la Iglesia.

Su gran amigo Johan Galíndez Golfín, era el párroco de San Mateo, con el que charlaría a placer de teología y sobre todo de su común pasión por la lírica. El otro componente del trío de plumíferos es el caballero cacereño LORENZO DE ULLOA PORCALLO, Regidor de la villa y miembro de una de las más ricas y linajudas progenies de Cáceres, considerado desde el Medievo como uno de los cuatro grandes solares de nobleza.

Lorenzo de Ulloa no fué sólo protector de las artes y las letras, sino el mismo afortunado cultivador de ellas. El amor a su pueblo hace que apadrine a un sinfin de niños y dote generosamente a muchas doncellas pobres, como aparece por los libros sacramentales de San Mateo. En 1529, 1530, 1531 y así hasta 1560 en que aún vive, según el Memorial de Ulloa, Lorenzo de Ulloa Porcallo, vecino y Regidor de Cáceres, heredó en 1535 la casa y mayorazgo de Fray Alonso de Torres, su tío, que fundó un vínculo con sus bienes en 1517.

Había casado Lorenzo con D.ª Juana de Ovando, hija de Francisco de Ovando y Ximena de Mayorazgo. Era hijo el caballero poeta de Vasco Porcallo y Ulloa y de Leonor de Torres Ulloa, su mujer y prima; nieto paterno de Lorenzo de Ulloa, Señor de Malgarrida y de Beatriz Morán; Bisnieto materno-paterno de Hernán Pérez de Ulloa, Señor de Malgarrida y de Gracia de Carvajal, natural de TRUJILLO, de cuya coyunda descienden los Carvajal, de la calle Empedrada y los de Abrantes, que tomaron el apellido de Carvajal materno.

Era el poeta, y perdonen por tanta genealogía, tercer nieto de LORENZO Fernández de Ulloa «El caballero», cabeza de la CASA de los Ulloas de Cáceres llamada de Hernán Pérez, distinta de la del Comendador de Alcuéscar. Lorenzo, el caballero, fué Camarero y Vasallo muy apreciado de Enrique II el de las mercedes que en 1395 le concedió el señorío de la aldea de Malgarrida. Edificó su casa el primer Señor de Malgarrida, en el solar de lo que hoy es Diputación provincial y antes convento de las monjas de JESUS. Compruébase, pues tras la larga perorata linajística que el amigo de Gonzalo de Figueroa era de lo más aristocrático e influyente de la localidad y uno de los más pujantes caballeros de toda Extremadura. Con buenos y cresos amigos, buenos libros y tranquila conciencia deslizó su vida, pues Gonzalo de Figueroa, cuya lectura de sus obras esperamos con anhelo los amantes de la poesía, ocasión que nos brindara D. Antonió R.-Moñino, incluyendo así un sumando de calidad en la copia de cacereños ilustres.

Otro literato cacerense de nota en el siglo XVI, es el Doctor Rodrigo de Osma Delgado, canónigo de la catedral de Badajoz y autor de unos *Discursos Patrios* publicados a mediados del siglo. Una hermana suya casó con el abuelo del gran historiador emeritense Bernabé Moreno de Vargas.

En la segunda mitad del siglo XVI vivieron los cacereños Fray Francisco y Fray Juan de Ovando Paredes, franciscanos, grandes latinistas y teólogos escolásticos, que ilustraron con sus letras familia cual la suya tan ensalzada por las armas. Eran hijos de don Cosme de OBANDO y de D.ª Beatriz Paredes ROCHA y provincia, de su orden el Fray Francisco.

En 1549 nació el dominico Fray Antonio de Cáceres y Sotomayor, gran teólogo, que ya en el XVII fué confesor de Felipe III y de su hijo el entonces príncipe de Asturias, futuro Felipe IV, el REY POETA. Su oratoria sagrada celebradísima en su tiempo está condensada en dos tomos de sermones. Publicó una Paráfrasis de los Salmos, muriendo de Obispo de Astorga en 1615.

Del siglo XVI, es el cacereño Francisco de Madrid, fraile de la la Merced, autor de la crónica de su Orden y de la vida de la venerable madre Mariana de JESUS.

Ya en el siglo XVII, en pleno imperio del barroco, el caballero Juan Blázquez Mayoralgo, segundón de la casa de Blasco Muñoz,

pasó a América, donde fue Regidor de Veracruz, publicando en Méjico, en 1646, un libro de filosofía política intitulado: *La perfecta razón de Estado, deducida de los hechos del Señor Rey D. Fernando el Católico, contra los políticos atheístas.* En 1666 compone y publica, *Las Reales exequias que la villa de Cáceres, hizo a D. Felipe IV,* escrito de circunstancias, curiosos para el conocimiento de la vida local, que describe la suntuosidad de las celebraciones fúnebres, que con toda pompa litúrgica y hondo sentimiento popular se llevaron a cabo con tan infausto motivo, como el de la muerte del Monarca protector de plumíferos de toda laya.

Arqueólogo e historiador es el presbítero Antonio Sánchez de Cabañas, que en 1665 vivía en Cáceres, y siendo beneficiado de la catedral de Ciudad Rodrigo, escribió *Historia Civitatense,* especie de biografía de Miróbriga, y un libro sobre las antigüedades de España.

El franciscano cacerense Fray Domingo Dávila escribió en 1648 una *Historia de la provincia de San Gabriel, con las noticias hasta hoy nuevas, y apliadas las de otros cronitas, hasta 1645.*

Trabajo interesante para el estudioso, no sólo de la Orden del Seráfico «Poverello» de Asís, sino para el historiador del arte, pues en él se habla de fundaciones y construcción de conventos, tallas de santos, pinturas, etc. etc.

Don Sancho de Figueroa y Ocano, Vicario y Juez Eclesiástico de Cáceres, fue el sacerdote que celebró la primera misa en el Santuario de la Virgen de la Montaña, Patrona de Cáceres, el 8 de Octubre de 1628, y compuso para su venerada imagen esta oración:

«Sálvate Dios, Reina de Virginal Pureza, María, madre de mi Señor Jesucristo, Vergel hermosísimo de los deleites del Paraíso, del cielo rosa cándida y olorosa sin espina de original pecado. Yo te bendigo y alabo, pues eres engrandecida del mismo Dios, hija del Padre, madre del Hijo, y esposa y templo del Espíritu Santo. Suplícote Señora, yo el más indigno de todos tus capellanes, me concedas y alcances de tu Precioso hijo, de tal manera vivir en esta vida, que cuando de ella parta vaya a gozar de la eterna, donde en cuerpo y alma vives y reinas por todos los siglos sin Fin. Amén.»

Preces llenas de religiosa unción que honra a este mi lejano colateral.

El padre Diego González Holguín o Golfín, de la Compañía de Jesús, en 1607, editó una gramática y vocabulario de la lengua quechua en Lima. El quechua es la lengua que hablan los indios del Cuzco y del altiplano boliviano. Fué y es libro importantísimo en su tiempo, porque sirvió para evangelizar a la indiada y en nuestros días para ser un trabajo sistemático sobre el complicado idioma quechua que aún parlan millones de peruanos y bolivianos.

El licenciado Juan Rodríguez de Molina, Preceptor de Gramática en 1644, es autor de una pintoresca y curiosa «Historia descriptiva de la villa de Cáceres», publicada en 1908 en la *Revista de Extremadura*.

En 1687 vivía el presbítero licenciado Juan Ojalvo, que escribió un libro sobre «Las Antigüedades de Cáceres», que el buen sacerdote envió al canónigo de Badajoz, D. Juan Solano de Figueroa, natural de Jaraicejo en nuestra provincia, para que lo publicase. Si la magnífica *Historia del Obispado de Badajoz*, de Solano, no se imprimió hasta nuestro siglo, las antigüedades del buen levita cacerense, corrieron peor suerte y se perdieron sin que nadie tenga noticias de ellas, conociéndose de su existencia por la correspondencia del doctor Solano.

Fernando Alonso Ramos, nacido en Cáceres en 1583, y fallecido en 1658, agente en Madrid del Ayuntamiento cacereño, escribió un poema en loor de la pureza de María Santísima.

Fray Diego de Cáceres de la Rocha, General de la Orden Jerónima en la primera mitad del siglo xvii escribió unos comentarios a la Summa Teológica de Santo Tomás, muy celebrados entre la clerecia ilustrada de su tiempo.

Pasemos ahora a dar cuenta de los literatos cacereños del siglo xviii, siglo del racionalismo y de la impiedad, por ventura con poca repercusión en la villa de Cáceres, católica a machamartillo, anclada entre sus dehesas y que vive plácidamente aquella centuria. Tan sólo a fines de ella cambia su rumbo notablemente con la implantación de la Real Audiencia de Extremadura, que significó un aliento renovador en la vida de la nobiliaria villa, impulsando el nacimiento de la clase media y de una actividad cultural más intensa.

De todos los escritores cacereños de aquellas fechas el de labor más meritoria para los cacereños de hoy es el presbítero D. Simón

Benito BOXOYO, de familia humilde, que en medio de la indiferencia y aún de la hostilidad de muchos de sus paisanos poco ilustrados, salvó del olvido lápidas e inscripciones, tradiciones y papelorios. Nació en 1739 y parece ser que era pariente de un don Francisco BOXOYO, exento de Guardias de Corps, a quien cita en sus *Noticias históricas de la villa de Cáceres.* Al igual que el que os habla fué férvido amante de los archivos, y ordenó el de los Mayoralgo, el de los Ovando y el de sus señores los Golfines de Torre Arias, de cuya casa fué capellán. Incluso llegó a escribir una historia de los Golfines, que por desgracia se ha perdido. Publicó en Salamanca, en 1784, la historia del Santuario de la Virgen de la Montaña y compuso la novena de esta venerada imagen. Fué entusiasta organizador de funciones religiosas, y en su época nadie reparó en sus dotes de literatos e historiador y sí en su unción sacerdotal y en su virtud dc varón activo y bondadoso.

Precisamente para nosotros, que celebramos el bimilenario de Cáceres, D. Simón Boxoyo, desbrozó el camino en su incansable amor a la arqueología con el descubrimiento en 22 de MAYO de 1794, de una lápida de tres cuartas de alto y una vara de ancho, con una sola línea en la parte superior en esta forma: COLONIA NORBA CAESARINA. Tal lápida la halló el presbítero Boxoyo, cuando estaban deshaciendo un pedazo de muralla cerca del sitio en que estaba la puerta de Mérida, en el corral de la casa de don Pablo de Monroy. Esta lápida se ha perdido, pero gracias a la descripción y transcripción del buen cura Boxoyo, ha sido de gran utilidad para los eruditos.

Era este ilustre cacereño muy amigo del gran historiador don Juan Francisco de Masdéu y del geógrafo D. Tomás López. Junto a él y compartiendo sus aficiones y desvelos, estuvo D. Claudio Constanzo, también al servicio de los Golfines, pues era su administrador.

Parece ser que acabó de escribir sus *Noticias históricas de la villa de Cáceres* en 1794, y al cabo de más de siglo y medio, fueron publicadas por el Departamento provincial de Seminarios de FET y de las JONS, de CÁCERES, en 1952, con unos comentarios preliminares y notas del gran historiador y literato extremeño don Miguel Muñoz de SAN PEDRO, CONDE DE CANILLEROS y de SAN MIGUEL.

El día 15 de Julio de 1807, se retiró de la escena del mundo tan callada y humildemente como había vivido. La muerte dejaba en desamparo los papeles del buen curaautodidacta, de los que no poco se aprovecharía Constanzo y en los que mucho más se cebó la incuria y el olvido. D. Narciso Bojoyo, su sobrino y heredero, parece que aún supo guadar los apuntes y papelotes de su tío hasta que se dispersaron totalmente en su testamentaría.

Don José Barriga y Gómez, párroco de Santiago a fines del XVIII y principios del XIX, nació en 1756, y es un gran teólogo y escritor místico, cuyas obras manuscritas tuvo a la vista el gran don Publio Hurtado y Pérez, maestro de la erudición extremeña.

Fray Benito Gil Becerra publicó en 1729 una obra dedicada al Duque de Abrantes, pujante aristócrata cacereño, hermano de uno de los más ilustres hijos de Cáceres y aún de España, D. JOSÉ DE CARVAJAL Y LANCASTER.

Intitulábase el libro de Fray Benito *Paraíso de Oraciones Sagradas,* colección de sermones barrocos, grandilocuentes, efectistas y desde luego muy superiores a la chirle oratória sagrada de nuestros días, monótona, mortecina y tan sólo avivada en algunos casos por brotes de demagogia, más propios de la tribuna que del púlpito. Un D. Andrés Durán de la ROCHA, poseedor de rico Mayorazgo, fué admitido el 17-6-1743 como Académico honorario de la Historia.

En el siglo XIX, el establecimiento de la Audiencia, repetimos, aumentó considerablemente la actividad intelectual y casi todos los poetas y literatos son abogados, jueces o curiales, gentes de estudios. Incluso algún aristócrata deja por algún momento el ejercicio venatorio y la eterna fabla acerca del precio de las lanas y granos y hace sus pinitos literarios.

El siglo XIX, es quizá en el que más amantes de las musas se dieron cita en la maravillosa villa murada, ciudad al final de la centuria por gracia de Alfonso XII, el rey mancebo y galán. Cáceres de «los palacios y las torres de los viejos hombres idos en el carro de los tiempos de la gloria y del honor», iba a honrarse en ese siglo no sólo con las armas, sino también con las letras de sus hijos beneméritos.

El amigo de Boxoyo, D. Claudio Constanzo, escribe en 1801 una *Colección de inscripciones romanas de la provincia,* sacada

principalmente de los papeles de su amigo, que era un auténtico sabio.

Don Felipe-León Guerra, médico y humanista escribió unas observaciones a las antigüedades de VIU y tradujo en verso la Eneida de Virgilio, con general aplauso entre los clasiconcios de los años 50 del pasado siglo, y que no gustó nada a los románticos furibundos, partidarios de la libertad, que dando de lado a Clori, Antinea, Penélope, Circe, Melpómone y demás caterva mitológica, cantaban su dolor y su pasión por mujeres de carne y hueso.

Exaltado poeta romántico y una auténtica y desbocada fuerza de la naturaleza fué el Excmo. Sr. D. Manuel de Aponte y Ortega Montañés, Marqués de TORREORGAZ, que a mediados del siglo atronó con sus voces estentóreas las recoletas callejas del barrio viejo, recitando a pleno pulmón, jinete en brioso alazán, su Oda al Dos de Mayo, «velada poética» que le acreditó de poseedor de voz potente y de median bardo. Gran amante de las bellas, gastó en francachelas buena parte de su fortuna, que pasó mermada pero aún enorme a su sobrino D. García GONZALEZ DE ARCE de ANDIA IRRARRAZABAL y de Aponte, Colón de Larreátegui y Ortega-Montañés, Marqués de Torre Orgaz, De Camarena la Real y de Camarena la Vieja, Conde de los Corbos, conocido por el único título que no ostentó: el de Marqués del Reino. Su vida, muy novelesca, inspiró más de una novela, pero él no escribió una línea. Muy aficionado a las damas, sintió un santo horror al matrimonio, dejando cual su antepasado el gran extremeño D. Gutiérrez de Sotomayor, pensiones a más de cincuenta satisfechas amantes.

Don Miguel Jalón, Marqués de Castro Fuerte, cuñado de don Manuel y tío de D. García, contó a Publio Hurtado, que tuvo en su poder varios fajos de cartas con la correspondencia amorosa de su hermano político. Desgraciadamente llevado de su amor a las letras las quemó. Sin duda sería curiosa y no apta para menores.

Don García, menos amante del género epistolar, cambiaba con desenfado tal de dama, que no dió lugar a correspondencia amorosa y todo lo más a prosaicos ajustes de cuentas. ¡Descansen en paz los dos linajudos próceres, que de vivir en época menos mezquina que nuestro chato y ramplón siglo XIX, hubieran seguido la brillante ejecutoria heroica iniciada por sus pasados, desfacedores de entuertos y caballeros cumplidos, en las lides que ensancharon España por cinco continentes.

Don Juan Daza Malato, fundador en 1852 del periódico *El Regenerador Extremeño,* notable poeta, compuso una Oda a la vida, cuyas dos últimas estrofas, muy alegres; son aquestas:

«Llorar, eternamente
sentir y padecer ¡esa es la vida!
el cielo solamente
con su quietud querida
el alma cuando sufre, la convida.

Pensemos en el cielo:
elevemos el alma a las alturas.
Allí están el consuelo,
las plácidas venturas
que alivian nuestras crueles amarguras.»

Y pasemos a otro poeta festivo, esta vez de verdad. Se trata de don Antonio González Villaamil, abogado cacereño, autor de epigramas, algunos llenos de sal gorda, como éste:

«–¿Una más rara ocurrencia
podrá verse, mujer?... dí
los toros de mas potencia
en la plaza huyen de mí.

–¿Y te asombra eso, marido?
Siempre estas haciendo el bú,
huyen porque han conocido
ser menos bravos que tú.»

Este letrado de la segunda mitad del pasado siglo fué muy celebrado en corros y tertulias por su genio maledicente y su mordacidad caústica.

Altísimo poeta fué D. Antonio Hurtado Valhondo, tío del gran don Publio, nacido en Cáceres en 1824. Autor de aplaudidas comedias: «La fortuna de ser loco», de 1841, «La conquista de Cáceres». Escribió también zarzuelas con música del maestro Arriera, como «El Sonámbulo».

Dedicado a la política con buena fortuna, vióse distinguido con la amistad de don Antonio CÁNOVAS DEL CASTILLO; hombre público y literato eminente del bardo Núñez de Arce, de Gasset y de otros ingenios. Fué Diputado por Cádiz y Senador

por Puerto Rico, falleciendo el 21 de Junio de 1878, aún joven y en medio de los éxitos más lisonjeros. Cultivó la poesía épica en su «Romancero de Hernán Cortés» y gran conocedor de la dramaturgia del siglo de oro, estrenó varias comedias de capa y espada inspiradas en Calderón de la Barca y Lope. Cayó en la debilidad, muy propia de su tiempo, de asistir a veladas de espiritismo, no sabemos si crédulamente o con ánimo zumbón y por pasar el rato.

Sus más conocidas composiciones poéticas son unos cantos a la Virgen de la Montaña y un bello madrigal que para deleite de mis oyentes recinto:

«Recoge, niña, en tu sin par guirnalda
los mil anillos del cabello de oro
que ornando abruman tu redonda espada,
de blanca nieve perennal tesoro.

Apaga las centellas peregrinas
con que eclipsas la luz de las estrellas,
pues loca no imaginas
el fuego que encender puedes con ellas.

Destierra los corales
que derraman carmín sobre tu boca;
pues si inhumana sales
a ostentar a la luz tantos hechizos
redes de amor serán tus sueltos rizos,
fuente de mil agravios
el rosicler brillante de tus labios,
y manantial de enojos
la pura lumbre de tus claros ojos.»

Este madrigal fué recogido por D. Publio Hurtado entre los cientos de poesías de su tío, desperdigadas en revistas y periódicos. Un poeta lleno de fervor mariano, pero que avanzó poco por la senda del Monte Parnaso es D. Serafín Olave, probo funcionario y honrado padre de familia, que nació y moró en Cáceres en la primera mitad del siglo XIX.

El abogado D. Emilio Pérez Morales, muy avanzado de ideas y Jefe del partido republicano en Cáceres, nació aquí en 1841. Poeta más que mediano, llevado de un rasgo caballeresco, dada su filiación política, compuso una elegía a la muerte de doña

Mercedes de ORLEANS, mujer del Rey D. Alfonso XII. Al final de su fúnebre canto, el impenitente republicano arrima el ascua a su sardina, y tras llamar a la infortunada reina «Dulce niña, noble dama, joven hermosa», salta con los siguientes improperios:

«La tierra que tus mayores
sembraron de guerra y luto,
La tierra que no vió fruto,
De tus tempranos amores,
Te cobija con piedad,
De sus lazos desatada,
moradora de una estrella,
Lis de sus valles preciada,
Pide al cielo para ella
Aromas de libertad.»

Vuestro paisano D. Alejo Leal y JIMÉNEZ, que vivió en la segunda mitad del XIX, escribió una *Geografía descriptiva* en verso, prosa rimada poco poética, pero sí instructiva, que era lo que pretendía D. Alejo, maestro nacional.

Don Vicente Maestre, casado con una Cabrera, hija del Vizconde de la Torre de Albarrajena, importante primate local, fué un notable historiador y publicó en 1843, unas *Efemérides de Extremadura.*

En el género lírico y sentimental, descolló D. Luis Marcelo Marcos, oficial de la Audiencia, que a fines de siglo deleitó a las jovencitas de tierno corazón, con su húmedo tomo de poesías: *Risas y Lágrimas.*

Y ahí va otro bardo: D. Luis Sergio Sánchez y González, conocido por D. Luis del Mármol por el parentesco que tenía con el humanista D. Manuel del MÁRMOL, nació en Cáceres hacia 1800 y alentaba aún en 1860. Publicó una *Exposición filosófico-crítica de los principios de la literatura,* y poeta correcto de corte clásico de entre su abundosa obra extraemos esta su «Oda a la Aurora»:

«¡Salve, aurora feliz, alma del cielo
que en amoroso anhelo
el negro manto de la noche oscura,
que cubre el horizonte de tristura;
descorres con ebúrnea mano.»

...y por ser muy largo, saltamos a la última estrofa del poema:

«Ya que a mi tosca lira
benigno nunca inspira
el délfico crinado
que se baña en la fúlgida hipocrene,
y en silla de marfil y oro sentado
el reino de las piérides sostiene:
al menos yo en la margen recostado
del arroyuelo de plácid» corriente,
o tal vez sobre el césped floreciente
del algún ameno prado,
oiré embebido a las cantoras aves
en tonos melodiosos y suaves
celebrar con destreza
tu influjo, linda aurora, y tu belleza.»

Don Luis fué muy protegido del Marqués de Camarena, cuantioso mecenas.

De lo poco que de verdad dice D. Nicolás Díaz y Pérez, en su tristemente célebre *Diccionario de extremeños ilustres*, es que don Miguel de Torres-Cabrera y Mayoralgo, Marqués de Torres Cabrera, fué un altísimo poeta. Su bisnieto, el Conde de Canilleros, que tan diestramente pulsa la lira, conserva en su archivo poesías autógrafas de su ilustre bisabuelo, nacido en Cáceres, el 2 de Noviembre de 1818.

Un D. Diego Regidor Romero, culto sacerdote, escribió versos y obras de teatro. Pero donde más destacó fué en las ciencias políticas, siendo muy notable su *Estudio sobre la armonía existente entre la tradición y progreso.*

De fines del XIX y principios del XX son ingenios tan excelentes como D. Juan Becerra y Ladrón de Guevara, fallecido hacia 1910, hombre de celebradas «salidas», chistoso y decidor, periodista temible, volteriano y cínico.

Muy propia para ser traída a colación en nuestros tiempos en que tanto se exalta el trabajo, es el poema de este título del letrado cacereño D. Juan Canales González, cuya última estrofa, muy animosa, incita a ir al tajo al más indolente. Héla aquí

«Mi lira de cristal, rota y maltrecha
al saludarte, en su postrer esfuerzo,

con el vibrar postrero de sus cuerdas,
¡Canta y vive!, Trabajo, te repite;
tu canto es Redención... ¡Bendito seas!,»

El jurista D. José Gómez Martínez, Decano del Colegio de Abogados de Cáceres, en *Revista de Extremadura,* publicó a principios de siglo poesías medianas, pero llenas de retruécanos ocurrentes y de chispa.

Distinguido juglar fué el también abogado D. Enrique Montanchez y Jiménez, amigo de D. Publio.

Otro cacereño, devoto de las musas, fué el curial D. Pedro Porro Benítez, luego oficial de la Diputación de Badajoz.

El brillante mílite D. Federico Reaño, unió en él, el coraje a la dialéctica, siendo aguerrido capitán y en el manejo de la pluma diestro como lo acreditan sus poesías y sobre todo sus excelentes novelas y comedias. Fué muy leída su novela *En tierra extremeña.*

El maestro D. Eduardo Sánchez Garrido, cultivó con acierto todos los géneros literarios, siendo muy querido de los cacereños, que le dedicaron una calle.

Y uno, que tan dado es a la genealogía, precisamente en Cáceres, topa con familia en la que se repite con felicidad la afición a las letras, rayando en alguno de sus miembros con lo genial. Me refiero a la familia Uribarri, afincada en Cáceres desde la llegada de Jerez de los Caballeros, lugar de su nacimiento, del distinguido médico militar D. Benito de Uribarri, cuyos cinco hijos varones fueron vecinos de Cáceres, todos con buenas carreras. Uno de ellos D. Félix de Uribarri y Alba, Profesor de la Escuela Normal de Maestras de Cáceres, con ribetes de literato y periodista, habiendo escrito por los años de 1870, una comedia titulada *La Casa de D. Blas,* que se representó en el teatro de la calle de Peña, con gran hilaridad por parte del auditorio, que conocía a todos los personajes, tan calcados estaban de la realidad, sufrió por ello serios disgustos. En la pieza teatral aludida se tomaban a chacota, y con razón, las sesiones de burdo espiritismo y magnetismo celebradas en casa de D. Blas Palomar.

Don Félix de Uribarri y Alba, contó entre sus hermanos a don Felipe, Curial en la Real Audiencia de Extremadura, padre de don Manuel de Uribarri y Paredes, Abogado en 1895, fundador

con D. Gregorio Crehuet del periódico *El Norte de Extremadura*, y después por sí sólo de la revista jurídica *El Atrio*, que no tuvo más vida que una anualidad (1901). D. Manuel, gran cervantista, fué Notario de Ceclavín, colaborando en la *Gaceta del Notario*, y alguna vez en revistas literarias, donde sus juicios críticos sobre la obra del inmortal manco eran muy apreciados.

Primo hermano de éste e hijo de D. Manuel de Uribarri y Alba, fué el inconmensurable Felipe de Uribarri y Vergel, abogado y sobre todo gran literato, poeta satírico, periodista certero y mordaz, temible en sus polémicas y sobre todo lírico cuyo estro a veces rayó con lo sublime.

Cuando los periódicos de la Corte iniciaron los concursos literarios, hoy tan en boga, Felipe acudió a un certamen de sonetos anunciado por el periódico *Madrid Cómico*, que ofrecía cien pesetas de entonces como galardón al autor del mejor. Y el que escribió Felipe de Uribarri, en Julio de 1891, fué el agraciado. Hélo aquí:

NO SÉ DECIRTE MÁS

«Gloria tiene que haber mientras aspires
al bien eterno que alcanzar esperas:
en el mundo hay amor, mientras tu quieras,
y en el cielo habrá luz mientras tú mires.

Las puras auras, mientras tú suspires,
besarán a las flores hechiceras:
habrá virtud hasta que tú te mueras,
y habrá belleza mientras tú no expires.

Que por tí que eres causa del anhelo
que siente por la gloria el alma mía,
tienen, el alma amor, vida y consuelo,
la noche estrellas, claridad el día...
y si no hubiera, por desgracia, un Cielo,
cuando murieses tú... ¡Se formaría!.

Como humanista se superó a sí mismo, aunque su obra jocosa no es puramente de humor, sino más bien del género satírico, que cuadra más con el carácter español. El humor es para pueblos fríos y tranquilos. Los hispanos preferimos seguir las huellas de don

Francisco Gómez de Quevedo Villegas y Santiváñez. De corte quevedesco es su semario satírico *El Gazpacho,* que redactaba íntegramente, fundado en Enero de 1891. En el primer número puso esta quintilla anunciadora de su propósito:

«Para que el pueblo no diga
que el nombre me sienta mal,
y pues que el título obliga,
procuraré tener miga,
y aceite y vinagre y sal.»

Tipo absolutamente genial, de los que hacen época, plagó su vida de incidentes chuscos en los que siempre refulgió esplendoroso el chispeante cstro con que natura dotado le había.

Uno de los más comentados incidentes que tuvo Felipe Uribarri, fué el ocurrido con cierto predicador, miembro de próspera y acaudalada Orden que, dejándose llevar de un mal entendido celo, fustigó con poca justicia a la gente pudiente, llegando a darle calificativo de casta de ladrones miserables. El poeta le devolvió la pelota en la ironía de este comentario:

«Dijo Usted en sus amenos
y meditados sermones
que son los ricos ladrones
o la mitad por lo menos.
Y a mí me parece que
no estará en esa mitad
la Santa Comunidad
a que pertenece Usted;
que es también bastante rica,
y de ello Usted es testigo,
pero que da poco trigo
con tanto como predica.»

El último soneto que escribió fué inspirado por el trato de puñadas y puntapiés que un sujeto encanallado asestaba a una desgraciada, flor de lupanar, diciéndole a guisa de reconvención:

«¡TEN CARIDAD!

No mires mal a la mujer perdida;
más que el desdén, la compasión merece,

Si en el placer que pasa se adormece,
tiene en lo más profundo, su alma herida.

Deja que del pasado arrepentida,
palpite, llore, se avergüence y rece,
que en ella la virtud no resplandece
y es su mayor afrenta, su misma vida.
Piensa en que Dios clemente la redime,
y a la gloria divina la levanta
cuando su vida terrenal concluya.

Mira que se arrepiente, sufre, gime.....
que es débil, es mujer, puede ser santa.....
¡Y hasta pudo haber sido madre tuya!»

Murió nuestro poeta el 27 de Agosto de 1896, loco a los pocos días de casado, en plena juventud, cuando le sonreía la vida y la fama se llevaba a la boca su clamorosa trompeta para divulgar su nombre por doquier.

Mucho fué lo que escribió con su firma, pero mucho también lo que como «negro» escribió para otros. Uno de estos desaprensivos «mecenas» que se adornaban con plumas de otro, y nunca mejor dicho, fué Manuel Tovar de Vega, opulento y pretencioso mozo de Plasenzuela, creso hacendado. Vivió Tovar de Veja en Cáceres y aficionado a la poesía se autotituló «el vate extremeño», no bardo, palabra que le sonaba a insulto a aquel riquísimo ignorante, pues el gran D. José de Zorrilla, quizá por darle coba por si aflojaba la bolsa, se despidió de él, exclamando: «Adiós, gran bardo», y el de Plasenzuela, creyendo que era un insulto, por poco pega al gran escritor vallisoletano, a la sazón un pobre anciano pobre. Tovarito, como le llamaba todo el mundo, era más devoto en verdad de Baco que de las Musas, y todo ello unido a sus pujos, a su escasa cultura y a lo tosco de su caletre, hizo que se sirviera de plumíferos necesitados que a cambio de convites y de su prudente mecenazgo a la española, dábanle coba y escribíanle versos y lo que se terciara. Uno de sus siervos, escriba asalariado y por lo visto quejoso de lo parvo del óbolo, le respondió con este despiadado soneto:

«Es su cara la jeta de un cochino;
es su andar, el andar de un hotentote.

En su labio desnudo de bigote,
baila siempre la risa del felino.
Brusco en su trato, en el pensar ladino,
alto de cuerpo y en la forma un zote.
En su escudo adoptó por lema y mote:
«quien parece el más bruto, es el más fino.»

Y, como es dadivoso y tiene «guita»;
a todos hace gracia en este mundo,
en que el «parné» sobre la gracia juega;
todos se callan, cuando el chico grita,
todos celebran su lenguaje inmundo,
y de todos se ríe TOVAR DE VEGA.»

Es posible que este esperpéntico retrato sea de Uribarri, aunque la nobleza del carácter de Felipe, nos incline a creer que no. Uribarri era valiente y si lo hubiera escrito lo hubiera firmado, pues al menos aquella vez Tovar no había pagado nada por el soneto.

Fué muy celebrado un libro «escrito» por Tovar de Vega, en que el «vate extremeño» relataba en verso en un viaje a Tierra Santa y cercano Oriente. En el ejemplar que Uribarri, dedicó de esta obra a D. José Muñoz Torres-Cabrera, ponía «yo te lo juro Pepito» este libro «lo ha escrito (entre comillas). Manuel Tovar, Tovarito.»

Cuentan los que leyeron la obra, que yo no he tenido la dicha de tener a la vista, que era de lo más ameno y jocoso, pues al burdo relato de tan apasionante viaje, hecho por Tovar de Vega, había añadido Uribarri reflexiones picantes y donosas, todo en bien medidos versos, con rima musical y ritmo jacarandoso.

Tovarito no era realmente el tipo casi repugnante reflejado en el soneto de marras, sino un pobre hombre (en cuanto al espíritu, no en cuanto a bolsa), inculto y pretencioso. La gente se reía de él, y él también se reía de la gente, viendo logrado su anhelo de popularidad, pues todos le agasajaban, a todos llamaba de tú y en todas partes era admitido, bien fuere por su dinero o por oírle recitar como propios los versos de Felipe Uribarri.

Tovarito murió a fines de Septiembre de 1908. Juan Becerra y Ladrón de Guevara murió también por entonces y el gran periodista pagó su tributo literario al creso señorito de Plasenzuela escri-

biendo para él versos acrósticos, con cuyas prímeras letras podía leerse «lo escribió Becerra no Tovar». Becerra que era óptimo autor en prosa y mediano en verso, no quedó muy allá en sus rimadas y vergonzantes obras «de negro».

Don Publio Hurtado y Pérez el más grande historiador de Cáceres hasta su época, une a la veracidad una galanura en el estilo que hace que sus libros, tan eruditos, se lean con agrado. Nació don Publio en Cáceres hacia 1860, falleciendo en 1929. Era hombre de trato afable, ingenioso y chispeante. Nadie hasta la fecha ha superado su *Ayuntamiento y Familias Cacerense*, cuyo único defecto es que no cita las fuentes de sus asertos, aunque se comprueba siempre que es cierto cuanto dice, pues en gran parte se basa en documentación del Archivo Municipal, del de protocolos, o de los grandes linajes, adobado todo con tradiciones, y redactado con primor de literato de raza.

Son sus obras históricas más conocidas: *Indianos cacereños, Tribunales y abogados cacereños, Los extremeños en América, Castillos, torres y casas fuertes de la provincia de Cáceres.* De sus obras en verso citaremos: *Amor y martirio y La Mujer Adultera.* También publicó cuentos y novelas, entre las que destacaremos: *El beso mortuorio, El aderezo de perlas, El rizo negro* y *Tras el eterno ideal.*

Eximio cacereño, es sin discusión una de las auténticas glorias literarias de nuestra ciudad y de España entera.

Hará unos diez años murió el abogado y poeta D. Francisco Belmonte y Romero, que a principios de siglo dirigió el semanario *Alma Extremeña.* Belmonte, dotado de ágil pluma, era un hombre genial y chistoso, difícil, en su atuendo y ademanes un depurado dandy, en su proceder, caballero cumplido.

Digna de parangonarse con el mejor poema de la más exigente antología es una composición suya inspirada en la calumnia, recia, viril e impresionante por la crudeza enérgica con que pinta tan asqueroso pecado.

Hela aquí:

«LA CALUMNIA

Reptil inmundo de asquerosa baba,
hipócrita, mezquino, maldiciente:

donde muerde tu diente,
fama honor y prestigio, todo acaba.

No hay por tí honor seguro,
ni paz del alma que turbar no trates;
asfixia tu pulmón el aire puro,
y tramas en la sombra tus combates.

Eres ruin y cobarde:
usas galas y aliños de ramera;
y es un fuego, tu fuego que arde, y arde,
sin humo negro ni fulgor ni hoguera.

Eres cosmopolita:
como el del mal tu origen es eterno;
y tu estirpe maldita
entronca su solar en el infierno.

Tu sanguinaria zarpa
semeja a veces mano que acaricia;
sabe fingir tu voz tañido de arpa,
y cubres de oro falso tu inmundicia.

Te conoco muy bien; te he padecido,
entre las fibras de mis carnes duras
mil veces he sentido
tus fieras y sutiles mordeduras.

Que existas nos conviene,
por contraste a los pechos esforzados.
No es oro, el oro que crisol no tiene
y es más puro el honor, entre malvados.

¡Ven!... acércate a mí. Vierte el veneno,
que no soy ni un vencido ni un sumiso;
yo estoy hecho a marchar por entre cieno,
y no me salta al rostro lo que piso.

Que tema de tu dardo el golpe fiero
aquél que tenga espíritu lacayo.
Mi cuerpo es pedernal, mi alma es acero
que embotan el empuje de tu rayo.

Dí a los que se alimentan con tu jugo
que, entre las cuerdas de mi lira rota,
tiene para sus lenguas de verdugo
un desprecio, mi canto, en cada nota.»

Esta poesía vió la luz en el semanario cacereño *Brisas Nuesva,*

en Noviembre de 1910, y de ella no hizo gran caso su autor, que se iguala en esta su obra al gran vate francés Rimbaud, que también tiene odas dedicadas al aburrimiento, al odio y a la muerte, duras, expresivas y sobrecogedoras, como la que ofrecimos.

Don Juan Sanguino Michel, nacido en 1859, Director del Museo de su ciudad natal, correspondiente de la Real Academia de la Historia, fundó, junto con otros nueve literatos *Revista de Extremadura,* en 1899, cuyo primer director fué el Marqués de Castrofuerte. A este siguió en la dirección D. Publio Hurtado. En ella colaboraron en principio Luis Grande Baudesson, autor de *Granos de arena* (prosa y verso) y de *Meridionales,* colección de cuentos y poemas premiados en públicos certámenes; Gabriel Llabrés, Daniel Berjano, José Luis Gómez Santana y el ya mencionado Juan Sanguino.

Duró la revista trece años y en ella figuran trabajos de Carolina Coronado y de lo más granado de la intelectualidad extremeña y española.

Y aquí fina mi exposición. Que la antología de la brillante pléyade de literatos cacerenses actuales la haga un sabio de dentro de cuatrocientos años, con más erudición que yo, pero con el mismo cariño que puse en florilegio tal de ingenios de la bimilenaria NORBA, ofrecido a ustedes por mi corto numen, es mi FÉRVIDO DESEO.

Mi único anhelo es cooperar, con todas mis fuerzas a que CÁCERES—ciudad por mí soñada antes de conocerla, y agora querida con amor entrañable—, se ponga en el lugar preeminente que su brillante historia y su belleza sin par exigen. ES DE JUSTICIA.

ALFONSO DE FIGUEROA

ALGUNOS RASGOS DEL HOMBRE EXTREMEÑO

(CONCLUSIÓN)

CAPITULO VIII

CABALLEROS Y ORDENES MILITARES EN EXTREMADURA

LA MESTA, LA DEHESA Y LOS CABALLEROS

Hagamos recordar cosas ya dichas en este libro y otras de todos sabidas, para arrancar nuevas interpretaciones de uno de los rasgos más expresivos y complejos del carácter del hombre extremeño: el de las Ordenes Militares y su Caballería.

También la Caballería y sus Ordenes Militares en Extremadura parecen muy representativas, no solamente del carácter extremeño sino también del paisaje. También la Agricultura y la Ganadería dan carácter y representación a los Caballeros de las Ordenes Militares. Ya D. Vicente Paredes Guillén, en su "Orígenes del hombre de Extremadura", recoge estas palabras de Pedro de Medina en un libro ampliado por Diego Pérez de Mesa en 1596: "Se llama Extremadura porque viene a ella a extremo, muy gran parte de los ganados de Castilla, por las grandes y fértiles dehesas y campos abundantísimos que tiene". Sí; tanto como de soldados, hubo en las Ordenes Militares, movimientos por afán de tierras y ganados. Y la dehesa y la Mesta dieron a Extremadura un doble sentido guerrero y gana-

dero. Paredes Guillén enlaza el nombre de Extremadura con el Concejo de la Mesta y el ganado trashumante (estudiado también por Carbonero Bravo). Y D. Enrique Segura Otaño, siguiendo a Paredes, dice: "Desde los reyes godos, cuyos privilegios recogió en 1273 Alfonso el Sabio, se reconocían los pastos de verano, cuyos terrenos llamaban "Sierras", y otro bueno para pastos de invierno, al que llamaban "Extremos" o "tierras llanas"... Después de 1609, con motivo de asignar los Concejos, se redujo a llamar "Estremos" los terrenos de pasto de invierno, desde los Puertos Reales hasta Extremadura, Mancha y Andalucía. "Antes de esa fecha —hace hincapié Paredes—, se llama "Extremos" todo lo que no eran sierras e invernaban en ellas los ganados". Luego, por su cuenta, Segura Otaño alude a "la mejor historia del Honrado Concejo de la Mesta", publicada por un extranjero: Klein, el cual distingue de otras extremaduras, la "Extremadura de León o provincia de Extremos de León" "porque sus reyes conquistaron la mayor parte de esta comarca". Y "se denominó así, en singular, pues no había otros campos de mayor estimación, por sus yerbas, que las de las dehesas de Extremadura".

Antonio Floriano, en su conferencia pronunciada en Cáceres, en Mayo de 1965, afirma que "los latifundios y dehesas extremeños tienen su origen en una mesocracia de origen leonés" con tradición ganadera, el cual se avino a soportar la vida azarosa de la tierra fronteriza, y que necesitando el latifundio para pastorear con sus rebaños, creó la dehesa como base económica de su existencia... Nuestro Fuero (el de Cáceres) no fué más que eso, una norma jurídica para el aprovechamiento de las riquezas naturales: "pastos, maderas, frutos como la llande o bellota, caza, pesca, colmena". El latifundio, pues, fué "una necesidad vital". Y añade Floriano más adelante: "durante los siglos XIII y XIV, la cepa aristocrática de Cáceres se asimiló el vivir de la dehesa, a la que sigue apegada hasta el final del siglo XVIII con un predominio social absoluto, y hasta impenetrable, aunque justo es decirlo, también un poco patriarcal". Por eso Cáceres ha sido durante siete siglos "un conjunto de mansiones nobiliarias (casas, fuertes, palacios, torres, castillos, albergue de una nobleza campera)". Luego, "al final del XVII se

comienza a producir un fenómeno inverso al del XIII. Las familias nobles emigran para buscar entronque con la aristocracia cortesana. Los palacios se van abandonando... y las dehesas se arriendan, una veces al trashumante leonés, al "serrano", como se le dice no siempre con propiedad; otras, al "labrador pueblerino". Sólo quedaron "pocas familias aventurosamente unidas a la tierra de sus mayores... Con el tiempo, ese renacimiento del señor campero, medio patriarca, tan típico de Cáceres en el siglo XIX, desapereció casi por completo por el absentismo o por el juego estulto de la política". Me parece certera esa interpretación histórica del Profesor Floriano.

Certeras también y de fina belleza literaria, son las estampas que, sobre comarcas de Badajoz, nos ha dado Vera Camacho. "Cuatro flechas nos apuntan: Las cuatro flechas son disparadas por una enorme ballesta con extremos en León y Soria, y convexidad en Segovia y Valladolid. Y por los cuatro caminos abiertos en los campos de España, bajan a Extremadura los rebaños de ovejas que perviven cada año gracias a nuestros pastos"... "Ved ese río Zújar, con nombre árabe... que siempre ofreció pastos finísimos a esos rebaños que como cuatro flechas convergen aquí de cuatro puntos castellanos, lanzados por el arco de la necesidad de pervivencia y del clima adverso... Como una piel tersa, es la tierra, verde aquí, ocre más arriba. Hierba que nace aquí una sola vez, a diferencia de otras regiones en las que hay que segarla varias veces al año, por su abundante manar. Aquí es hierba mientras está verde, y la que no se come sécase y se llama pasto para siempre jamás... Por eso, los rebaños prefieren esta hierba recién parida de las entrañas de la tierra por la que no pasó la guadaña de la muerte". Vera Camacho, en estas estampas de viaje, exalta luego el olivo sobre la encina, ligando líricamente a ambos con la ganadería extremeña: "Entre los copos blancos del ganado lanar, el verdor del olivo; entre la tierra parda, sedienta, la hoja siempre verde del olivo; entre el duro vivir de la encina, el dulzor del olivo... Cantar en un olivar es casi rezar al campo. En un olivar oraba Cristo cuando le prendieron. Por eso es mística la tierra que cría olivos, y por eso las mozas llevan siempre la canción en los labios cuando van a él". El profesor Eduardo Hernández

Pacheco, en cambio, ha subrayado científicamente la importancia de la encina en los campos extremeños.

Por mi parte creo hallar alguna oscura vinculación entre el campo y la agricultura, la encina y el olivo y los ganados extremeños con el significado que tuvieron las Ordenes Militares en Extremadura. Es muy sugestivo este dato: En Guadálmez (Ciudad Real), y en el lugar llamado por los árabes "la Balalita", es decir "el llano de las bellotas", se va a erigir un monumento llevarán las cruces de las Ordenes Militares: Almonumento llevarán las cruces de das Ordenes Militares: Alcántara, Montesa, Calatrava y Santiago. Lo ha dicho la prensa y lo ha comentado Castillo Puche. ¿Qué significa esto? Significa, en mi parecer, que los caballeros de esas Ordenes tomaron su más profunda representatividad de los campos y encinares extremeños porque en ellos brotaron casi todas las Ordenes Militares españolistas. Toda España fué siempre campesina, agricultora y ganadera, y el agro español está presente en toda su historia y en los variados aspectos de esa historia. Y Extremadura es, en esto, quizás lo más representativo de España. Del campo han salido los soldados del Cid, y de los Tercios españoles; en el campo se han dado las batallas más decisivas, se han fundado los monasterios más austeros, y las estirpes más nobles y arraigadas en lo español, y en el campo han forjado su carácter los labradores y las más acendradas matronas y amas de casa. Y también de ese profundo sentido campesino, ha nacido el caciquismo extremeño, como casi supervivencia feudal. Campeador es el que campea, y el Cid lo es por excelencia. Y el Cid es de linaje de hidalgos, de labradores caballeros o caballeros de labranza, que por hallarse en "tierra de extremos" o fronterizas (en la frontera de Navarra, dice Menéndez Pidal), han tenido que alternar la espada y el azadón o el arado. Repito: Campeador es el que campea, y "campear" es, en lo militar, salir a reconocer el campo en rastreo y defensa de posibles enemigos ("hacer la descubierta" se dice hoy), pero, para agricultores y ganaderos, campear llaman al hecho de dar salida a los ganados para que pasten, y vigilar a esos ganados y sus tierras...

Cuando a miles de extremeños se les pregunta por su pro-

fesión, suelen responder invariablemente, pero con gravedad profunda y un sentido casi sacramental: "Del campo", así, con significado genitivo de pertenencia y dedicación vocacional, matrimonial con la tierra del campo. El extremeño es campeador en su doble significado: primero genésica y reverencial, casi sacramentalmente, como labrador, pero también, en segundo término, como soldado y caballero. Es campeador en cuanto busca la lucha en campo abierto, la lucha con la tierra y con los hombres que se le oponen a su vocación. El campo, para él es el gran medio de vida y lucha. Y cuando tuvo que salir, en hambre de aventuras y de tieras, hasta de la mar hizo campo. Pero ¿es que hay otra nobleza que la salida del cultivo de la tierra, del dominio de la tierra y de la lucha por ese dominio y su afincamiento en ella? No se olvide que el nombre de caballero y todo Código y toda institución de Caballería toma su nombre del uso y el poder y la dignidad que antiguamente daba la posesión de un caballo, y que el origen mismo de la civilización se vincula (según Max Weber), con la aparición de hombres a caballo en las llanuras del Turquestán para caer sobre la India, fundando en ella la primera casta, la más privilegiada, con la de los caballeros, hombres de guerra o guerreros y del uso o servicio del caballo nació una noble virtud: la caballerosidad. Y el caballo sirvió también y sirve para pastorear el ganado. Y los caballeros buscaban tierras calientes y de buenos pastos, que defendían como guerreros. Para justificar la llegada a Brozas del linaje de los Flores de Lizaur, de rama vasca, pero vinculado a los Doce Pares, en Francia, el Conde de Canilleros, también vinculado a ese linaje, nos dice que, "por ser Brozas de finísimos pastos y estar en lo alto" (es decir como castillo roquero y vigilante), debió de atraer a Lizaur, encauzando su destino tareas ganaderas y agricultoras y a la vez hacia empresas de guerra. Y efectivamente, entre ambas formas de vida se trama la historia personal de Flores de Lizaur.

EL MUNDO DE LO HEROICO Y CARLOS V

Hacía falta la reciedumbre de carácter del hombre extremeño para que apareciera, con efigie bifronte, ese doble carácter de guerrero, militar o aventurero, sin dejar de ser el hondo y grave labrador que es. Y ahí reaparece el sentido profundo, hasta el culto casi dogmático, de la virilidad extremeña, a veces, como vimos, tocada de fetichismo por el macho que todo lo refiere al volumen y potencia de los atributos genitales del varón. Ser valiente es mostrar y demostrar la importante magnitud de esos atributos. Aunque portugueses, en nuestra realidad histórico-geográfica de hoy, pero extremeños, en la geografía de su tiempo, las dos primeras figuras de guerreros cruzadas de labradores son Viriato (nacido en la Vera, en Guijo de Santa Bárbara, según Aredo de la Berrueza) y Giraldo Simpavor, llamado por un autolusitano "el Cid portugués". Ambos vivieron y actuaron (aunque no nacieran) en Extremadura y ambos son destacados en la historia como "valientes y aguerridos. Velo Nieto en su libro *La Orden de Caballeros de Monsfrag,* y Floriano en otro libro que ahora no recuerdo, como Vicente Barrantes en otro, nos dan el apunte de la biografía de Giraldo Simpavor, "héroe de romance que por su esfuerzo adquiriera el apellido de Simpavor" según Velo Nieto.

Tratar de traer aquí, una vez más, las innumerables pruebas de valor y audacia dadas por los extremeños en Flandes, en Italia y en América y Filipinas, sería abundar innecesariamente en lo ya dicho de muchos modos por cronistas e historiadores. Sería un cuento de nunca acabar y no adecuado a la intención de estas páginas. Además, esa valentía y ese arrojo ante el peligro en la lucha, la hubo en hombres ignorados por la Historia como la hubo (y de ello hemos dado ya ejemplos), en los religiosos que fueron a América o a Filipinas y en los que aquí, en Extremadura, fundaron conventos y monasterios en el medio del campo, dándoles aspectos de fortalezas defensivas. Impugnando López Prudencio a Vicente Barrantes, que

fundamentaba la empresa de los extremeños en América en las difíciles situaciones económicas de entonces en Extremadura, dice aquél: "La verdadera razón está más honda y más a la vista: está en el temperamento etnológico de este pueblo, desarrollado en un país cuyas apacibles y dilatadas llanuras bajo un cielo sereno y transparente, de interminables horizontes, determinan en la psicología de esta raza, siempre ansiosa de rasgar la corteza que las trabas sociales ponen a los impulsos generosos del espíritu... Una especie de rebeldía constante contra el medio en que viven, que los estimula a la crítica, dura casi siempre, a la sátira implacable. ¿No están en esta nota psicológica la raíz del más acusado rasgo de la fisonomía espiritual de la raza que es la audacia?". Y añade que si audacia no es valor, el valor viaja siempre en la audacia. Por su parte Fray José de Sigüenza en la "Historia de la Orden de San Jerónimo", dice aludiendo a los ermitaños de San Cristóbal, en Plasencia: "Eran hombres determinados y de valor porque la santidad y la vida religiosa no sienta bien a gente fácil, de pechos viles y pensamientos apocados". Se ve que en Extremadura se vivía, entonces, el latido de lo heróico español, y el denuedo, el arrojo, la valentía pulsaban en todos los hombres.

Siempre he creído que, en la Historia real, siempre hay algo más que físicas casualidades; que incluso la Historia como tal, no está gobernada por el principio físico de casualidad, porque en la Historia, más que *hechos* —y más que *fenómenos*— hay *actos;* y en vez de *causas, autores*. La Historia es misteriosa y misterial; toda historia humana es sagrada, en tanto que la llamada "historia natural", no es historia, sino mecanismo.

Y así hallo un sentido histórico profundo y una secreta y misteriosa afinidad entre el simbolismo de Yuste y el carácter arquetípico del extremeño. Diego el Pobre y otros eremitas de San Cristóbal, en Plasencia, se echan a andar en busca, ¿de qué?... No lo sabemos; dicen que en busca de un lugar de mayor apartamiento y más adecuado a penitencia. Y se fijan en su campo, de un tal Yuste, y allí fundan un convento o residencia común con ese mismo nombre. Eran penitentes

franciscanos. Pero el nuevo monasterio queda dependiendo del de Guadalupe. Pues bien: por una inexplicable gravitación o afinidad, Carlos V, elige, al fin, el Monasterio de Yuste para descansar y hacer también penitencia. Que un hombre nacido en Gante, entre brumas flamencas y cansado de tanto poder, sienta melancolía al fin de su vida, no es extraño, pero que elija a España—después de intentar quedarse en Flandes— y dentro de España a Extremadura, es algo misterioso y yo le encuentro la fuerza y el sentido de un símbolo, y "simbolos" quiere decir ajuste de dos mitades que se buscan. ¿No hay un parecido entre Carlos V, asceta, guerrero y solitario, cargado de gravedad y melancolía, y el nombre arquetípico extremeño? Dice el emperador a Ruiz de la Mota, obispo de Badajoz, y su consejero, que el reino de España es "el fundamento, el amparo y la fuerza de todos los otros" y que , por eso, ha decidido "vivir y morir en este reino". Pero ¿por qué en Extremadura habiendo tantos paisajes y lugares amenos, plácidos y recoletos en toda el área española? Don Carlos, deslumbrado por las proezas de los extremeños quiso vivir entre ellos y respirar su mundo, el mundo de los extremeños donde el latido de lo heróico estaba indicando que si no nacían dioses, al menos héroes fabulosos, como semidioses, brotaban de la tierra, por entonces, en Extremadura.

Era Extremadura lo que atraía a Carlos V y el carácter de sus hombres lo que había imantado su corazón. Era él, Maestre de Santiago, de Alcántara y de Calatrava, y estuvo a punto de no ir a Yuste, sino a Salvatierra de los Barros, otro lugar extremeño, donde habían mandado contruir un convento de San Francisco. Pero en todo caso buscaba a Extremadura. Tenía que venir a Extremadura, se sentía con afinidad por los franciscanos. Los aposentadores comisionados por el Emperador (que había quedado en Flandes) recorrían el Valle y la Vera extremeños. Estos aposentadores, como anota Sánchez Loro, han oído decir que en Extremadura nacían dioses, y se fijan en Yuste. Y a Yuste viene a vivir y a morir Carlos I de España. También Juan II y Enrique IV habían demostrado su gusto y simpatía por Extremadura. En Guadalupe fué enterrado Enrique IV. Y los Reyes Católicos se hospedaron más

de una vez en Guadalupe, a cuyo Monasterio llamaba Isabel mi cielo. El espíritu de España y el de Extremadura se compenetran en su trasfondo. Felipe II, buscaba Monasterio de retiro en el de Aguilera (Valladolid), en el Paular y por fin en El Escorial, y estuvo a punto de venir a Extremadura, quizás aconsejado por su confesor Diego de Chaves, también extremeño. Pero le retrajo de ello sus digustos con Portugal. Cuando llega Carlos V (en verdad Carlos I de España), Extremadura es el más alto símbolo representativo de lo español, y Carlos V, se siente secreta y misteriosamente atraído por lo extremeño.

Pero esa "afinidad" o simpatía personal de Carlos I por lo extremeño tiene un sentido histórico subálveo profundo. Sus abuelos, Isabel y Fernando, a la muerte de Enrique IV, enterrado en Guadalupe (cuyo cadáver ha sido identificado no ha mucho en la cripta del Monasterio), se encontraron con la oposición de casi toda la nobleza castellana, en el pleito de sucesión suscitado a la muerte de aquél. Sólo los caballeros de las Ordenes Militares en Extremadura, y la nobleza extremeña, defiende sus derechos dinásticos: Por de pronto, los nobles de Plasencia (ciudad donde se concertó el matrimonio de la Beltraneja), con los duques de Plasencia a la cabeza. Por eso el "servidor" de estos duques, Don Diego de Jerez, fué consejero de los Reyes Católicos. Les apoyaron y defendieron las familias (casi tribus) de los Solís y los Monroy de Cáceres (que habían llegado a un pacto armónico o a un armisticio en sus luchas), y el Maestre de Alcántara D. Gome de Solís y el Clavero de la misma D. Alonso de Monroy, y el Comendador de la misma Orden D. Diego de Ovando, de Cáceres, aunque Comendador en Bienvenida, y los Caballeros de Santiago de Badajoz y de Jerez de los Caballeros, y los de Medellín y tantos más. Es que Isabel tenía la simpatía de los extremeños desde la época de Juan II, y había residido en Guadalupe frente al Monasterio. Y en la casa de esa residencia concibió y quizás empezó a planear la conquista de Granada y la unificación nacional. Por eso, D. Vicente Barrantes ha calificado a Guadalupe de "la segunda Covadonga española". Y en Extremadura, según dice López Prudencio, los Reyes Católicos, pensando dar unidad interna (no sólo religiosa, sino jurídica, moral) a

toda la Península, una vez conquistada Granada, hallan inspiración y modelo para la Santa Hermandad, en antiguo modelo de Talavera de la Reina, pero cuyos primeros antecedentes están en Trujillo, en una institución que, arrancando de la de los Caballeros de su Orden Militar, originaria, venían de antiguo batiendo a los malhechores de las serranías cacereñas. Ello quizás explica la colaboración prestada en la Ordenación jurídica llamada de Montalvo (primera gran unificación de la legislación española, hasta entonces dispersa y desordenada) de ilustres extremeños: como el presidente del Real Concejo, Galíndez de Carvajal, de Plasencia el consejero citado Diego de Jerez, y el jurisconsulto Luis de Zapata, de Llerena. También, posteriormente, Gregorio López de Tovar, comentarista de Las Partidas, estudió las relaciones de éstas con las Leyes de Toro, como otro extremeño, Alonso de Acevedo, con sus comentarios a las Constituciones reales echó las bases para la Nueva Recopilación de Felipe II. Si ahora fuera el momento, podríamos añadir nombres como Manuel de Godoy, como Bravo Murillo, Moreno Nieto, Donoso Cortés y Diego María Crehuet, que han contribuído no poco en la legislación española posterior.

Pero ese ritmo y ese ámbito de fantasía heroica venía ya de lejos en la Historia de los hombres extremeños. Venía de las Ordenes Militares y su tiempo en Extremadura. Y esas Ordenes encontraron aquí su ocasión y su ámbito propicio, no solamente por ser zona de "extremos", de fricción y lucha con los musulmanes, sino también porque la gravedad, la sobriedad ascética y el sensualismo lírico del extremeño, inspiraban a su vida un sentido profundo de lo heroico hasta lo épico, es decir, hasta llegar a esa exaltación heroica de lo colectivo que solemos llamar "épica".Todavía hoy, el militar, el guerrero, el aventurero, el explorador, todo el que hace profesión de su valentía personal, encandila al extremeño mucho más que el político, el científico, el artista o el poeta. Todo muchacho rural, aun analfabeto, sueña con llegar a Capitán y conquistar tierras y ciudades. Y a la vez todo extremeño que se aleja de su tierra, siente la profunda nostalgia de ella, no para cantarla lírica y emotivamente en la lejanía, sino para soñar volver triunfante

y encontrar en Extremadura tierra y mujer. Y si retrocedemos ahora imaginativamente a los siglos XII y XIII, época de trovadores y de religiosos, de caballeros que alimentan el ideal del amor, y aman todos los idealismos y las purezas, y entre éstas, la de la mujer, y ponen el ideal, el techado y ejemplo de toda mujer, en la más alta y pura: en la Virgen, si evocamos esos tiempos, digo, veremos cómo grana y engrana el mundo heroico de la Caballería en el sensualismo lírico (que por entonces se está tornado épico) del alma extremeña. Ha brotado el mundo caballeresco en Europa, el mundo del caballero idealizante de la mujer, del amor y de la guerra, el mundo del poeta trovador que canta el amor cortés en las Cortes de Amor, porque el amor se siente como un saber bello, jocundo, vistoso: como un "Gay Saber". Y poetas y caballeros ponen su ideal de amor en la mujer más ideal, en la Virgen. Entonces aparece la Mariolatría, el culto religioso más fervoroso y apasionado por la Mujer a la vez Madre de Dios y Virgen. Y para cantar a la mujer idealizada, a distancia, como mujer imposible, exaltando su propia pureza el caballero amante, poniendo el ideal de toda mujer amada en la más alta y pura, haciendo derivar toda la energía del caballero hacia la guerra y la aventura, en forma de Caballero Andante, se reúnen los Caballeros y fundan las Ordenes de Caballería, que si al principio, en los siglos XII y XIII, son colectivos y conventuales, pronto se desgranan en el XV y el XVI en Caballeros Andantes sueltos e individualizados. Ya el Cid en el siglo XI funda mesnada, porque entonces el caballero necesitaba la colectividad, el grupo, para las aventuras, pero Suero de Quiñones en el XV hace la guerra por su cuenta, como Don Quijote, el último y tristemente heroico gran caballero individual. Nacen las Ordenes Militares, en cuanto a su milicia de armas, de la necesidad de organizar la lucha contra la Islam, en cuya misma denominación va ya una carga y un sentido religiosos, pues más que guerra de pueblos fué lucha de religiones, y esta lucha era más viva y activa en Extremadura, tierra de fronteras o "extremos" que en otras partes.

Era una época juvenil de la Historia, uno de esos momentos en que triunfan los jóvenes con sus idealismos, sus ilusio-

nes y su afán de empresas. Y por ser tiempos juveniles, el varón canta a la mujer, a la pureza y a la guerra, en ideales ascéticos transidos de poesía. El siglo XIII es ya el único y verdadero Renacimiento, el cual en el siglo XV y en el XVI, ya empieza a no ser vivido y real, sino artístico y literario. Sólo los extremeños (y muchos que no lo eran) ya decepcionados por esos idealismos, más artísticos y literarios que reales y vivos, siguen manteniendo su ideal, pero trasmutados en realidades medio soñadas, medio vividas; es la poesía de la acción, del amor, de la aventura y la guerra, sin versos cortesanos ni manifestaciones cultas y fingidas por el "gay saber". Y ese realismo idealizante, ese sensualismo lírico, es el que lleva y da sentido a la empresa de los extremeños en América. No son cantores de la Mujer como Boscan o el Marqués de Santillana, ni trovadores de la Virgen como San Bernardo o San Francisco de Asís, pero sienten a su modo el ideal del caballero proyectado sobre tierras y mujeres realísimas.

López Prudencio, en la conferencia IX de "Extremadura y España", dice: "La Caballería no fué un mito; no fué un lamentable desvarío hijo de una decadencia. Fué una realidad histórica, un momento feliz y candoroso de nobleza y vigor infantil. La robusta adolescencia lo adornó luego con galas de fresca lozanía en gestas ingenuas y vibrantes; pero una madurez enferma y decadente recargó luego su historia con esa ornamentación túrgida y pomposa que nos ha hecho dudar, no sólo de su misión histórica, sino hasta de su ralidad efectiva". Hace luego una viva y coloreada descripción de aquellos primeros tiempos de la Caballería, sin ocultar el contraste entre los más altos ideales y las más bajas miserias: "Esta locura ideal de la caballería fué el contraste de la violencia y, al cabo, su vencedora". Y así llegó a España. Pero "esta literatura, lejana, de los héroes y de los sucesos, está ya influída por el tópico cuya falsedad es necesario poner de relieve"... "Veremos entonces que esa halo de ensoñadoras fantasías, con que las edades posteriores han nimbado esas figuras, se desvanecen ante la sanguínea realidad, que las deja ver, humanas y vivientes, con aquella sinceridad, ingenua y bárbara, peculiar de nuestras gestas"; y termina López Prudencio hablando

de "los delirios de Macías, las locuras de Suero de Quiñones o los sentimentales transportes de Rodríguez de Padrón", síntomas de aquellas ensoñaciones con que la fantasía provenzal contagió a nuestros pueblos". Y a esas ensoñaciones le contrapone el realismo español, que hace que la Caballería se convierta en "una institución de realidad utilizable y organizada para desempeñar una función en el organismo social".

Y por eso arraigaron en Extremadura las Ordenes de Caballería. "Nacen las Ordenes Militares en España con un sentido enteramente nacional y político, para dar, a la contienda con los árabes, una fuerza y cohesión que debilitaba a veces la disgregación feudal". No casan bien el estilo del trovador y de los líricos amatorios y cortesanos, con el modo de ser del hombre extremeño. Más bien (salvo los Garci-Sánchez de Badajoz, que no se sabe si se trata de uno, dos o tres distintos, con ese nombre) cuando, en ese tiempo, aparece un poeta, como Mauro del Almendral, sospecha López Prudencio (guiado por una sugerencia de Barrantes y un cancionero de M. Bartolomé Gallardo) que, por lo disputador, crudo y violento, el tal poeta pudo ser el autor de "unas coplas hechas al rey D. Enrique, reprendiéndole sus vicios y el mal gobierno de estos reinos de Castilla". Los poetas extremeños d entonces, más que loores y amorosas endechas, escriben censuras acres y severas, más a tono con su ser y su carácter de extremeños.

Según Américo Castro, las Ordenes Militares tienen un doble significado o sentido, militar y religioso, y los en caballeros destaca tanto su índole ascético-religiosa como guerera. Los poetas extremeños de entonces, más que loores y amorosas guerreros; monjes por su fe y su castidad; guerreros, por su valentía, su entusiasmo bélico y su ardor combativo. Y todo lleros destaca tanto su índole ascético-religiosa como guerrera. monjes apagados y asceas, todo ello conjugado en arduas ejemplaridades. Pero dice también Castro que "*sólo en el mundo musulmán* se dan unidas en una misma persona la vida de rigurosa ascesis y el combate contra el infiel... No es, pues, ningún azar el que las Ordenes naciesen en el siglo XII en las fronteras del Islam-Palestina y España, y no en otra parte". Y se apoya Castro en que el vocablo árabe "Ribat", significa

guerra santa, derivando de ahí el español "rápitas" o "rábidas", para indicar lugares conventuales defensivos y fronterizos, en que los musulmanes se consagraban a la guerra y a la oración. Ya Asin Palacios, nos había dicho en "El Islam Cristianizado" que fueron llamados "almorávides" aquellos que unían la vida religiosa a la militar "defendiendo las fronteras en conventos que tal vez eran cuarteles (rápitas)". Y admite Castro que milite glorioso de las Ordenes Militares reflorecerá más tarde en los aventureros y conquistadores extremeños. Y hasta apunta la probabilidad de que el Monasterio jerónimo de Guadalupe y la Orden de Alcántara sean (con la Universidad de Salamanca) "vértices del mágico triángulo extremeño del que irradiaron la flor de los conquistadores, un arte dramático, audaz e insospechado y el refinamiento señorial de Zalamea, Plasencia y Alba de Tormes.

Ignoro en qué funda esta asociación de la Universidad de Salamanca al "mágico triángulo extremeño". Tampoco sé por qué, según esto, nos dijo antes que "sólo en el mundo musulmán" se dan unidos el monje y el guerrero, pues ello se da tanto en musulmanes como en cristianos, respondiendo a una actitud primaria y común, y entre los cristianos, tanto entre españoles que lucharon contra el Islam, como entre franceses y germanos que no lucharon. Pero hay además esta diferencia: el caballero islámico no canta a la mujer elevándola hasta lo divino, como el caballero cristiano. Este canta a la mujer exaltando su propia castidad, y así llega a la mariolatría o culto a la Virgen Madre de Dios como símbolo divino de las mujeres humanas, de modo que el problema en su interpretación se nos complica. El caballero se distancia de la mujer para contemplarla en la lejanía más pura, hasta acabar exaltando y cifrando en la Virgen el modelo ideal de toda mujer. Y los caballeros de las Ordenes Militares se distancian, se aislan colectivamente, recluyéndose en monasterios, con preceptivo voto de castidad, para combatir por su tierra y su fe, en ofrendr a la Virgen de sus vidas y sus proezas. Más tarde, en la Caballería individual, en la del "caballero andante", la ofrenda se hace a la dama de sus amores, unos amores, ensoñados, como los de don Alonso Quijano. Pero nada de esto se da en el caballero

islámico, que recluye a sus mujeres en el harén, y si alguna levanta mareas vivas de amor e ilusión en su corazón es por arisca, esquiva y distante, siendo ella la que se distancia, no el caballero. Repito que el fenómeno es complejo y no aplicable por igual a caballeros islámicos y cristianos. Insistimos en esto:

Hacia el siglo XII la virilidad medieval despierta como una pubertad colectiva, idealizando lo femenino humano, pero ligando ese ideal femenino humano a lo religioso y divino, hasta llegar al culto, a la Virgen, a la mariolatría medieval. Esta florece en el siglo XII, que es el tiempo en que los caballeros se alejan de su dama para exaltarla e idealizarla más, y cantarla mejor en sus bellezas y virtudes. No es el sentimiento religioso el que les lleva al culto y adoración a la Virgen pura y madre, sino que parece que se canta la pureza de la Virgn como paradigma de la pureza de la mujer, y a esta pureza idealizada de la mujer cree responder el caballero con su pureza. Pero no es así: es la pureza casta del caballero la que exige esa exaltada pureza de la mujer, para cantarla mejor y amarla más. Cuando el caballero se distancia del castillo y de la dama, buscando guerras y aventuras con que ofrendarse a esa dama, va, en cierto modo, muy líricamente, huyendo de la mujer realísima y viva, fenómeno que no nos extrañaría demasiado si reparáramos cumplidamente en los primeros sentimientos y experiencias del muchacho que entra en la adolescencia, el cual suele enamorarse purísimamente de la muchacha que idealiza. En aquella época se cantaba mucho a la mujer, pero a distancia, y se buscaba la lejanía, la distancia para eso, para amarla más y cantarla adecuadamente. El "señor" entonces sale del castillo o del alcázar, y allí queda "la señora".

En el prólogo a "*El collar de la Paloma*", de Ibm Hazm, de Córdoba, dice Ortega: "El sentimiento hacia la mujer que enuncian los trovadores implica distancia. La amada aparece esencialmente situada en la lejanía y, con frecuencia, en remoto peralte, como la estrella. No está al alcance de la mano ni por tanto de la caricia. No es algo que se acaricia y de que se goza, sino algo de que está dolorosamente separado y que se echa de menos".Pero esta distancia tiene una segunda parte:

que los caballeros que se distancian de la amada, en los primeros tiempos de la Caballería (luego, no, pues se hacen caballeros andantes individuales) se reúnen y conviven entre sí, en los conventos y los monasterios, apareciendo ese sentimiento tan vivo y noble y limpio que suele aparecer entre los muchachos: la amistad, que fué en efecto muy cultivada en aquellos tiempos. De ahí que las primeras Ordenes de Caballería hicieran vida monástica, y juntos los caballeros, cultivaran sus amores por su dama, hasta juntar y simbolizar todos los amores y todas las damas en el símbolo y la imagen de la Virgen como Dama suprema y única. En la mariolatría se exalta la mujer hasta lo divino, pero en la adoración a la Virgen suenan sentimientos demasiado humanos, como lo prueba el que a veces, muchas veces, en el ardor de la pugnas entre sí, las Vírgenes, en sus diversas advocaciones, eran disputadas como si fueran mujeres. En la lucha entre agudenses, templarios y calatravos, se dió el caso de D. Rodrigo de Sarriá que arrasa una iglesia y derriba y profana la imagen de Santa María de Toral, en tierra de Ventoso, obispado de Lugo. También entre Caballeros de Alcántara y Santiago hubo más de una vez menosprecio e irreverencia para con imágenes de Vírgenes preferidas por una u otra Orden. Se disputaban por entonces las Vírgenes entre Ordenes Militares y entre los Caballeros de esas Ordenes lo mismo que los varones disputan por mujeres. Se nota ahí un sentido oscilante y crepuscular de los sentimientos del caballero, en los que la Virgen Madre de Dios y la mujer humana exaltada por la distancia, se confunden no pocas veces. La misma exaltación de la mujer hacia lo puro era un modo de alejarse de ella, y una prueba ascética para el caballero, el cual, como todo guerrero, ha de someterse a ciertos ascetismos y disciplinas, sólo que en el guerrero el ascetismo es no voluntario e impuesto por la situación, mientras el ascetismo del caballero responde a un ideal y una vocación. El guerrero antiguo, anterior a la Caballería, y el guerrero posterior a ella, en vez de profesar la castidad, ha solido llevar en los ejércitos una retaguardia de prostitutas. Y esto, incluso en las Cruzadas. Pero el caballero de las Ordenes Militares como luego el caballero andante, empieza haciendo voto de castidad ante la mujer. Y

para ello erige en lo alto el dechado más puro: la Virgen. La mujer es Dama, Señora, Domina, Donna, Madonna, Madame, Notre-Dame. La dama elegida por el cabellero era la mujer imposible. Por eso con muchísima frecuencia esa dama era una mujer casada. No había en ello afán de adulterio, sino al revés, garantía de pureza y castidad en el amante. Se tomó el nombre provenzal "d'ame" porque así se insinueba que sólo el alma era lo que se amaba en la mujer. El amor se sustituía por el respeto reverencial y ascético ante la mujer.

Y por la amistad entre los caballeros, brotó esa amistad a la vez ardiente y pura que observamos entre los muchachos adolescentes que se aman tiernamente, sin que haya en esa amistad una sombra de pecado. Y este tipo de amor entre varones se da también entre los árabes de aquella época, sin que por ello deba afirmarse que los caballeros cristianos lo imitan de los musulmanes. Es el amor llamado de Bagdad, o amor bagdadí, en que el amante se priva del goce de la amada, pero sin elevarla a la categoría de lo divino. Ha sido llamado "amor 'udrí", porque hubo una tribu que tomó este nombre de "Banu 'Udrí", hijos de la virginidad, pero de la virginidad de los varones. Emilio García Gómez dice que eran "practicantes de una ambigua castidad cuyo norte erótico era una mórbida perpetuación del deseo"... Ben Hazam (Ali ibn Hazm), de Córdoba, en *El collar de la Paloma,* canta el amor udrí. Todo esto parece anteceder a la castidad del caballero cristiano, pero Asin Palacios atribuye más bien todo esto a influencia de los monjes cristianos de Oriente sobre los islámicos.

Castidad en el varón, exaltación de la mujer hasta fundar la mariolatría, y ardor e ímpetu combativos en defensa, a la vez, del territorio y de la fe, son los rasgos del caballero de las Ordenes Militares. Tenían necesidad de la guerra tanto como de la fe y de la castidad, y esto es fácil de interpretar y entender hoy por nosotros. Pero ahí están los hechos: los Templarios iniciaron su Orden defendiendo a los peregrinos que iban a Jerusalén contra los fieles y los salteadores. Las Ordenes de Calatrava y Alcántara eran oriundas de la Orden religiosa del Cister, y San Bernardo que fué, no su fundador, pero sí su máximo impulsor, fué a la vez el predicador de la Cruzada y

el "trovador de la Virgen". Según he leído en González-Haba, Sancho IV fundó una Orden Militar, la de las Azucenas, poniendo como dama que defender a la Virgen sin mancha.

Y Extremadura fué campo de acción y de oración de Ordenes Militares, algunas de las cuales nacieron en sus campos y entre sus encinas y dehesas. Publio Hurtado, Clodoaldo Naranjo y Velo Nieto han hablado de la Orden de los Caballeros de Monsfragüe, que hacia 1188, y con elementos de la Orden de Montegaudio, de la de los Templarios y la de Santiago se reúnen y refugian en un convento con el título de "Freires del convento de Trujillo". Gervasio Velo, siguiendo a Torres y Tapia (de Villanueva de la Serena, historiador fiel de la Orden de Alcántara), afirma que la llamada "Orden de Trujillo" no fué más que una rama de la importante Orden Militar de San Julián del Perero (más tarde Orden de Alcántara); y que aquelle se llamó en alguna ocasión Orden de los Frates de Trujillo, por que en dicha ciudad tenían un importante convento; ya que no se les conoció otro Maestre que a *Domno Gometio* que lo era del Perero". Y haciendo historia de "La Orden de Caballeros de Monfrag" (o Monfragüe) dice que, en el castillo de este nombre "tuvo su cuna una Orden Militar de Caballería que, aunque brilló poco tiempo con luz propia, floreció con el encanto de ser netamente extremeña, y gozó de sólido prestigio desde su fundación, por ser el fundador de la misma don Rodrigo Conde Sarría, y cuñado del rey D. Fernando II de León". La Orden toma su nombre del castillo de "Mons Fragorum", de tierras de Torrejón del Rubio. Los árabes le llamaron "Al-Mofrag" y los cristianos "Monfragüe". El castillo fué tomado a los sarracenos por Giraldo Simpavor, a quien Floriano califica de "mitad guerrero, mitad bandido", y el propio Velo de "más jefe de pandilla de fascinerosos que de capitán de milicias", aunque —como dije— un historiador le llama "el Cid portugués". Aún se conserva la imagen de la Virgen de Monfragüe, que tal vez no sea sino la Virgen de Montegaudio, bajo cuya advocación se fundó la Orden de Caballería de Montegaudio. La Orden de Monfragüe, después de muchos disgustos y disputas con calatravos y templarios (pleito en que intervino el Papa Inocencio III) fué disuelta, pasando sus caballe-

ros al Temple, aunque continuaron llamándose de Monsfrag desde 1197.

También la Orden de Santiago es extremeña, y tuvo su cuna en Cáceres. Se llamó primero de los "Fratres de Cáceres", "Congregatio de Cáceres" y "Seniores de Cáceres", y también "Caballeros de la Espada", por ser Cáceres la marca o frontero, entonces, con los moros. Se llamó de Santiago porque tenía por finalidad inmediata proteger a los peregrinos que iban a Santiago de Compostela. Y Santiago, imaginado a caballo, es el primer caballero español. Y así lo dice Antonio Florianp y el P. Manuel Risco, pero éste añade que fué fundada esta Orden de Fernando II de León, quien a sus caballeros "concedióles las primeras heredades que poseyeron en tierras de Astorga, en Extremadura y en la ribera del Tajo". La Orden de Santiago es fundada en 1170, catorce años después que la de Alcántara, y cuando ya las del Temple y Calatrava eran ya florecientes. La Orden de Santiago se llamó luego de Caballeros de Uclés. Por esa Orden, Cáceres fué llamada de los Caballeros, como Jerez de los Caballeros se llamó así por los del Temple.

Pero además, en la provincia de Badajoz, fué muy extensa y muy profunda la influencia de la Orden de Santiago. El padre jesuita Vargas-Zúñiga dice con razón que "las más ilustres familias extremeñas" tuvieron Encomiendas de la Orden de Santiago, y es sabido que las Encomiendas llevaban anejas grandes posesiones rurales de dehesas, viñedos, tierras de senaras y sementeras. Como eran cerca de veinte las Encomiendas, "las más importantes villas de esta provincia deben su grandeza y prosperidad a los excelentes Comendadores que tuvieron". Y cita Mérida, Almendralejo, Azuaga, Villafranca, Fuente del Maestre y otras. De los Comendadores de la Orden de Santiago del siglo xv descienden casi todas las familias actuales de la provincia de Badajoz". Y cita el autor del estudio, en el siglo xvi, los nombres extremeños de Juan Alvarado, García de Alvarado, Ulloa, Alonso de Vargas, un Trejo de Cáceres. Y los Monroys, Sánchez de Badajoz, Becerras, etc., etcétera, de Villagarcía, Jerez de los Caballeros, Fregenal, Fuente del Maestre, etc. El autor dice que toma estos datos del histo-

riador y genealogista "Los Comendadores de la Orden de Santiago", de Salazar y Castro.

Por su parte, Horacio Mota Arévalo, en un estudio de la misma REVISTA DE ESTUDIOS EXTREMEÑOS de 1962, proponiéndose "iniciar a algunos en las gloriosas gestas de la Orden de Santiago en nuestra tierra extremeña", quiere también hacer un acto de homenaje y desagravio a la ciudad de Llerena". Sabido es que los maestres de las Ordenes Militares, a fin de incrementar los poblados y las riquezas de territorios recién conquistados a los musulmanes, concedían privilegios, fueros y cartas pueblas. Y así "la Orden de Santiago concede en 1235 fuero a Mérida. En 1236 a Montánchez. En 1257 a Puebla del Prior. En 1274 a Segura de León. En 1297 a Llerena. A Jerez de los Caballeros en 1371". Mota Arévalo recuerda que "a finales del siglo XII y primera mitad del XIII fué liberada la que se llamó Extremadura de León. El siglo XII es el siglo de las Ordenes Militares: Hospitalarios, Templarios, Santiago, Cala trava y Alcántara". En la época de Alfonso el Sabio, está reconquistada a los moros toda la provincia (actual) de Badajoz". Y "en el año 1292 de la era antigua (1254 de la era actual) se hace en Casterrubio la fijación de límites entre la Orden de Santiago y Alcántara". Y por la codicia de maestrazgos y tierras hubo guerras civiles en Extremadura y el llamado "Cisma de Llerena".

La Orden del Temple, fundada en 1096, según el Código de Cáceres, y en 1118, según los eruditos, en Jerusalén con ocasión de las Cruzadas, llegan a Extremadura con las tropas de Fernando II de León, quien las recompensa, por sus hazañas, con riquezas en dehesas, ganados y posesiones, rústicas o no, como los castillos de Trevejo, Esparragal, Portezuelo, Alconétar, etcétera.

Juan Antonio Muñoz Gallardo, en un estudio que hace en REVISTA DE ESTUDIOS EXTREMEÑOS (III de 1965), afirma que la Orden de Alcántara es anterior a la de Calatrava, y por tanto, nunca pudo ser filial de ésta. Y como la de Alcántara y la de los Fratres de Trujillo son una misma orden, hay que admitir que, en Extremadura, la de Calatrava tomó estilo extremeño. Unos caballeros de Calatrava convocaron a hidalgos y caballe-

ros para fundar el santuario y culto de la Virgen de la Montaña de Cáceres. Antes los caballeros de San Mateo rendían culto a la Virgen del Salor. La Orden de Calatrava impuso el juramento de defender la Inmaculada Concepción de María. Y según el historiador Orti Belmonte, en el acta de la fundación del Santuario de la Virgen de la Montaña, de Cáceres, se invocó a la Virgen "concebida sin mancha". Pero la Orden Militar más extremeña, y también la más austera es la de Alcántara, fundada en 1156, cuya puntual historia la escribe Alonso Torres y Tapia, también extremeño. Como ya se ha dicho, comenzó siendo comunidad de hermanos (de fraires) con voto de castidad y pobreza. Hasta 1177 no es reconocida como tal Orden de Caballería. Antes se llamó de San Julián de Pereiro, por ser este caballero portugués el fundador. Pero en 1213 se instala en Alcántara y toma este nombre. En 1546 se autoriza el casamiento de sus caballeros, quienes sustituyen el voto de castidad por el de defensa de la Inmaculada Concepción, pero entendiendo ésta como pureza de María y no de la Concepción de María. Cuando Alfonso IX toma Alcántara, entrega esta ciudad a la Orden de Calatrava, pero entre esta Orden y la primitiva de San Julián de Pereiro se logró un acuerdo y pasó a ser de la de Alcántara. La Orden de Alcántara teje a punta de espada el núcleo más vivo de la Historia de Extremadura con la reconquista de Trujillo, Valencia de Alcántara, Medellín, Magacela y Zalamea. Y son varios entre los Maestres de la Orden de Alcántara los extremeños de raza y estilo, como Pero Yáñez (Periáñez), cuya estirpe aún perdura en Fuente del Maestre; como Arias Pérez, Gutiérrez de Sotomayor, Diego Martínez, Diego Barroso, Alonso de Monroy y Juan de Zúñiga.

Según manuscrito que hay en el Monasterio cisterniense de Santa María de Alcobaca (Portugal), un tal D. Suero o Sueiro, de Salamanca, decidió combatir a los moros en la frontera marca de Extremadura "de León". Se unió a otros, y decidieron vivir en comunidad pidiendo al obispo de Salamanca que les diera estado religioso. Y el Obispo les dió los estatutos de la Regla del Cister, fundada por San Benito, que aún le dió más austeridad en la orden reformada de la Trapa. La naciente

Orden de Caballería se une a la de San Julián del Pereiro: de "San Julián" porque se inició en una ermita de este nombre, y "del Pereiro o Perero" por un peral que en ella había. Ese peral figuraba en el escudo de la Orden al principio, y aún lo conserva pero con las trabas que indican austeridad y voto de castidad. Cuando Alfonso IX toma Alcántara, y la Orden del Perero toma el nombre de la ciudad, al escudo se añadió la cruz flordelisada y la imagen de la Concepción de María. En la donación se exigían los votos de pobreza, de obediencia y de castidad pero con muchos bienes y privilegios. La Orden tenía jurisdicción propia sobre tierras y poblados y sobre los cordeles, cañadas y veredas de la trashumancia, que pasaban por campos y dehesas de la Orden, quedando aquéllos sometidos a vigilancia, inspección y tributación de ésta. Pronto estallaron las disputas y luchas, a veces cruentas, entre los ganaderos de la Mesta y los Caballeros de las Ordenes militares, pues también la Mesta poseía privilegios y derechos de pasto, en "extremos", es decir en "Extremadura de León". Y se daban con frecuencia las fricciones y disputas entre los agricultores residentes y los ganaderos trashumantes. Las Ordenes militares tomaron partido por los agricultores y terratenientes, porque ellas mismas lo eran, y así acabaron por tener el derecho del cobro de tributos de los ganaderos chocando también con éstos. Tanto la Orden de Calatrava como la de Alcántara, cobraban el tributo de portazgo, el de montazgo, en algunos casos el de alcabalas, o gravamen de ventas de ganados, y hasta el de añejo, o tributo de ovejas de un año, y de ahí su su nombre. En Badajoz se cobraba el "rafala" o medio diezmo. La Orden de Alcántara impuso a la Mesta las cinco cosas prohibidas o vedadas: que los ganados de paso respetaran dehesas, viñedos, huertas, trigales y prados de guadaña, castigando a pastores y ganaderos rapaces o truhanes. La Orden de Alcántara fomentó tanto la heredad de grandes dehesas como la de pequeños huertos y prados, estimulando la agricultura frente a los privilegios de la ganadería de la Mesta, anticipándose quinientos años a las visiones de Jovellanos, y a la Nueva Recopilación que aún reconoce a la ganadería como "principal sustento de estos reinos",

Pero las Ordenes militares, eran terratenientes, agricultoras y ganaderas, disfrutando privilegios y tributos sobre bienes y ganados ajenos, dentro del territorio de su jurisdicción. Y lo fueron hasta que los Maestrazgos fueron incorporados a la Corona, como derechos privilegiados de los Reyes. Los Caballeros de Alcántara (y de Calatrava y Santiago) quebrando su voto de pobreza se hicieron terratenientes, agricultores y ganaderos, como no tardaron también en romper su voto de castidad. Recordemos nada más a D. Gutierre de Sotomayor, Clavero de la Orden de Alcántara, que dejó inmensas riquezas y más de sesenta hijos naturales. Tanto el Conde de Canilleros en su biografía de "Don Gutierre de Sotomayor", como Sánchez Loro en "El parecer de un Deán", dan detalles de las riquezas enormes de aquél: "Don Gutierre, dice Sánchez Loro, poseía con su voto de pobreza, más de 500.000 hectáreas. Era señor de unos 100.000 vasallos". Y ambos autores dan detalles con nombre de todos los hijos naturales que dejó el Maestre de Alcántara a pesar de su voto de castidad. Las Ordenes militares eran potentísimas por su poder y sus riquezas, pero también acabaron no pocos caballeros por serlo también, con riquezas privadas. La mayor parte de los grandes terratenientes de la nobleza extremeña data de entonces y familiares. Y a veces hubo luchas enconadas entre Maestres y Claveros de la misma Orden, por razón de privilegios y riquezas: por ejemplo, entre el Maestre D. Gómez de Cáceres y Solís y el Clavero D. Alonso de Monroy. Andando el tiempo hubo Encomiendas y Prioratos con autoridad y jurisdicción para imponer normas y cobrar tributos, siempre en lucha contra la Mesta, pues hacia la Mesta desvió gran parte de la actividad de los caballeros de las Ordenes militares, sobre todo cuando las fronteras con el Islam se iban alejando de Extremadura. Los pastos de la Serena, las dehesas de Trujillo, de Arroyo de la Luz y Brozas (por ejemplo), la titulada "Araya", donde fué herido el Maestre de Alcántara), los viñedos de Monroy, Ceclavín, Montánchez, Almendralejo, Los Barros, fueron posesión o explotación de las Ordenes de Alcántara y Santiago. Y luego, a través de Encomiendas y Prioratos, propiedad de Caballeros, continuaron. En Villanueva de la Serena estuvieron los

archivos de la Mesta, en los siglos XVI y XVII, y en pueblos diversos (Don Benito, Siruela, Guadalupe, Talavera la Real) se celebraban reuniones invernales con los ganaderos de la Mesta para discutir sus derechos y puntos de vista. Los asesores o consejeros solían ser los Caballeros de las Ordenes Militares, que más que militares eran ya ganaderos. Cuando Cáceres y Trujillo presentaron demandas frente a la Mesta, iban inspirados por antiguos nombres de la Orden de Alcántara, ya en calidad de agricultores y ganaderos. Aquellos primeros caballeros, a la vez, guerreros y monjes, con voto de pobreza, castidad y obediencia religiosa y militar fueron derivando y diferenciándose, en su misión, hasta producir, de una parte, capitanes y aventureros en busca de tierras, riquezas y aventuras, de América de otra, en Prioratos, con jurisdicción a la vez material y espiritual, y de otra en grandes terratenientes y ganaderos, ni militares ni religiosos. Pero el ganadero y el terrateniente perduraron hasta crear una nobleza extremeña que recuerda al "junker" alemán.

Ya en el siglo XV, el Maestre de Alcántara, D. Gutierre de Sotomayor, soberbio carácter de extremeño, era a la vez, guerrero y ganadero, y no precisamente un monje. El Conde de Canilleros le caracteriza así: "Ordenado, ecuánime, justo y autoritario", de "gusto ostentoso", "creyente, sí, pero no devoto", "un cristiano aunque no tibio, poco fervoroso", "pero eso, sí, su fe es auténtica". "La Orden de Alcántara estuvo vinculada a los Sotomayor durante mucho tiempo", pues "el amplio nepotismo puso en manos de la parentela los resortes de la Orden". Era ya la flor del caciquísmo "tan arraigado siempre en Extremadura", dice el propio Canilleros. Todavía la dehesa de Clavería cerca de Membrío en la provincia de Cáceres, toma su nombre de un pariente de D. Gutierre, bien de su cuñado o de su sobrino, pues ambos se llamaron Alonso de Monroy, y fueron Claveros de la Orden de Alcántara. Y el sobrino, el Alonso de Monroy, biografiado por Alonso de Maldonado, secretario suyo, fué otro gran carácter, un extremeño, ardoroso, valiente, aventurero y a la vez hombre de Letras, como el otro capitán Aldana. Ambos supersticiosos, enérgicos, fatalistas, aunque enamorados de la acción, ambiciosos y an-

siosos de gloria y fama, a la vez hombres de acción y de pensamiento. Vicente Barrantes, en el discurso de recepción de la Real Academia de la Historia, dijo que en Alonso de Monroy, se resumen "todas las cualidades y defectos de la raza extremeña, salvo la falsía, que esa no cupo en el corazón del pueblo con tanta facilidad como en los ricos hombres. Jabalí de los canchales del Maestrazgo, pudieron llamarle los hombres cacereños". Pero Barrantes le canta más que le caracteriza. Fué una lástima que Francisco de Valdés no terminara su prometido e iniciado libro sobre Alonso de Monroy.

Las Encomiendas y aún los Prioratos llegaron a distinguir (a efecto de tributación) el ganado "chamorro" (de cabeza traspuilada, distintivo del ganado de la Mesta, frente al ganado estante, riberiego o propio de los del país. También sobre estos cobraban tributos como la "martiniega" (cerdos, gallinas, aceite, trigo, hortalizas), que se cobraban por San Martín, y de ahí el nombre del tributo. Pero además, las Encomiendas de San Martín de Trevejo y Villamiel tenían dehesas propias. También pagaban la "martiega" los pueblos de Zarza la Mayor, Ceclavín, Mata de Alcántara, pueblos que pertenecían en propiedad a la Orden de Alcántara. Otra Encomienda era la de Eljas, Santibáñez y Trevejo.

La Encomienda era una dignidad concedida a Caballeros, percibiendo éstos sus rentas sobre heredades y territorios con carácter vitalicio. Luego, en América, rebrotaron estas Encomiendas, cobrando también a indígenas y a españoles los tributos, en virtud de privilegios otorgados en "Carta de Encomienda". Los Prioratos tenían más función y misión religiosa o espiritual, pero tenían en su jurisdicción heredades y privilegios. Eran como diócesis de amplia jurisdicción espiritual, juzgando, por ejemplo, los actos contra el honor. Todavía se conserva en Villanueva de la Serena el palacio o casa del Priorato de Alcántara. Y sin embargo, en la Regla del Cister se prohibe que ningún monje puede ser prior, subprior, cillero —vigilante de la cilla, o depósito de granos y frutos— ni confesor en el convento donde es profeso". Tampoco había en el Cister la dignidad de Abad. Los prioratos eran diócesis, pero los priores no eran obispos, y necesitaban la consagración episcopal (que

a veces no tenían) para ejercer su jurisdicción exenta. Pero esto se aplica a los prioratos en su fase más tardía (fueron unificados por el Concordato de 1851, firmado por Bravo Murillo, extremeño en el llamado "Coto Redondo", aunque no llegó a realizar la unificación por la Revolución de Septiembre de 1868. Fueron abolidos por Pío IX en 1873, pasando a las diócesis los territorios de las Ordenes Militares. No eran obispos los priores, decía. Pero en algunos casos —sobre todo en los tiempos de la Reconquista— desobedecían a los obispos y no tenían consagración de ellos. A. Manzano Garías ha estudiado circunstancialmente el cisma del Priorato en Azuaga, Llerena y Mérida, cuando el prior de Magacela se negó a incorporarse a la diócesis de Badajoz. Y esto en época relativamente reciente. Había en Extremadura dos prioratos, el de Magacela, de la Orden de Alcántara, cuyo prior residía en Villanueva de la Serena, y el de San Marcos de León, de la Orden de Santiago, que tenía su residencia en Llerena, aunque a Llerena sólo correspondía un provisorato y no un priorato. Otro provisorato había en Mérida.

CAPITULO IX

CULTURA DEL HOMBRE EXTREMEÑO

Al decir "del hombre extremeño" ya se indica que no nos referimos a la noción de "cultura" como unidad histórica, más o menos diferenciada de "civilización" o de "círculo cultural" al modo de Fröbenius, Spengler o Toyinbee. Vamos a hablar del grado o índice de cultura que hallamos en el hombre medio y típico de Extremadura. Pero tampoco la expresión "cultura de un hombre" la hemos de entender como el conjunto de saberes técnicos o científicos con que el hombre se enfrenta a sus situaciones naturales o sociales. La *cultura* indica el grado de humanización producida en el hombre *cultivado,* pues *cultura* es resultado de *cultivo,* pero de cultivo entre hombres y por influjo de otros hombres. Sólo el racionalista estragado por el racionalismo, puede creer que la cultura es fruto de saberes técnicos y científicos, de modo que, con solo el saber técnico y el abstracto, se logre el estilo y la virtud máxima del ser hombre, que es lo que creía Sócrates, y mucho más después de él. Hay sin duda un saber de experiencias vividas, de ejemplos de hombres bien admirados y entendidos, y de saberes técnicos y científicos bien digeridos y asimilados, hasta convertirlos en sangre y estilo humano en conformación y en conducta, hasta dar el índice de cultura personal en cada hombre, pero como se advierte, es ese tipo o estilo de hombre el que da el formato y estilo de esa cultura al enfrentarse con experiencias, modelos humanos y saberes obtenidos. Se ha dicho muchas veces, desde

Scheler sobre todo, que la cultura personal es lo que queda decantado, en cada uno, cuando ya ha olvidado los saberes allegados; pero no se ha separado bastante que, aun en ese caso, no son los saberes los que determinan el grado de cultura personal, sino la persona misma al elegir, aprehender y asimilar sus saberes, de modo que siempre la cultura hay que justificarla desde más allá de los saberes y técnicas logrados, desde el modo de ser, genuíno de cada cual, según el primario estilo de cada persona. La cultura no es mera suma de saberes abstractos, un vicioso saber por saber; ni de saberes refinados sobre técnicas, en un mero hacer por hacer, sino todo eso, saberes abstractos o técnicos, sumergidos en una rica vida interior y conjugados con experiencias propias bien vividas y meditadas; y todo ello en función de otros saberes nada técnicos ni científicos acerca de los hombres, saberes efundidos de prudencia, de amor y de fe. ¿Quién no ha tratado alguna vez al sabio inventor o especialista de alguna rama de la ciencia, que hace y sabe muchas cosas útiles para los demás, pero sin que por eso deje de ser hombre escasamente humano y aun brutal en sus formas de convivencia?. El hecho de saber, así como el "saber-hacer", son indicativos de lo genuinamente humano, pero ningún saber abstracto por sí mismo, da estilo y carácter. Si la educación es forja de hombres, es porque no se teje sólo con saberes racionales, sino más bien con ejemplos y doctrinas. El mejor educador no es el que *enseña*, sino el que *se enseña* o se muestra como ejemplo vivo a los demás.

Pero darse como ejemplo no es un saber ni un darse a saber; tampoco es una ciencia ni una técnica, al menos en el sentido mecánico-científico que se suele dar a la palabra "técnica". Ejemplarizar y admirar lo ejemplar es, más que un saber, un *sabor* o paladeo. No es fácil saber qué es saber. Por de pronto no es lo mismo que "conocer", pues si todo conocer es un tomar contacto con los datos, la experiencia y las noticias que nos dan otros, para integrarlo todo en el saber ya preexistente, en la *con-ciencia* de cada uno (y la conciencia brota como sabor de sí), hay saberes que no incluyen nuevos contactos, nuevos hallazgos, sobre datos y noti-

cias nuevos. Tampoco es totalmente lo mismo saber que ciencia, pues aunque indudablemente toda ciencia implica saber, también son muchos los científicos (los especialistas) que son sabios precisamente porque el radio de acción de su saber es pequeño y escaso, por lo tanto, el ámbito y el volumen de ese saber. Y es que el verdadero saber no consiste en ir en una sola dirección, aunque sea un ahondar y un perforar con ceguera de topo o actividad maniática de ratón u hormiga, sino que el saber es ramificación, conexión y entramado, red y sistema de datos y noticias, pero red vertical como una atarraya que cala y llega hasta el fondo de la conciencia de sí, de modo que tocando cualquier nudo o cabo de la retícula, toda la urdimbre se afecta del tocamiento, repercutiendo en la conciencia. El saber inconsciente se llama olvido, el cual no es simple no-saber o ignorar, pues lo olvidado puede siempre ser reactualizado en la conciencia por la evocación.

Y en esa evocación se anuncia ya la potencia mágica de la sabiduría, del impulso poetizador que da al hombre la posibilidad de saber y de olvidar, es decir, de irradiar el saber de la conciencia, poniéndolo en reserva y en conserva, y pudiendo, por la evocación, reactivarlo y reactualizarlo de nuevo sobre ella. Presenciar lo actualizado en la conciencia y evocar lo preterido, es propio de la sabiduría que es un modo más profundo de saber, o un saber nada o escasamente racional. Son formas de la sabiduría y no del saber, no solamente el *sabor* del amor, de la fe, de la poesía, de la experiencia personal vivida y siempre misteriosamente presente, sino también el *sabor* de la belleza (de un panorama o de una obra de arte) y el *sabor* de una costumbre y el *sabor* histórico de la época en que se vive o se evoca, y lo son la mirada radioscópica del conocedor de hombres, y esas formas de captación intuitivas nada analíticas, del que acierta a ojo, sin cálculos matemáticos, el número de cabezas de un rebaño, la vejez de un vino o la identificación del autor de una obra de arte por el estilo personal que ella revela.

Por eso la sabiduría exige personalidad incanjeable, y sólo la posee aquél a quien Dios se la otorga. No hay aprendizajes

y adiestramientos para la sabiduría como los hay para el saber técnico y científico. El saber es una suma de noticias para cuya recepción y aprehensión todo hombre es apto si se le lleva metódicamente por los grados y escalones necesarios. En cambio, la sabiduría es un don, una riqueza no acumulada (ni siquiera en la sabiduría experiencial) algo infuso como una atmósfera y difusivo como una savia que nos penetra y empapa el ser desde las raíces. Se puede tener mucha sabiduría sin saber muchas cosas ni tener muchas nociones científicas (como el artista, el poeta, el santo, la madre); y se puede ser hombre de muy escasa sabiduría personal aún teniendo muchos títulos universitarios colgados y expuestos en el despacho y el gabinete, y muchos saberes en la cabeza como en una vitrina. El arte y la poesía, los refraneros, los cancioneros populares, todo folklore, como toda religión heredada y el regusto impensado de la tradición histórica o el sentimiento peculiar que nos inspiran las épocas y tiempos de la Historia, todo ello pertenece al mundo de la sabiduría y no del saber. Los saberes son mercancías con diferentes etiquetas que se trasmiten, venden y enajenan. La sabiduría se contagia y se trasmite por medio del amor, del ejemplo y de la inspiración y el influjo personal, siempre por debajo o por encima de lo racional. Por eso saber como sabiduría o sapiencia, viene derivado de "sapere", que no es saber, sino saborear. "Saprens" se llamó en Roma al catador de viandas, guisos y vinos. Pero "sapiente" y "sapiencial" venimos llamando después, con la literatura bíblica, no al saber de libros, sino a la sabiduría sobre el hombre y sus experiencias de la vida, que los griegos llamaron "phrónesis" y los latinos tradujeron por "prudencia", incluyendo los estoicos, en esa "prudencia", la frugalidad, el "abstine" y el silencio, porque como dice el Rey Sabio " el mucho hablar face envilecer las palabras". Jung, luego, ha encontrado la sabiduría en el saber como sabor de la Tierra, sabiduría que según él, da el saber del "insconciente colectivo", de modo que el labrador amante de su tierra es un sabio en esa sabiduría. En cambio Heidegger ha encontrado la sabiduría también en la Tierra, pero porque en el misterio de lo telúrico se ahinca y origina la obra de arte.

SABER Y SABIDURIA EN EL EXTREMEÑO

De la tosquedad e ignorancia de los extremeños se ha hecho casi leyenda, alegando para ello el índice elevado de analfabetismo en Extremadura, índice no más elevado que en Andalucía o Galicia (y ya corregido), pero que sin embargo sirvió para que se les tuviera desde antaño como "los indios de la nación", y esto, entendido, tanto en servidumbre social como en impermeabilidad e incultivo para las artes y las ciencias. Y a sostener esta leyenda (o acaso derivado de ella), ha contribuído el cuadro de Velázquez "El bobo de Coria", del que ni siquiera se sabe a qué bobo ni a qué Coria se refiere, y también la leyenda de las Batuecas, que Feijó incluyó con este título *Fábulas de batuecas y países imaginarios,* es decir, en geografías de limbos y leyendas. Antes que él, González de Manuel publicó un relato veraz sobre este valle de las Batuecas, que ni siquiera pertenece geográficamente a Extremadura, sino a Salamanca, región, por otra parte, nada pobre ni en riquezas ni en hombres. Era un dominio del Duque de Alba, y a él se refiere Lope de Vega en una comedia. Pero quedó como proverbial en cuanto a necedad o estolidez lo de "estar en las Batuecas". Otra leyenda (desgraciadamente con muchos fundamientos en la realidad), es la región de las Hurdes (Vicente Barrantes escribía "Jurdes"), zona mal cultivada en su tierra como en sus hombres, a quienes el bocio y la miseria trajeron un déficit mental hoy ya vencido y superado. Nada de esto ha afectado profundamente a la sabiduría del hombre extremeño.

El hombre medio extremeño, el arquetípico, cualquiera que sea el número y la riqueza de sus saberes técnicos, librescos, escolares, cifra su cultura personal con las savias y los sentidos que le suben del pasado común, de sus experiencias de hombre, de su sentido profundo de la mujer y de la tierra, fundidas en un solo simbolismo. Es una cultura tramada más de sabiduría que de saberes. El contacto con la tierra, como el contacto con lo femenino humano, pone al varón en relación con la sabiduría ancestral. Sólo el realismo, el roce

de la tierra, como novia o como o como amante, da a su vida de hombre una dimensión de profundidad, de gravedad meditativa; del mismo modo que la urbe da a lo humano extensión, dinamismo y propensión a la frivolidad y el juego. El sofista griego, la dialéctica escolástica, la ingeniosidad salonera y el racionalismo estragado y deshumanizante son siempre producto de las urbes. En cambio, la filosofía de la vida, la paremiología, la poesía como canción profunda individual o colectiva, ha nacido siempre en las aldeas, muy cerca de la tierra, que late en ritmos. Lo rural inyecta al mundo la sabiduría de los campesinos, mucho más vital y activa que la de los filósofos.

Mientras Roma vivió de la savia de los *pagos* tuvo una honda cultura *pagana* espumada de su exuberante vitalidad campesina. Pero en cuanto la *urbe* romana *urbanizó* la cultura y el labriego originario se desdobló en *patricio* y en *proletario,* sobrevino el racionalismo libresco y con él, la decadencia de la sabiduría viva. Se concibe que, dada la profunda identidad de la mujer con la tierra, la sabiduría esté misteriosamente orientada hacia ambas, como la aguja magnética hacia los polos. Hay una Geosofía, una ciencia trasoñada de verdades de la Tierra, que se ha inoculado al hombre como fe inalterable. Hay una ciencia geosófica que las generaciones se trasmiten como dogmas tácitos y que el hombre, por racionalizado que esté, nunca olvida del todo. No sólo el herborista, el viejo empírico y refranero, el zahorí, el trasañejo boticario (hoy reemplazado por el *farmacéutico,* especie de ingeniero de perfumes, de sonrisas y maquinitas inyectables, todo él aséptico y niquelado, que no conoce ya hierbas y medicinas naturales ni nombres latinos), sino que también el nauta, el médico naturista, el geopsíquico de última hora, vienen a sumarse y reactivar la fe profunda en las fuerzas, virtudes y efluvios de la tierra y compartir la sabiduría de la mujer y del campesino. Es una creencia tierna y ciega, de hondas intuiciones como entresoñadas, en las corrientes misteriosas del planeta, en la *fuerza viva* de sus plantas y aguas medicinales, en las energías desconocidas de la "madre tierra" que, sin duda, guarda amorosa y mágica para sus hijos. Y en esta creencia

de la filiatura, en esta invocación de la maternidad de lo telúrico, resuenan muy antiguos y lúcidos sueños.

Si llamamos "hacer" a la actividad del hombre que empieza y termina una obra, y "quehacer" a todo hacer sin fin ni término, diremos también que la labranza del campo es "quehacer" que nunca acaba, como no acaba nunca la vigilancia de la mujer en el hogar, ni el amor y el cuidado por los hijos. La función del ama de casa es un continuo quehacer interminable, como lo es el del labrador por su hacienda y por la tierra y los ganados que cultiva. El símbolo vivo del ama es la fiel Penélope que desteje de noche lo que tejió durante el día, y esa labor la vemos hoy representada en esas interminables labores de punto del ama de casa extremeña, que, además, cuida el averío, los animales domésticos, los enseres, los hijos y aún acompaña a su marido en vigilancia de campos y ganados, dando un sentido de rito y sacralidad a las labores de siembra y recolección. Y así se funden marido y mujer en un solo quehacer. La faena del labrador no es ciencia ni arte, sino un quehacer inagotable y rítmico tejido de expectación y experiencia viva con amores, temores, barruntos y esperanzas. En la tierra, como en la mujer, pone el labrador su ser, su amor y su sentido. Y al *cultivar* la tierra pone *cultura,* su propia sabiduría viva y honda, como fe, como amor, como entusiasmo. Pero también de esa tierra que cultiva le viene el sentido profundo de su sabiduría, de modo que a la tierra da y de la tierra toma la más profunda sabiduría de su ser.

Ello indica lo que hay de matrimoniación profunda entre el labrador extremeño y la tierra, que la mujer representa y sacraliza. "Arar" y "ara" tienen la misma raíz y un sentido análogo de fe y esperanzas, de temores y zozobras. Hay que bendecir la tierra con la fecundidad de la mujer y hacer fecunda a la mujer con la aproximación y los sentidos de la tierra que circulan por las venas de los surcos y de las acequias, y ello, conjurando y ahuyentando los enemigos y los signos maléficos de las siembras. La sabiduría del labrador queda, como varón, escrita en hijos sobre la mujer, y escrita o grabada sobre la página abierta en los surcos, en las estrofas y poemas de los sembrados, que son epitalamios de amor y canciones

de esperanza y fe. El arado como el azadón, son órganos viriles y poéticos que insinúan un hondo sentido genesíaco y creador.

Y el contacto amoroso con la tierra induce e infunde sabiduría. No es ciencia ni arte, sino sabiduría genuína de ritmos, latidos y sentidos que le llegan al labrador de la tierra misma, o que él lleva a la tierra que cultiva con amor. Si es ciencia, es otra ciencia oculta y misterial. Así lo han visto los poetas como Chamizo cuando dice aludiendo a labradores extremeños:

> Que estos hombres
> ... ...
> las jonduras de otras ciencias descubrieron
> cavilando tras las yuntas
> en la paz de los barbechos...

El refranero popular como los cancioneros y la mayor parte de los proverbios, tienen sus orígenes en el campo, en un mundo de labradores y ganaderos que viven mirando al cielo para entender las vicisitudes de la tierra. Del campo proceden también las religiosas primitivas. Y Extremadura es riquísima en refranes y canciones y supersticiones y ritos brotados entre labradores y pastores, y alusivos a sus labores, afanes y preocupaciones. La sabiduría tan humana y poética del hebreo bíblico, como la del beduíno clásico, significa una cultura de pastores y desiertos. Toda cultura hindú y china es cultura de labradores y antepasados. El extremeño, a la vez agricultor y ganadero, es sentencioso, patriarcal y refranero, y la sabiduría de sus sentencias y refranes, de sus juicios serenos, de su locución y sus vocablos, tan magros, avellanados y concisos, estallantes de sentido, le vienen sugeridos por el contacto y la sangre de la tierra y de la mujer.

No se entienda de cuanto llevo dicho que el extremeño no ama el saber y la ciencia y la técnica, aunque su efigie más profunda venga tallada por el sentido más hondo de la sabiduría. Que el hombre arquetípico extremeño cifre su cultura en formas de sabiduría no quiere decir que no se den, individualmente considerados, hombres también medios que admi-

ran y ansían saberes técnicos y científicos, como se dan ilustres ejemplares en la ciencia con todas sus ramas y de la técnica en las suyas. También la teología y la filosofía han dado egregios nombres extremeños. Puesto que la ciencia y la técnica suelen traer utilidad y bienestar, el extremeño medio y no insigne agradece y admira al hombre que sabe mucho y domina a fondo cualquier técnica; nunca recata su adhesión entusiasmada y admirativa al científico, al investigador, al médico ilustre, al abogado famoso, al ingeniero audaz, al escritor fecundo más o menos original. Y él mismo ansía saber, poseer aquellas noticias intelectuales que le den más seguridad y prestigio. Si ello no fuera así, no sería el extremeño un hombre normal, pues el hombre, a diferencia del animal, nace y vive con hambre de saber, que es alimento nada biológico. No es infrecuente observar en chozos y hogares, talleres y besanas, majadas y cortijos, en una rinconada del campo, a la sombra de un árbol o en lo alto de un cabezo, un peón, un pastor, un manijero leyendo ávido un papel o un libro o escuchando en la radio un curso de técnicas modernas o de bachillerato. Y es además innegable la aptitud del extremeño para las ciencias y la filosofía, según se prueba con la historia de Extremadura en la mano. Fijémonos en esta nómina contracta y seleccionada para no sobrecargar al lector:

Teólogos y escriturarios: Arias Montano, el de la Biblia Políglota de Amberes; Pedro de Valencia, a quien Menéndez Pelayo compara con Luis Vives, y Francisco Sánchez, Pedro de Godoy, de Aldeanueva de la Vera, Obispo de Osma, fué, según Azedo de la Barrueza, "en la santa Teología, el más científico y profundo ingenio que jamás se ha conocido, como a una voz lo publican todas las naciones, aclamándolo todos a una voz el "Scientia Scientiarum" de la sagrada teología, y sus también la Berrueza, como teólogo, a su pariente don Juan Azedo de la Berrueza, "fallecido en lo florido de su edad", y al doctor Juan Abad, natural de Collado, junto a Jaraiz, y al invicto y glorioso mártir fray Martín Pavón, agustino recoleto natural de Pasarón, pero éste, más que como teólogo,

aparece como mártir. Por eso, por brillar más en el reino de la sabiduría que del saber, tampoco se incluyen en este grupo de teólogos a San Pedro de Alcántara, fray Juan de los Angeles o Francisco Aldana, ni a Catalina Clara de Guzmán, poetisa de acentos místicos como cuando dice:

> Tan zonza conformidad
> no quiere el alma sufrir
> porque vivir por vivir
> es mucha simplicidad.

Gramáticos y filólogos: Vaya en primer término el maestre Gonzalo Correas, de Jaraiz de la Vera, profesor de Salamanca, no tanto por su vocabulario como por su *Arte grande de la Lengua Castellana.* Y en él la gran figura del Brocense, al mismo Arias Montano y aún al propio Antonio de Nebrija, pues ya se ha apuntado más de una vez que quizás naciera en Brozas, y aunque así no sea, gran parte de su vida y de su obra en Extremadura floreció, pues casó en Brozas (Cáceres) y allí nació su hijo Marcelo (según recuerda el Brocense en la dedicatoria de su *Minerva*). Además Nebrija vivió en Plasencia y enseñó latín al gran maestre de Alcántara, don Juan de Zúñiga, quien fué mecenas y a cuyo hijo protegió. Y aunque todo esto no probara nada (y en estas páginas no pretendo demostrar nada, sino sólo sugerir y significar más allá de toda erudición probatoria), indicaría al menos que echó sus flores primeras y más nobles en tierra extremeña. En una ilustración publicada por Paz y Meliá (en 1898, en la *Revista de Archivos)* aparece Nebrija enseñando Humanidades al maestre de Alcántara y sus familiares. Y en la Academia Científica que Zúñiga fundó en su palacio de Zalamea, figuraba Nebrija como maestro. Torres y Tapia, el cronista de la Orden de Alcántara, dice que "el Maestre era muy aficionado a todas las Buenas Letras y además de los religiosos que allí tenía consigo, llevó algunos hombres insignes en ellas", y cita al doctor Parras, médico famoso; al hebreo salmantino Abasurto (Abraham Zacuto); al "maestro Antonio de Nebrija", y a Solórzano,"el mayor médico que conocieron aquellos siglos", extremeño también. El hebraista Francisco Cantera dice que Zacuto

escribió un *Tratado de las influencias del cielo* "para ayuda de los médicos del Maestre". Y Américo Castro comenta: "Ignoro la extensión y profundidad de tal enseñanza y qué repercusión tuviesen las cultas iniciativas del Maestre en el seno de la academia afincada en la región extremeña. Es de notar en todo caso, que Extremadura ofrezca cierta unidad cultural, literaria y humanística en la primera mitad del siglo XVII. Y Castro apunta su sospecha de que la Orden de Alcántara "no fuera ajena a ese florecer de arte y distinción". Y cita a Torres Naharro, Miguel de Carvajal, Sánchez de Badajoz, Díaz Tanco y otros. Recordemos también que el *Vocabulario* de Nebrija está dedicado a D. Juan de Zúñiga. Segura Covarsí cita, además, a Gutierre de Trejo, "humanista insigne", y a fray Domingo. Eugenio Escobar ha recordado que "por aquellos días rayaban muy alto la influencia y la cultura literaria de los brocenses". Sí; por entonces vivió Francisco Lizaur, de la Orden de Alcántara, secretario de Nicolás de Ovando (también de Brozas) y amigo de Hernán Cortés y de Pizarro, labrador, ganadero, soldado de la Conquista y hombre muy docto que escribió libros de saber e ingenio. Gran latinista (pariente del Brocense, fué la madre de éste se apellidaba Flores de Lizaur), se deleitaba, según el Conde de Canilleros, "con Jorge Manrique o con Petrarca, con Tito Livio o con el Marqués de Santillana", y lo describe "espada al cinto y un libro debajo de cada brazo". En fin, del Brocense se dice en *La Galatea:*

> Aunque el ingenio y la elegancia vuestra
> Francisco Sánchez, se me concediera
> por torpe me juzgara y poco diestra
> si a querer alabaros me pusiera.

Más recientemente hemos tenido buenos latinistas, como el cardenal Silices, Polo Benito, L. López Cruz, Rodríguez Perera y otros.

Filósofos y jurisconsultos: Quizás fué Codera el primero que nos habló de Abenasid ("Ibn al-Sid") el de Badajoz, gran filósofo y filólogo de quien después, Asín Palacios tradujo su *Libro de los cercos,* y dedica un estudio en el *Alandalus,* vo-

lumen tercero de 1935, y a quien Cruz Hernández califica de "un eslabón en la cadena que conduce hasta los grandes pensadores hispano-musulmanes, Avempace, Ibn Tufayl y Averroes". Y maestro de Averroes fué el trujillano Abu-Djafar, a quien Renan, en sus estudios sobre *Averroes y el Averroismo,* cita y califica de buen filósofo. Y de "filósofo del lenguaje" califica también Menéndez Pelayo al Brocense por su *Minerva.* Y de lo mismo puede ser calificado J. Pablo Forner, pues sus *Exequias de la lengua castellana,* tanto como de crítica tienen de filosofía del lenguaje. Filósofo hondo, aunque apasionado y desigual, es Donoso Cortés, a quien Menéndez Pelayo, primero y Elías de Tejada, después, han comparado y contrapuesto a Balmes. También se encuentran finas hebras filosóficas, en diverso grado, en mentes como las de Diego Sánchez de Badajoz, Romero de Cepeda y Vasco Díaz Tanco, este último de Fregenal, como Arias Montano, Bravo Murillo y Eugenio Hermoso. Y en Miguel Carvajal, Luis Humana y Luis Hurtado, de Plasencia. De claros rasgos filosóficos fueron Gabino Tejado y Moreno Nieto, y López Prudencio y Polo Benito, y mentes ávidas y hondas, de mucho brío filosófico son Elías de Tejada y Eugenio Frutos, ambos profesores de Filosofía. También algo filósofo, aunque dionisiaco y confuso en sus especulaciones, fué el sociólogo y periodista Cascales Muñoz.

Y sin volver a nombres y a recordados, en relación con la Ordenación de Montalvo, la Nueva Recopilación, etcétera, hay otros muchos jurisconsultos que deben catalogarse entre los filósofos extremeños. Bastaría recordar a Muñoz Torrero, Moreno Nieto, Bravo Murillo, Donoso Cortés, Diego María Crehuet, Muñoz Chaves, A. Hernández Gil, Lino Rodríguez Arias, Ibarrola, Chamorro, Alamillo, etcétera:

ARQUEOLOGOS, CRITICOS, HISTORIOGRAFOS Y ERUDITOS

Pero es bajo este epígrafe donde es más difícil traer todos los que merecen el título a una escueta enumeración siquiera. Vayan los que recuerdo ahora como más importantes, aunque

acaso omita sin querer, algunos de los que más merecen el recuerdo. Eruditos eminentes fueron o son el maestro Gonzalo Correas, Bartolomé Gallardo, Publio Hurtado,Vicente Barrantes, Rodríguez-Moñino, López Prudencio, Paredes Guillén, Clodoaldo Naranjo, Polo Benito, Francisco Valdés, Diego Hidalgo, Tomás Martín Gil, Antonio Floriano, Conde de Canilleros, A. Blázquez, Enrique Segura Otaño, Sánchez Paredes, Martín de Cáceres Sánchez Loro, Gervasio y Juan José Velo Nieto, Segura Covarsí, Becerro de Bengoa, Sánchez Morales, Muñoz Cortés, Pedro Lumbreras, Julio González, Simón Benito Boxoyo, Pedro Ulloa y Golfín, Felipe León Guerra, José Viu, J. Corchón, Juan Sanguino Michel, J. Leandro Jiménez, fray Enrique Escribano, fray Arcángel Barrado, P. Luis Cotallo, Dr. Marcelino Sayans Castaño, Matías Ramón Martínez, Juan Rodríguez de Molina, Fernando Bravo (también poeta), Antonio Agúndez, M. Guardado, Vicioso Corraliza, Manzano Mena, Marqués de Cidoncha. No olvidemos a Carlos Callejo, excelente historiógrafo, pues aunque no extremeño, como no lo fueron J. Ramón Mélida o Torres Balbás, ha dedicado muchas y buenas páginas a Extremadura. Tampoco era extremeño Bonifacio Gil, que recogió tantas bellas cosas sobre la música popular extremeña. Y hay que recordar también a folkloristas como el propio Bonifacio Gil y García Plata de Osma, y Juan Luis Cordero, Gutiérrez Macías, Solano y el musicólogo y profesor García Matos. No pocos de los citados han sido o son además, poetas, como Fernando Bravo, Polo Benito, Conde de Canilleros, Díaz de Entresotos, etcétera, o críticos como López Prudencio, Díez Canedo, Segura Otaño, Sánchez Camargo, Francisco Valdés. Ha habido además historiadores monográfiicos y de ciencias particulares, como Sorapán de Rieros, que escribió, en proverbios, sobre medicina española, o Luis Rodríguez Miguel, que ha hecho historia erudita de los extremeños más brillantes en el profesorado de la Universidad de Salamanca; o Juan Solano que, en 1664, historió el Obispado de Coria; o Jiménez Villafranca, que lo hizo de las Cortes de Cádiz y los extremeños que en ellas brillaron; fray Gregorio Bolívar escribió, en latín, la *Historia de cosas médicas en el Nuevo Mundo;* el médico de Cañamero, Blas B. Díaz, escribió la his-

toria de la Escuela Médica de Guadalupe; el pedagogo Adolfo Maillo ha escrito buenas páginas sobre su especialidad; el farmacéutico Vegas Fabián biografió ilustres y modestos farmacéuticos extremeños y el doctor M. Sanabria Escudero, de Mérida nos ha dado una investigación sobre la Medicina de la época romana en dicha ciudad y su región. Recordemos que Publio Hurtado, además de su libro sobre *Indianos extremeños* rastreó el origen de supersticiones y mitos orientales. Para la Matemática y la Astronomía tenemos nombres ilustres como los de Ventura Reyes Prosper, ya citado, al que Rey Pastor calificó de "matemático genial"; Francisco Vera, gran matemático además de ensayista y novelista, que ha escrito una historia de la matemática; Mario Roso de Luna, también matemático y astrónomo y gran conocedor de lenguas orientales, y Rafael Carrasco, hoy director del Observatorio Astronómico de Madrid, y, como Roso de Luna, descubridor de un cometa que lleva su nombre.

Tenemos además dos geólogos y geógrafos ilustres en Francisco y Eduardo Hernández Pacheco, y como botánicos a Pavón y Jiménez, de Casatejada, conocido por "El brujo yerbero", y a los Rivas Mateos, padre e hijo, ambos de la Universidad de Madrid.

POETAS Y PERIODISTAS

Aún más densa es la nómina de poetas y periodistas, en la cual se entreverán también críticos, ensayistas, filósofos y músicos. Vayan estos nombres en avalancha y como torrencialmente: Periodistas, más o menos críticos, más o menos ensayistas, o novelistas, o comediógrafos, y poetas más o menos graduados, de los unos o los otros, son: Díez Canedo, crítico y poeta (como López Prudencio y Jiménez Aguirre), Segura Otaño (crítico y biógrafo), Carlos Caba (ensayista, biógrafo, novelista), Felipe Trigo, novelista como Reyes Huertas y Martínez Garrido, o E. García Luengo, comediógrafo como Chamizo, o filósofo como Eugenio Frutos, poeta, o el poeta Rodríguez Ferrera, como Polo Benito, ambos latinistas como

López Cruz. Poetas, a partir de Meléndez Valdés, Cristóbal de Mesa, Gabriel y Galán, Chamizo o Julio Cienfuegos, hay en Extremadura una espléndida floración difícil de catalogar y aún de enumerar: Juan Luis Cordero, Corredor, Barrado, Monterrey, Delgado Valhondo, Terrón Albarrán, Alvarez Lencero, Manuel Pacheco, Alfonso Albalá, José Canal, Fernando Bravo, Ramos Aparicio, Díaz de Entresotos, Vicente Neira, Eugenio Payo, Ventura Durán, Enrique Montánchez, Arturo Gazul y tantos y tantos. Y periodistas bien definidos son Díez Canedo, Jiménez Aguirre, Arturo Gazul, Joaquín Montaner, Narciso Maderal, Pedro de Lorenzo, Francisco Valdés, Romero Mendoza, Herminio Pinilla, Fernández Figueroa, Leocadio Mejías, F. Sánchez Marín, Gutiérrez Durán, Díaz Santillana, Rabanal Brito, Dionisio Acedo, Antonio Zoido (poeta y pedagogo), Gutiérrez Macías, Puig Mejías, Vera Camacho, Sánchez Sampedro, Crescencio Rubio.

Muchos habré omitido sin querer omitirlos, pues se anuncia una especie de Renacimiento literario y artístico en la Extremadura de hoy. Y son muchos los que laboran humilde y recatadamente sin darse a conocer, aunque bien lo merecen. Y son muchos los jóvenes religiosos cuyos poemas y prosas, místicos y profanos, son dignos de nóminas literarias de menos urgencia que esta que aquí ofrezco amontonadamente y sin discriminar valores y diferencias. Que todos me disculpen. Y lo mismo hay que decir del número y la calidad de los artistas extremeños a partir de Morales, de Zurbarán, para llegar a Eugenio Hermoso, Ortega Muñoz, Solís Avila, Segura Covarsí, Enrique Segura, Bermudo, Caldera, Navarro, Collado, y los escultores Gabino Amaya, Pérez Comendador y J. de Avalos. Y actores como C. Ortas, y recitadores como G. Hervás. Todo esto es sabiduría más que saber. Incluso a veces hay, en poetas y no poetas, una oscura aversión a excesivos saberes intelectuales o librescos, por suponer que ningún poso vivo y fundamental pueden dar a la personalidad profunda. Recordemos las agrias invectivas que, en el poema "Varón" y, sobre todo, en "Regreso", de Gabriel y Galán:

¿Y esos son saberis?
¡Esos son fachendas!

se dictan contra los alfeñiques de la urbe, de mucho afeite y pulimento, de muchos saberes, y contra los sabios y los doctos, que parecen gente de escasa sabiduría, de la que da calado humano y ejemplaridad.

> Estuve en la ciudad y ví los sabios.
> Fuí dispuesto a escucharles de rodillas,
> sin que allí mis palabras de hombre rudo
> salieran de la cárcel de mis labios,
> que en ellos hizo la ignorancia un nudo.
> ... ...
> Iba a aprender, sin tortuosos modos,
> la fórmula del bien, los soberanos
> conceptos graves del amor de hermanos
> que nacimos de Dios, padre de todos;
> y rasgadas las brumas que embarazan
> la alta visión con su tupido velo,
> iba a saber el punto en que se enlazan
> la senda de la vida y la del cielo.

Y da la definición de la sabiduría según la entiende el poeta:

> La gran sabiduría nunca ha sido
> música del oído
> ... ...
> Ni es orgullo que ciega
> ni es encono que grita
> ni estéril voz que apasionada niega
> ni desprecio del bien que al mal invita.
> Ni tampoco almacén abarrotado
> de innúmeras ideas.

Y en vez de sabiduría, halla en la ciudad un saber seco y sin profundidad.

> "El saber, el saber". Ese era el lema,
> la aspiración suprema
> de la vida veloz que se vivía.
> "Se estudiaba el amor como un problema."

Y por lo mismo que hay mucho saber en la urbe, hay poco amor, y hasta el arte es elaborado artificialmente con muchos saberes y escaso sentimiento. En la gran ciudad

saben vivir unidos
amándose muy poco.

Muchas ideas en el cerebro, sí, pero olvidado

en qué lado del pecho
mi corazón encadenado estaba

Y el poeta se lamenta y apostrofa:

Sensible corazón que ahora palpitas
al fuego del amor que ya te quema:
¿para qué pude yo necesitarte
donde el cerebro fabricaba el arte
y estudiaba el amor como un problema?

Por todo ello se despide de los sabios, en versos no muy bellos ni correctos y vuelve a sus campos queridos a los que suplica que le acojan:

Pero ya estoy aquí, campos queridos,
cuyos encantos olvidé por otros
amasados con miel y con veneno.
"Pequé contra vosotros."
Recibidme otra vez en vuestro seno.

Es quizás el único poema donde la ironía labra rasguños y alumbra sangre, cosa insólita en el alma simple y buenaza de Gabriel y Galán; o bien se alza en duros reproches contra el saber y los sabios falsos. Por su parte, Chamizo, opone claramente la sabiduría del hombre de la tierra y de la tradición, al saber de las universidades y las ciencias:

Qu'estos hombres son los machos d'una raza
de castúos labradores extremeños
que ignorantes de las ciencias de los sabios
las jonduras de otras ciencias descubrieron
cavilando tras las yuntas
en la paz de los barbechos.

Y surge esa sabiduría, de la identificación de la tierra con la mujer, como era de esperar:

Ellos saben que la tierra labrantía,
sería llana y arrogante en los recuestos,
es la jembra que mantiene muchos hijos
con la juerza de la savia de sus senos;
y es la madre, y es la novia y es la hermana
del gañán que, con calor de macho en celo,
la colmara de cuidiaos,
la regara con suores de su cuerpo,
la labrara con cariño,
derramara con sus surcos el granero
y supiera conformarse cual cristiano
cuando Dios, dende los cielos,
pa probá si eran mu jondas sus querencias,
malograra sus esfuerzos.

Es sabiduría de la tierra, del trabajo, del amor y de la fe.

LA SOCARRONERIA EXTREMEÑA

Una típica forma de la ironía contra el saber intelectual y libresco es, sin duda, la socarronería. Ello hace que, casi por antonomasia, la socarronería sea el modo de la ironía campesina y de la malicia rural frente al intelectual. Siempre en el hombre rústico hay un fondo no de escepticismo en cuanto al respeto que merecen los saberes intelectuales de carácter abstracto o técnico, pero poco prácticos, cuando no ironía burlona. El hombre extremeño como todo hombre adherido a la tierra tiene más fe en la práctica que en la teoría. Prefiere la rutina a la novedad, dudosa en sus resultados. La sabiduría que da la tierra y la tradición tiene un contrapeso; la rutina ya no es sabiduría, sino mecanismo. La mezcla de su humildad como hombre, de su señorío como varón y su sabiduría profunda de la vida y de los hombres, da el riquísimo tornasol de la socarronería extremeña, en las formas más variadas. Tal se ve en ese labriego que llega al despacho del Abogado para que le ilumine porque él, con "sus cortas luces", no sabe más "que mal pintá su nombre y una migaja de cuentas". Es frecuente que después de oír el parecer y el consejo del Abogado, acabe por decir, muy turbiamente, que eso

ya lo sabía él pero que quería que se lo confirmara "un hombre de sabé y de entendimiento, de muchas letras"... Otra forma de socarronería hay frente al pedante. He conocido a un Notario que ante un tonto cualquiera que le hablaba, con un lenguaje docto, de hectáreas de tierra, solía preguntar humilde y maliciosamente qué era una hectárea, con lo que el pedantuelo solía verse en grave aprieto. Y de mi infancia, en Arroyo de la Luz, recuerdo que, con mucha frecuencia, los labradores amigos me presentaban sus cuentas de cereales, arriendos, ventas de ganados, etcétera, para que se las resolviera. Yo, como estudiante del poema "Varón", sudaba lo mío, enrevesándome en cálculos y más cálculos para acabar, poco menos que en un "pi menos erre". Y los labradores amigos se reían, se reían maliciosos y luego, ante mi fracaso, me decían el resultado exacto, para vergüenza mía.

Y esa sabiduría la contrapone y enfrenta el labrador, no pocas veces, con el saber libresco, el universitario y el técnico, resultando que también el labrador tiene sus pedanterías y aún sus ínsulas doctorales, si bien no para engolarse enseñando pedantemente a los demás, pero sí para demostrar que en lo suyo, es decir en lo relativo a la tierra y sus cultivos, él sabe tanto como el que más, y no admite fácilmente enseñanzas de los sabihondos de títulos y libros, porque en lo tocante a la tierra y sus problemas, tratos y requiebros, él, el labrador, no admite lecciones de nadie. A ello se debe que el labrador extremeño haya resistido tanto y resista aún a pesar de su codicia por los frutos, a los avances de la técnica y la ciencia sobre la tierra y sus cultivos. Se ha achacado esto a la inercia mental y las rutinas, pero no se ha notado que, tras esas rutinas y esa inercia, suenan pedanterías por las que el labrador se enfrenta con el saber y la técnica nuevas, alegando las antiguas y tradicionales que toma como formas de sabiduría, sin serlo.

Y esta pedantería se trasviste y cruza también de socarronería y disimulos cazurros. He aquí una estampa muy frecuente en los campos extremeños: Pasa un Ingeniero agrónomo o un técnico de gran empresa agrícola, por una huerta o una senara de cereales en que un labriego se afana en sus labores.

Dialogan con frases banales, entre saludos y consideraciones generales sobre el mundo, y el labriego manifiesta, con exagerados asombros, su admiración y aún su envidia por los hombres que saben tantas cosas y han leído tantos libros: "¡Si yo supiera lo que usted!"... Pero uno apenas sabe mal deletrear, algo de números y pare usted de contar... ¡Cómo me gusta a mí hablar y escuchar a los hombres que saben...!" A todo esto, el técnico visitante ha observado tales o cuales prácticas viciosas o erróneas en las faenas del labriego y así se la hace observar noblemente para que rectifique. Pero éste que antes parecía escuchar con admiración y ahora más bien oye con vago malestar, no es infrecuente que se salga por peteneras:

— Bueno... mire usted, señor. Todo eso está muy bien pa los libros, pero uno tiene poco que aprender sobre esto. Ustedes, los que saben, hablan y hablan y no saben lo que la tierra pide... Deje usted, que cada cual sabe lo que hace en su tierra...

Es la pedantería cazurra y socarrona del labriego en general y del extremeño en particular.

EL POLITICO Y EL CACIQUE

Y una variante de la socarronería extremeña, es decir de experiencia cazurra y avispada de una parte, y de recelo y suspicacia con sabiduría de hombres, de otra, se da en el político. Todo extremeño de honduras tiene un fino sentido político para mover hombres. Cierto que no pocas veces se queda en cacique local, en político de campanario, sin más amplia proyección. Pero la conquista y colonización de América fué política de altura, y hay que reconocer en Cortés, Pizarro, Orellana, Hernando de Soto, García de Paredes, los Ovandos, una rara visión política que se acorta de radio en los Solís de Plasencia o en el Clavero de Monroy, y revive en Donoso Cortés, Moreno Nieto y otros muchos de menos talla. Impresiona mucho la soltura política con que los colonizadores de América se movieron entre gentes y pueblos extraños,

como si aquellos aventureros, hidalgos o sin hidalguía, hubieran ensayado la política antes de ir. Es que el extremeño, desde su sabiduría rural es buen conocedor de hombres y tiene la suficiente penetración psicológica para ponerla al servicio de su voluntad de poderío que brota espontáneamente de su rica masculinidad.

CODICIA Y AMBICION

Si codicia quiere decir deseo tenso y ávido de bienes materiales, para el extremeño, para el labrador, como su representación que es, esos bienes materiales casi se simplifican y constriñen a la tierra y sus ganados y todo lo que con ellos se relaciona, llegando por esa vía al afán de poderío y mando. Por mucha que sea su ansia de bienes, siempre se orienta a la tierra y los ganados y riquezas en todo ello. Pero el confort, el lujo material no es tan intenso como en el andaluz, que busca la ostentación, de una parte, y el refinamiento, de otra. El labrador extremeño no pide palacios, ni automóviles de lujo, ni comodidades refinadas. Si tienen coche es por necesidad de sus afanes. Pero son muchos los grandes labradores que no tienen televisor ni frigorífico. Hay en él afán de dominar tierras y hombres, que conseguir triunfos materiales y logro de bienes, pues lo que busca el hombre medio extremeño tiene sin duda codicia, pero más de bienes inmuebles, de tierras, que de dinero. Se da en Extremadura el avaro y el usurero, y el hombre sórdido incapaz de prodigalidades y munificencias, pero ello lo atribuyo a la impregnación judía de que ya hablé a su tiempo. Tiene tendencia al atesoramiento. Lo más característico de su codicia es su hambre de tierra y de dominio de hombres. Y eso ya no es codicia, sino ambición. Pero su ambición no busca honores, pompas, vanaglorias, que eso es lo propio de la vanidad, sino formas reales de poderío social y dominio de hombres y de tierras. Así podemos comprender cómo el conquistador y colonizador extremeño se satisfacía con los bienes acumulados y el señorío conseguido en las tierras americanas sin exigir honores y grandezas ofi-

ciales. Ni los descendientes de Cortés ni los de Pizarro aunque tuvieron títulos no se creyeron nunca grandes de España, y así se comprende que un hidalgo rico como Hernando de Soto costea su propia expedición, pierde y gasta sus bienes, pero explora el Missisipí. No es codicia, sino ambición noble de nombre y señorío la suya.

VANIDAD Y ORGULLO

Y es que el extremeño tiene muy desarrollado el sentimiento del orgullo, pero es muy escasa su vanidad. El orgullo llena, da plena conciencia y satisfacción de sí, aunque esa conciencia y esa satisfacción sean excesivas e indebidas; pero la vanidad no llena sino de viento porque vuelve al hombre *vano* o *vacío*. Los halagos y pompas y éxitos de nombre o renombre son vanidades, cosas propias del hombre vano. Pero la conciencia de sí mismo, satisfecha de la propia hombría no da vanidades, sino propia estimación, autosuficiencia y orgullo, pero no orgullo de casta o clase, de títulos o nombres, sino de la propia humanidad honda y serena.

Es curioso y expresivo. La humildad del extremeño que ya hemos tratado de interpretar no es compatible con el sentimiento de orgullo racial que todo extremeño experimenta muy en lo hondo. He aquí una anécdota reciente que debo a mi querido amigo D. José Aguilar: Se celebraba en Chamartín un partido de fútbol muy importante entre el equipo del Real Madrid y otro; un espectador increpa duramente a los jugadores del Madrid porque a su juicio no rinden la eficacia que se espera. Y otro espectador extremeño se le dirige con sorna:

— Caramba, amigo... Y a lo mejor es usted nacido y criado en Madrid.

— Nacido y criado, sí señor... ¿pasa algo?

— Nada... Pero ¡cualquiera lo diría!... ¡Sí que da ánimos a su equipo! Por lo visto somos los de Badajoz los que tenemos que venir a jalear al equipo del Madrid.

—Conque de Badajoz ¿eh? ¿Y por qué no se dedican ustedes a fundar allí buenos equipos de fútbol...?

—Los extremeños, cuando decimos a fundar, fundamos cosas más serias. Un día nos levantamos de humor y conquistamos América. Pero no tenemos humor y tiempo para fundar equipos de fútbol.

Entereza y "enterarse".—La sabiduría da más carácter que el saber. Este, a lo más, labra un semblante ("el físico del oficio", dicen los franceses), una efigie o pergeño físico, pero no engendra un carácter moral, el cual es más bien obra de la sabiduría. El santo, el héroe, el conquistador extremeño, son caracteres recios y hondos forjados por una profunda y no elaborada sabiduría. Este carácter individual (no es el carácter arquetípico estudiado páginas antes) se presenta como unidad y coherencia de actitudes y resoluciones en cada hombre, y ello de modo no aprendido. Es su unidad de acción, de reacción y de conducta, la cual, multiplicándose por simpatía o por emulaciones de otros hombres entre sí, da esa unidad u homogeneidad de estilo y de reacciones que se llama "el carácter regional", de modo que este carácter, en Extremadura, vemos ahora que brota de la sabiduría y no de la ciencia o los saberes del hombre extremeño. Se dice del hombre de mucho carácter que es "entero" o "enterizo", hombre "de una sola pieza" y, viceversa, se suele decir del "hombre muy entero" o "enterizo" que es "un gran carácter", pero también usamos en español el verbo "enterarse", en la acepción, no ya de aprender o aprehender tales o cuales técnicas, notas o noticias, sino en la de "darse por entero" a ese saber o ese aprendizaje. Y como "entero" es "íntegro", y "enterarse" es "integrarse", parece como si dijéramos con ese verbo que saber y conocer es unificarse, "integrarse" como hombre. Y sin embargo, el hombre de muchos saberes, por muy "enterado" que esté de ciencias y técnicas, suele ser más bien un hombre sin carácter, hombre indeciso, vacilante y diluído, como si los saberes meramente racionales, con su sustancia mineral, corroyeran o derribaran la personalidad. En cambio, el gran amante todo lo renuncia y repulsa para seguir la línea recta de su amor enérgico e invacilante. Y el santo, ¡qué gran carácter necesita para serlo!, lo

mismo que el sabio moral (el sabio al estilo de Oriente, no lo que llamamos en Occidente "un sabio", que no suele ser sino un especialista casi maniático o un técnico sin genialidad y muchas rutinas). Otro gran sabio, otro gran carácter es el héroe, y otro el artista genial, y el poeta de honda vocación, no el mero muñidor de versos, albañil de frases o repetidor disimulado de temas. El poeta, si es *gran poeta,* es siempre un carácter porque es gran personalidad.

Ni personalidad ni carácter tiene el poeta fingido, imitador y medio tonto. Pero la palabra "personalidad" tiene por lo menos dos acepciones en la estimativa de las gentes: Se dice hombre de "mucha personalidad" para designar a la persona individual de mucho carácter, y se dice también que es "una personalidad" la persona, al personaje de mucho prestigio social, y "prestigio" inclusio etimológicamente es como resplandor un tanto engañoso. Virgilio, Dante, Shakespeare, Cervantes, Goethe, son grandes caracteres, hombres "enteros" y "enterados" por la sabiduría que les hizo poetas. Y esa misma sabiduría les da su propia personalidad, que no les viene de fuera, de la resonancia social o prestigio, sino que esta personalidad resplandece en su espontánea sabiduría, y es esta la que les graba el carácter. En suma, da más carácter y *otra* personalidad, la sabiduría que el saber. Y así, el hombre extremeño (varón o mujer) suelen ser caracteres enteros gracias a la profunda sabiduría que es su estilo humano y su tradición junto a la tierra que mima, acaricia y hace frutecer. El labrador es como el poeta de la tierra. Por poeta y labrador tiene profunda sabiduría, aunque sepa poco de técnicas, libros y abstracciones. Esto es lo que expresó sutilmente Pedro de Valencia en su libro *Fisiocrático del incremento de la labor de la tierra,* en que a fuerza de sabiduría el labrador, inspirado en la tierra, pretende hallar los máximos beneficios. También en la Tierra, en el misterio de lo telúrico, cerrado y fecundo como una matriz, halla Heidegger el origen de la obra de arte. No es un saber el del artista ni el del labrador. La música, la poesía en todas sus formas literarias (lírica, comedia, novela, cuento), la pantomima, la canción, el recitado, la declaración, la representación escénica o fílmica, la cosmética, el

arte suntuario, la pintura, la cerámica, el grabado (menos la escultura, y mucho menos, la arquitectura), están graduados más o menos de sabiduría. Tienen de sabiduría lo que tienen de arte y de poesía, de intuición y gusto, de gracia, de elegancia y de invención, que no son precisamente saberes técnicos ni ciencias. Y hay una sabiduría colectiva en la Historia viva, en la tradición y el folklore, palabra esta última que dice más bien sabiduría que saber, técnica ni ciencia. También los tratadistas de estas artes han de tener más que ciencia y saber técnico acerca de cada una, una intuición, un gusto, un amor, una sabiduría que es lo que les confiere su calidad de críticos o entendidos en el arte respectivo.

Y así, junto a los científicos, sabios y técnicos extremeños que antes hemos enumerado rápidamente, sin emitir juicios de valor sobre cada uno, hay también una nómina posible de hombres cargados de sabiduría según su entendimiento en las respectivas artes:

Musicólogos: Como Bonifacio Gil y M. García Matos.

Folkloristas: Maestro Gonzalo Correas, Soperán de Rieros, de Logrosán; Plata de Osma y su hijo García Plata.

Poetas dramáticos: Torres Naharro, García de la Huerta, Miguel de Carvajal (llamado "el trágico" por Vicente Paredes), y Adelardo López de Ayala.

Novelistas: Felipe Trigo, Reyes Huertas, Martínez Garrido, de Navalmoral (Premio Nadal de 1964).

Poetas líricos: No es posible enumerarlos, sobre todo al llegar a la espléndida floración extremeña de estos últimos años, que algunos han calificado de "Renacimiento" literario de Extremadura. Citemos a los de antaño: García Sánchez, de Badajoz; Meléndez Valdés, Carolina Coronado, Gabriel y Galán y Luis Chamizo. No incluyo a Espronceda porque, aunque nacido en Almendralejo, no es de estirpe extremeña ni representó su estilo, como no cito entre los actores escénicos a Casimiro Ortas, nacido en Brozas por pura casualidad. José María Valverde, gran poeta, nació en Valencia de Alcántara, pero parece que no es estirpe extremeña ni siente lo extremeño.

El folklore extremeño es rico, y de él nos han dado mu-

chas y muy buenas noticias, no sólo los folkloristas antes citados, sino otros, que sin serlo precisamente, han dado amorosamente estampas o noticias acerca de él; La Berrueza, en el siglo XVII, Rodrigo de Alemán, en el XVIII, Matías Ramón Martínez, Vergara y Martín, Sánchez Loro, Gutiérrez Macías, Fernández Oxea (no extremeño), Vera Camacho. No tengo para qué tratar de enumerar siquiera las fiestas y costumbres más populares y pintorescas de Extremadura, muchas de las cuales son comunes a otras regiones, aunque en cada una presentan rasgos característicos. La fiesta del cordero por la Pascua (en Trujillo, Arroyo de la Luz, etc.), la de las corridas de caballos (en Valverde del Fresno o Arroyo de la Luz), las de gallos, las hogueras de San Juan. Citemos sólo algunas de las que les diferencian y no las que son comunes. El "peropalo", en los "antruejos" de Villanueva de la Vera; "La Borrasca", en la Nochebuena de Ceclavín; los "jipíos" de los los novios en Talarrubias; el "porra adentro, porra afuera", de Castuera; el "arrullo del palomo" de los novios en Zafra; el baile y los coros del pandero, en Arroyo de la Luz; la "procesión nocturna de los burros", en Jarandilla; el "baile de las morcillas", de Zorita; el "ofertijo", de Hervás; la "jota del candil", de Alcuéscar, etc. etc.

En cuanto a refranes y cantares, ha publicado amplias colecciones Rodríguez-Moñino. Bonifacio Gil ha recogido colecciones de cantares, clasificándolos por el tema: pájaros, flores, toros, etc.

Pero el gran paremiólogo extremeño es el maestro Gonzalo Correas, de Jaraíz de la Vera, siguiéndole en importancia Soropán de Rieros, de Logrosán, y con él, Plata de Osma, Moñino y García Plata. Del maestro Correas (que en su *Vocabulario* incluye también coplas y cancioncillas populares), son estos comprimidos de sabiduría: "Si quieres saber quien eres, pregúntalo a tu vecino". Y comenta el propio Correas: "Que nadie se conoce a sí mismo. Que no es uno más que la opinión que de él tienen los otros". "Creció el honor, creció el dolor". "Cubre con ceniza tu nombre". Y comenta: "Para evitar incendio. Más te dice por la alegoría, que tus males y

pasiones y faltas y enojos y quejas que los cubras con secreto". Y también

Esperar y no alcanzar
ni venir
en la cama, no reposar
ni dormir,
servir y no medrar
ni subir;
son tres males para morir.

Enlaza esa coplilla su sabiduría, con esta otra:

Ni en invierno viñadero,
ni en otoño sembrador,
ni con nieve seas vaquero
ni de ruines seas señor.

Y la sabiduría se reboza con socarronería rural.

— La dama besada
¿pierde marido?
— No, la mi señora,
si fué en escondido.

Y Correas muestra bien su amor a lo extremeño recogiendo a veces ironías muy de socarrones: "Nacer en Cáceres y morir en otra parte". "Trujillo pide paces y no quiere Ruanes". "Mas dicho que la burra de Corrales". Y comenta Correas: "En Jerez de los Caballeros". "Echóla al campo a morir y engordando, vino a casa preñada de un pollino". "Dos adivinos hay en Segura: el uno experiencia, el otro, cordura". "En Fregenal tres fuentes, tres puentes, y tres colaciones y tres generaciones, de buenos y mejores". "Llevar al cielo por la Vera de Plasencia".

También la artesanía (no la industria, no el comercio), responde más a sabiduría que a ciencia, técnica o saber. Los tocados de Montehermoso, los paños de Torrejoncillo, la alfarería y cerámica de Guareña y Arroyo de la Luz, la forja de hierros en Brozas, Casar de Cáceres y Guadalupe, con su artesanía de cobres, los cueros de Salorino, son manifestaciones tradicionales de una sabiduría trasmitida,

CAPITULO X

OTROS RASGOS DEL HOMBRE EXTREMEÑO

LA CASA EXTREMEÑA

Se nota un tipo de poblado breve, de aldea o alquería al Norte de Cáceres y poblados más distanciados y con más núcleo de población, unificados a medida que se avanza hacia el Sur. Es claro que no hay un estilo arquitectónico que pueda calificarse de extremeño. Las edificaciones todas se parecen a las de las regiones confinantes, lo mismo los conventos que los cuarteles, las casas particulares o las fábricas de harinas. Sin duda hay en los palacios señoriales de Cáceres, en muchas iglesias de la región y a la cabeza de ellas en el Monasterio de Guadalupe, estilos arquitectónicos más o menos acusados y puros que nuestros historiadores, arqueólogos y eruditos tienen bien estudiados. Puede el lector consultar cualquiera de las innumerables Guías sobre Cáceres, Mérida, Guadalupe, Trujillo, Alcántara, etc, y verá qué estilos son esos. Pero es evidente que en ningún caso de ellos hay por qué hablar de un estilo extremeño, sino simplemente de ejemplares o vestigios de determinadas épocas y estilos en su paso por Extremadura.

Sin embargo, cuando el hombre genuino de Extremadura elige la edificación para su casa responde más bien a un impulso hondo, no enteramente consciente, aunque sí codeterminado por su estilo de vida y las necesidades de ésta. Y en este sentido podemos hablar de la casa extremeña. Hay que distinguir la casa en la alta Extremadura, que suele tener un aspecto y una

estructura medieval, y la casa de la Extremadura baja, casi andaluza, de aspecto más o menos orientalizado, con ojivas y azoteas y cierta elegancia de línea, esbeltas en columnas, muros y ventanas. A partir de Mérida para abajo, predomina lo que podemos llamar la casa andaluza. De Cáceres para arriba, va generalizándose la casa castellana. En todo caso, la más definida y característica, la más representativa, es la casa del labrador, con diferencias acusadas entre la casa del labrador-ganadero rico y la del modesto. Ya en la época romana distinguía Columela la "Villa urbana", vivienda del labrador propietario; la "Villa rústica", para aparceros y operarios, y la "Villa fructuaria" o edificaciones dedicadas a frutos, cuadras, graneros bodegas, almacenes de aperos, etc. Hoy la casa del labrador-ganadero extremeño, en el campo, lo que se llama "caserío" suele ser una edificación ancha, baja y honda muy pegada a la tierra, pero con tendencia a elevarse cuando se camina hacia el Sur. Es edificación holgada, reposante, pródiga de espacios. En la población hay más tendencia a la elevación, pero siempre extendiéndose con holgura y con un sentido funcional de lo que la casa del labrador-ganadero exige. Es sobre todo profunda. La estructura más general comprende, además de habitaciones y pasillos, el patio, la cuadra, los graneros, alacenas y bodegas para frutos, vinos, conservas y matanza. Y muy frecuente, y anejo al edificio, y además del corral y patio, "un cacho de huerto". La construcción suele ser enérgica y clara de fachada. Y sobre todo al Sur, con balconaje abierto, férreo y corrido (no esquinado o en chaflán como suele haber al Norte) bien florecido de tiestos. Son casas interiormente musculosas de muros, largas de pasillos y espaciosas de zaguanes o vestíbulos. Todo ancho, blanco y hondo. La casa alto-extremeña de adobes, ladrillos o piedra, pero sin enjalbegar, suele ser chata, oscura, amodorrada, baja y desigual de tejados, con chimeneas más bien enanas y pocos vanos. Vistas desde lo alto son rugosas, derrengadas y pegadas con avidez a la tierra, como sus moradas. Son casas, como todas las costrucciones románicas, que están vueltas hacia dentro, avaras de su propia intimidad, engolosinadas en un mundo interior que se guarda como un tesoro y un

perfume. Casas llenas de silencio, de espaldas al mundo, absortas en la propia meditación.

Suelen tener un pasillo central, un eje vertebral que va desde la puerta de entrada hasta el corral y la cuadra, y a veces se continúa en un huertecillo. A ambos lados de ese eje, alcobas amplias, robustas de muros y mínimas de ventanales y a mitad del pasillo central, la cocina. En las alcobas, cuadros viejos de vírgenes y santos, baúles en el suelo o sobre caballetes de madera, y camas altas, muy altas, de caballetes también de madera y catres de metal barnizado en negro con caperuza amarilla en los extremos de las barras. En las habitaciones, sobre el blanco de la cal, suele haber, además de cuadros piadosos y retratos de familia, algunos graciosos arabescos y hasta engrafiados.

La cocina suele ser, como la castellana, de amplia chimenea de campana con escaños, con llares, trébedes, pocillos de hierro, alacena que lleva, para aireación, una cruz de agujeros en la puerta, cornisas y vasares con papeles pintados o hule, ambos recortados en picos, y espetera amplia con cacharros de barro o metal brillante, capuchinas, peroles, almireces, candiles jarras, pucheros, cántaros, cantarillas y barriletes panzudos les, jarras, pucheros, cántaros, cantarillas y barriletes panzudos de barro cocido y rojo, muy poroso, para el agua fresca; pero también suele haber unos y otros de loza fina, porcelana, barro vidriado y aún cerámica trabajada en artesanía antigua.

(El pueblo de Guadalupe cultiva la fina y bella artesanía en cobre de perolas, cazos, espumaderas y otros cacharros brillantes; como Guareña y Arroyo de la Luz siguen practicando corajudamente la alfarería o artesanía en barro, sin llegar a la aventura artística e industrial de Manises o Talavera de la Reina, ni intentar la artesanía de la cerámica segoviana o de la Cartuja de Sevilla.)

Desde Mérida y sobre todo desde Villafranca de los Barros o Llerena, empieza a ser observada con más profusión la casa bética o andaluza, en que la sensualidad y el sentido artístico y señorial imprimen un estilo de claras influencias orientales. Ahora, en la casa, el patio está adelante, a la entrada con can-

cela o puerta, y si no, siempre hay azulejos, surtidores y arriates y a veces ni patio, la amplitud de las ventanas, la profusión de flores en los balcones y portadas y el sentido artístico predominando sobre la utilidad en alcarrazas, vasos, muebles, adornos, nos están diciendo que en esta casa vive un hombre más abierto al arte y al refinamiento. Es ya la casa andaluza que se esponja a la luz y se abre al cielo, florealmente, por una azotea cubierta de macetas con geranios, claveles, alhelíes, albahaca y yerbabuena.

A la casa propiamente dicha hay que añadir otros tipos de edificaciones no menos típicas y expresivas. Así el tinado o local destinado al ganado de granja, que suele ser un amplio corral con cobertizo donde se crían cerdos, cabras o vacas destinadas a lactar, y conejos y gallinas. También es típico la alquería, el caserío y el cortijo; aquellos más frecuentes en el Norte; el cortijo ya tiene sesgo y corte andaluz. El cortijo y el caserío, como la casa de pueblo suelen ser enjalbegados y blanquísimos sobre todo en el Sur extremeño.

La iglesia, el palacio antiguo, la casa nueva y de lujo, el "chalet", etc., no son expresiones del alma extremeña, sino manifestación genérica de épocas o modas como en todas partes. Y ya he dicho que el extremeño ni es elegante ni gusta de confort.

EL VESTIDO EXTREMEÑO

Aunque las modas y los medios de propagación hoy tienden a raer y arrasar formas típicas y tradicionales así en el habla y en el vestido como en las costumbres, todavía puede rastrearse mucho de lo característico extremeño en la indumentaria en general. No solamente en las zonas altas de Cáceres, como Montehermoso, sino en pueblos escondidos, como los de la llamada "Siberia Extremeña", se hallan vestigios de un estilo de vestimenta que se parece, según la zona, al castellano-leonés o al andaluz. Por ejemplo: el sombrero ancho, del tipo del llamado "cordobés", es muy extensa y arraigadamente

usado desde Aliseda, Herreruela, Salorino, San Vicente de Alcántara y Alburquerque. Y con el sombrero, las botas enterizas de becerro para la vida campera del labrador acomodado y la faja de color para el bracero y el peón. La boina, tan extendida en Castilla y Aragón, se usa bastante en el Norte de Extremadura, y menos en los pueblos de la Extremadura andaluza. Del mismo modo los zahones o zajones que se usan en los cortijos de Salamanca toman al llegar a la baja Extremadura ringo-rangos y adornos floreales que allí no tenían. Los zahones de los labriegos y ganaderos de Cáceres y Badajoz, son ya de labradores y ganaderos andaluces.

En cambio, la chaqueta, de paño negro o pardo, que por influencia charra aparecen muy historiadas en el Norte cacereño, como se ve en los vestidos de Montehermoso, se vuelve de pana o se torna blusa hacia el Sur, y en todo caso, tiende a recogerse y recortarse en chaqueta corta o chaquetilla, aunque nunca llega a serlo. Del mismo modo, el calzón corto con media blanca, azul claro o negra, que aún se usa hacia la frontera de Cáceres y Salamanca y que he conocido en uso diario en Ceclavín, Garrovillas, Navas del Madroño y Arroyo de la Luz (si bien aquí con la variante de que el calzón se continuaba con polaina, también de paño y no con medias, más un alón terminal, también de paño, que cubría el empeine del pie), se trueca en pantalón largo, más o menos "abotinado", es decir, recogiéndose ligeramente abombado sobre el pie. Y el zapato, que tiende a sustituir a la bota, la alpargata o la sandalia, se ha extendido poco entre labriegos, aunque se usa entre artesanos. Pero la bota ceñida y vistosa empieza a preocupar al Sur de Cáceres sin alcanzar claramente la bota de tacón alto, tan típica en el flamenco andaluz; pues el andaluz —según hice observar en un libro— vive un poco pendiente de sus zapatos. Andalucía es el pueblo que más limpiabotas tiene. Vive pendiente de sus pies y los mima. Todo andaluz bien vestido tiene conciencia de que lo está, mirándose a cada paso sus brillantes botas o zapatos. No creo que sea casualidad que dé los mejores bailarines del mundo. Ya

dije, en ese libro aludido, el significado que tiene el pie en la interpretación de los sexos y la Historia.

La camisa abierta y sin corbata es propia de los labriegos, braceros y artesanos de los extremeños del Norte, que en los domingos se vuelve camisa limpia y bien planchada, pero sin corbata, pues esta prenda se ha considerado siempre como supernumeraria, inútil y propia de "señoritingos". En cambio, el mozo campesino usa bufanda, pero como adorno o lujo, no como abrigo, pues con frecuencia la usa especialmente cuando descansa en el pueblo de sus trabajos agrícolas; y esto, cuando no deja el tapabocas solamente para los días festivos.

Y como prenda de abrigo, la capa antigua de cuello alzado, toda de paño negro; y los pobres, la manta, que usan no sólo en el campo, sino también en los pueblos, por la noche, cuando van de ronda los mozos. Y para días festivos, si se trata de labradores acomodados o artesanos, la pelliza que, para ser fiel al primer significado de su nombre, suele llevar de piel el ancho cuello. Ni antes la levita y el macferlán, ni ahora el gabán y la gabardina o la trinchera han triunfado en los pueblos extremeños, salvo entre estudiantes, industriales, comerciantes, funcionarios y profesiones liberales, que ya no van siendo tan *liberales,* como se dice. La gabardina y el gabán siguen siendo miradas como prendas propias de señorito y hay un evidente sentimiento de pudor, vergüenza y ridículo si un labrador, por acomodado que sea, usa el gabán o la gabardina. En cambio, se siente bien caracterizado (y dice que bien abrigado) con su recia pelliza de cuero o paño bien ribeteada de pieles.

Este detalle indumentario no es específico o genuino de Extremadura, pues se ve muy extendido por los pueblos manchegos y castellanos. Quizá tenga un fundamento en que la pelliza permite moverse más libremente que la gabardina, la trinchera, el comando o el gabán. Y para sus faenas de agricultura, la pelliza es más expeditiva. Piénsese, por ejemplo, en que ha de agacharse muchas veces en el campo, ha de montar a caballo, etc., etc. Tampoco se usan guantes si no

es por los labradores ricos y sin ánimo de vestir elegantemente sino sólo de protegerse del frío. Por eso suelen ser guantes interiormente forrados de pieles de conejo o de borrego.

En las mujeres el traje regional o local es muy variado y vistoso, aunque tal vez, como ocurre con todos los trajes regionales de la Península, nada cómodos y demasiado recargados así de prenda y de preseas, como de perifollos y colorines. Una fiesta o solemnidad, una romería, una boda, siempre es una orgía de luces y colores. Las muchachas resplandecen en sus joyas y sus vestidos y en sus rostros sofocados, pero sofocados, no sólo por las danzas, los bailes, los juegos y las risas, sino también por el peso abrumador de sus joyas y sus prendas de vestir.

La muchacha típicamente ataviada va ancha, acampanada de enaguas, pañuelos y refajos, justillos y zagalejos, prisionera de su tradición indumentaria. Los pendientes de oro, las pulseras, las gargantillas (que por recordar al sol radiante cuando sale se denomina con el bello nombre de *rosicler),* todo ello con pañuelos de "mil colores", y los refajos de su vestimenta, hacen de la mujer extremeña, así vestida, un idolillo oriental, un dios Siva con menos brazos.

INFLUENCIAS OBSERVABLES EN EL VESTIDO

Ya en otra parte de estas páginas señalé algunos rasgos hebreos entre otros. Ahora vamos a ver que también en lo indumentario extremeño existen diversas influencias que pueden rastrearse.

Por de pronto, esa vistosidad y ese abigarramiento de colores en el vestido tradicional femenino parece oriundo de lo astur-leonés. Al menos ya es estensible en Salamanca, en el famoso traje charro, que influye visibdemente en los vestidos de mujer sobre todo en Montehermoso. Ese vestido ha sido detalladamente descrito por el Conde de Canilleros. Pero ese abigarramiento de colores y dibujos, así como en gargantillas,

pendientes y collares, se hace también patente en el vestir de fiesta de las mujeres de la Vera y Guadalupe, de Arroyo de la Luz, Ceclavín y Torrejoncillo, en las de Villanueva y Zarza de Alange y Don Benito, etc. etc. Otro tanto, quizás, pueda decirse de la capa de paño del viejo y de sus calzas en los varones. En cambio, hay detalles que denuncian modelos e influjos moriscos y judíos, dada la prolongada convivencia de unos y otros con los extremeños, sobre todo a partir de Cáceres, capital hacia abajo. Usan las mujeres de esa zona un pañuelo negro anudado sobre la frente, recordando el epírrino o colgante frontal de las orientales. Pues bien, a eses rasgo indumentario llaman, en algunos pueblos de Extremadura,"llevar el pañuelo a lo moro". También es frecuente que las extremeñas, recordando a las mujeres de Tarifa (y por lo tanto tendencia a ocultar el rostro tan característico de la árabe y la marroquí) anden por la calle, sobre todo en invierno, con las sayas vueltas, encaperuzando la cabeza y dejando apenas una rendija para el rostro. Por otra parte, aunque las ondas ultrarápidas de modas casi histéricas han aventado muchas modas y estilos tradicionales, usan también las mujeres extremeñas para los duelos, para los lutos, para las visitas a la iglesia, una toca llamada "mantilla", que no es de encaje o gasa, sino cuadrada, de pana, terciopelo o felpa negros. Esta prenda, enmarcando rostros de mujeres tristes, patéticas, quejumbrosas (como es por lo general la extremeña), les da una cierta apariencia nazarena, entre "dolorosas" y "samaritanas", lo que confirma, por otro conducto, el matiz hebreo de muchos extremeños.

FRUGALIDAD DEL EXTREMEÑO

Ya vimos que mientras el traje femenino regional de fiestas suele ser rico, vistoso y recargado de adornos, joyas y ringorrangos, el traje varonil no suele ser demasiado vistoso. Ya dije también, entonces, que el buen labrador, el ganadero, el artesano, teme mucho ser tildado de "señoritingo" y "afeminado". De ahí la sobriedad, la sencilla indumentaria masculina

del extremeño, que le hace llegar a ciertas manifestaciones de haraganería y desatención para el atavío.

Y la misma sobriedad en la alimentación. En vez del sensualismo gozoso y ávido del hombre del norte español, o el golosismo del andaluz, en el extremeño el yantar es casi un rito. Un cuenco de sopas y gazpacho, unas tajadas si la situación lo permite y el pedazo de queso sobre el pan (comiendo a talla de navaja, como un escultor, como un artista del arte de partir el pan).

LA COCINA EXTREMEÑA

La cocina extremeña es parca, pero fuerte y excitante, y tiene platos exquisitos, a base, como es de esperar, de ingredientes propios de una región labradora y ganadera. Por eso la cocina específica de Extremadura tiene, casi como obligado, el componente de la carne (cordero, vaca, y sobre todo cerdo); el tocino y los embutidos, que son alimento diario del extremeño, aunque se trate de hombre de escasos ingresos. El cocido extremeño se distingue del madrileño, por ejemplo, por su abundancia en cerdo y pimentón, y la ausencia de gallina y azafrán. El plato más humilde y ordinario es la sopa, pero las sopas extremeñas tienen una sorprendente y excepcional variedad. Hay sopas de ajo, de puerros, de patatas, de pimientos, de hígado de cerdo, de cilantro, de "repápalos" (pasta de huevos, harina y perejil), de habas y otras variedades.

Son platos tradicionales: el "raboteo", rabos asados de corderos tiernos, y las "migas", con o sin torreznos y con o sin chorizo. Ambos platos dan lugar a fiestas de invitados y son típicos en casi toda Extremadura por ser casi toda ella abundante en ganado ovino y en olivares. La invitación a las "migas" suele celebrarse en las mismas almazaras, al llegar el turno de la cosecha de cada uno.

El plato más genuino en las casas labradoras fuertes es el "frite", que más al Sur se llama "caldereta", y que es un guiso de patatas rehogadas con cabrito o cordero y pimiento seco

en hoja. Son también platos regionales: la chanfaina o guiso de menudillos, las coles en "buche" o morcón, es decir el estómago del cerdo conteniendo huesos ya repelados o a medio repelar en la matanza. Se comprende una industria muy representativa de Extremadura sea la industria chacinera, cuya máxima expresión es el soberbio Matadero de Mérida, pero cuya explotación se halla muy extendida en toda la región. Los jamones de Montánchez (que Carlos V comía al menos dos veces al día mostrando su gusto por ellos), dieron lugar a que un viajero yanqui, Ricardo Ford, denominara Extremadura "jamonópolis de España". Y el Conde de San Simón, aludiendo a los embutidos y jamones de Montánchez, decía entusiasmado y como si la boca se le hiciera agua: "ont un parfum si admirable, un goût si relevé et si vivifiant, qu'on en sourpris; il est imposible de rien manger si exquis". Dice el Maestro Correas: "Entre Cuacos y Jarandilla viste también longaniza", quiere decir, que es fuerte y puede ser asada.

J. A. Zunzunegui, el insigne novelista español, me ha descubierto la importancia e influencia de la cocina extremeña en la francesa. En su ensayo *Es hora de comer,* dice: "El general Junot, al iniciarse la campaña de Portugal, saqueó la biblioteca del convento de Alcántara, y entre sus manuscritos, un capitán encontró el recetario de cocina donde, desde hacía siglos, los frailucos cocineros encargados de alimentar a la comunidad iban escribiendo las recetas de los guisos, inventadas por ellos o recogidas en la comarca. El recetario fué a parar a manos del general, que se lo envió a su mujer, quien después de la campaña y en premio a ella, sería duquesa de Abrantes. Dió a conocer tal joya en los salones y cocinas de París, y en sus famosas memorias da algunas recetas. Escoffier, el primer tratadista culinario de Francia, en su libro *Le guide culinaire,* escribe que este recetario "fué el mejor trofeo, la única cosa ventajosa que logró Francia en aquella guerra".

Post-Thebussem cuenta que allí, en el delicioso recetario de los frailucos de Alcántara, estaba con el nombre de "consumado" o "consumo", el "consomé" (nuestras humildes sopas han dado prosceridad y alcurnia a la cocina francesa, ¿no

es esto deslumbrante?), que es uno de los fundamentos de la cocina francesa, y Escoffier, en su famosísima guía culinaria, recoge noblemente, entre otras recetas: "Perdreau á la mode d'Alcántara", " Becasse á la mode d'Alcántara", y "faisán á la mode d'Alcántara". Y Zunzunegui, por su cuenta, dice más adelante: "Se puede comer la caza adobada con las mejores fórmulas de los recetarios de Alcántara, de Guadalupe y de Yuste, pues no hay que olvidar que la truja o criadilla de tierra, que se ha incorporado a la cocina francesa, se usaba para condimentar el faisán y la perdiz en Extremadura mucho antes que en Francia".

Son también platos extremeños: el mojo o moje ("mojete" en La Mancha) de patatas, de tencas, de carpas o pardillas y los callos, los caracoles y el gazpacho, todo fuerte, ácido y cargado de especias. Hay el gazpacho de verano, con tomate, pepino, pimientos verdes, cebollas y ajo machacado o sin él, lleva también el poleo y otras hierbas aromáticas y digestivas. Vera Camacho ha descrito así el "ajo blanco": "Sobre la cazuela de palo el "machote" (del almirez), haciendo el ajo blanco que en las ciudades llaman "ali-oli", queriendo latinizar. Pero "ali-oli" no es el gazpacho de invierno ni de verano, pues no lleva pan migado.

También hay en la cocina extremeña los productos de horno, como en toda España: Recuerdo ahora los hornazos de Trujillo, los alfajores de Casar de Cáceres, las "tortas de la luz" de Arroyo, y bolluelas, almendrados, coquillos, perrunillas, etcétera, etcétera.

VINOS Y CONSUMIDORES

Extremadura es tierra de vinos muy varios y deliciosos. Basta recordar los de Cañamero, Montánchez, Alcuéscar, Guareña, Almendralejo, Alburquerque, Villafranca, Villanueva, Brozas, Arroyo de la Luz, Hoyos, Cilleros, Ceclavín (cuya etimología sigo creyendo que es "Cella vini", bodega de vino). Los vinos de Ceclavín y Jarandilla gustaban mucho a Carlos V,

Y Canilleros recuerda que en aquel tiempo el vino de Brozas estaba de moda en toda Europa, y se apoya en Lucio Marineo Sículo, y en el libro de José Viu *Colección de inscripciones y antigüedades de Extremadura,* editado en Cáceres en 1846, Por su parte el Maestro Correas nos da estos refranes populares: "El tinto, de Cuacos; de Jarandilla, el blanco; de Pasarón, el clarete; de Jaraíz, de toda suerte". Y también este: "Soñaba yo —que tenía— una viña en Pasarón". Sin embargo está poco industrializado el vino en Extremadura, salvo en Montánchez, Alcuéscar, Almendralejo y Alburquerque. Un poco menos el de Cañamero y el de Guareña. Los aguardientes han descendido mucho en su producción, aunque los tuvo riquísimos en viejos tiempos. Recordemos que Cazalla de la Sierra fue extremeña. Los aceites en cambio han ganado calidad y producción en Gata, Perales del Puerto, Trujillo, Zarza la Mayor, Ceclavín, Oliva de la Frontera, Villanueva, Don Benito, Fregenal, Jerez de los Caballeros, etc., etc.

¿Es el extremeño bebedor de alcohol? Si entendemos por "bebedor" el que habitual y casi metódicamente en la comida y aun fuera de horas ingiere una reducida cantidad de bebida alcohólica, pocos hombres en España escaparán a la calificación de bebedores. Y el extremeño es tan bebedor como cualquiera otro de cualquier parte. Pero el concepto de bebedor hay que matizarlo mucho, pues hay hasta bebedores a quienes no les gusta lo que beben, pero por mimetismo del medio social en que se hallan o por secuacidad dócil y casi mecánica de la moda, beben wisky, cerveza o lo que aquellas circunstancias le exijan para ser hombres al día y distinguidos, sin caer en la cuenta que la imitación y el gregarismo es precisamente lo que no distingue a nadie.

Entre los bebedores complacidos en lo que beben, los hay bebedores de vino, de cerveza, de cazalla, de coñac o de wisky, a quienes el hábito y el gusto orientan en un camino casi único. Pero cualquiera que sea la bebida preferida, hay bebedores *públicos,* de bar y taberna, de guateque y fiestas colectivas, y bebedores *privados,* que sólo beben en su casa, a diario y en proporciones variables, pudiendo llegar hasta la em-

briaguez frecuente. Y entre los bebedores públicos, de taberna y bar, los hay que sólo beben bien en esos establecimientos, complacidos en su ambiente, en la tertulia, el palabreo y aún la discusión frecuente, mientras otros son frecuentadores de la taberna y el bar, pero solitarios, rehuyendo la tertulia y el encuentro de otros, y pasando como transfugas de uno a otro establecimiento de bebida. Un tipo intermedio de bebedores, entre el tertuliano y el solitario, es el bebedor de pequeño grupo (dos, tres o cuatro amigos, siempre los mismos), que satisfacen su gusto en un repasar de rosario sus tabernas, siempre las mismas.

Hay además diversos estilos de bebedores, según la región geográfica española. El catalán (y el valenciano) no suelen frecuentar bares ni tabernas, salvo que ésta sea cara y el visitante quiera así distinguirse. Porque hemos de reparar también en que, hoy, el bebedor de alta clase social es frecuente visitante de establecimientos refinados de bebidas que se llaman "tabernas", "tascas", "bodegones", etc., que les atraen precisamente porque, con su nombre o título, enuncian equívocamente un falso plebeyismo nominal o un presunto centro de refinamiento y vicio. En cambio, las tabernas y bodegones clásicos de Madrid, Sevilla, La Coruña, Bilbao, abandonan su antiguo título, para elevarse al de bar o cafetería, porque el hombre de baja clase, media y el productor manual buscan estos establecimientos así denominados para dar satiefacción a su nuevo nivel económico de vida. Y de este modo, se produce este fenómeno social de nuestro tiempo: que el rico, el turista, el señorito o el que aspira a serlo o parecerlo, frecuenta la taberna, la tasca, el "tablao", el bodegón (o lo que así suele denominarse hoy), mientras el hombre medio y el productor obrero, rehuye la taberna clásica y busca el bar o la cafetería. También el hombre de negocios busca para los suyos la taberna, la tasca, el bodegón y el "tablao" o la sala de fiestas. Y por eso, decíamos líneas más arriba, que el catalán y el valenciano, que no suelen ser muy bebedores de alcohol, no suelen visitar bares ni tabernas salvo que esta sea de las caras y refinadas. Si realmente son bebedores, dan cauce a su pasión en su pro-

pia casa y casi en secreto. No es infrecuente observar en domicilios privados de catalanes, sobre todo, "bares" completísimos y abundantes en toda clase de bebidas alojados en aparatos de radio o en armarios especiales. No escasea el catalán que bebe habitual y diariamente, y aún se embriaga con frecuencia, pero en su propia casa, con o sin compañía. El vasco, en cambio, no suele ser buen bebedor en su propia casa, y busca, no la tertulia reducida y minoritaria, sino la compañía tumultuosa y el jolgorio estrepitoso para cantar y beber en común, embriagándose, acaso, más con cantares que con la bebida y la comida, ambas abundantes, pues el hombre norteño de España no concibe el bien beber sin comer mejor.

Y en esto se diferencia del hombre del Sur, del andaluz, pero no sólo se diferencia en esto. En el Norte se usa para beber el porrón o el vaso grande (como en Aragón) a pesar de que en Vascongadas suelen llamar "chiquito" a las unidades más usuales de bebidas. Al comer y al beber se nota la cantidad. En el Sur, se busca la calidad del vino que se *paladea* y no sólo se *traga;* se usa el sorbito y no los grandes tragos. En Andalucía se usa el "chato", la "cañita" y el catavino (que además no se llenan ni se apuran). Y en vez del porrón de a litro, la media botella. Y mientras bebe, el andaluz *pica* y no *come* o come poco. "Los flamencos no comen" es frase proverbial en Andalucía. Pero, además, aunque el andaluz beba mucho, ni ni suele ser a solas, en su casa, como en secreto, ni en el bar, en muchedumbre, entre gritos y canciones como el vasco, el santanderino o el gallego, sino en el "colmao", en el reservado, en grupo pequeño, casi íntimo, de amigos, con intimidad recatada y rinconera, en que hasta la juerga tiene silencios calculados, palabras medidas y sentenciosas y solemnidad de rito, todo con aire y acento de capilla, "sacristía" (denominación muy usada por los bebedores) o catacumba. Allí se bebe con gravedad casi litúrgica, sobre todo si hay cante. El extremeño del Sur también gusta y se recrea en este estilo de reuniones para beber, en grupos minoritarios, entre paladeos lentos, y acaso también con cante, pero en voz más bien baja, y a ser posible en habitaciones apartadas o reservadas. Pero no busca

tan intensa y frecuentemente como el andaluz, esa comunión ritual y orgiástica, porque halla, si es labrador sobre todo, profunda satisfacción en la comunión con la tierra y sus ritmos y latidos. Por eso, el extremeño, ni busca la embriaguez tumultuaria como el vasco, ni la embriaguez solitaria para escapar a los problemas o terminar con las tensiones angustiosas. Tampoco da al beber el estilo metafísico y casi litúrgico, ni halla en el beber la motivación lírica, como el andaluz. En la región más norteña de Extremadura se tiende más a beber en común, en medio de bailes, gritos y bullanga, en grupos no minoritarios. No se canta al son de una guitarra solitaria, como en Andalucía y en el Sur extremeño, sino que se canta a coro, como en el Norte español, con rondas, orquestinas, tamboriles y dulzainas, o se baila al ritmo de bandurrias y acordeones. En el Norte extremeño se bebe ruidosamente y en multitud; en el Sur de Extremadura, en grupos más reducidos y sin estrépitos ni estridores, buscando ya la compañía y la conversasión sabrosa y algo sentenciosa, o el cante "por lo bajini". En Cáceres, en Mérida, en Badajoz, en toda Extremadura, se bebe abundantemente, pero buscando entonarse sin llegar a la orgía dionisiaca, y sin llegar a la gravedad casi litúrgica. De Cáceres capital, para abajo, abundan, aún en los pueblos, las tabernitas íntimas, como reservados, donde se reúnen con frecuencia los "ilustres" o "distinguidos" del pueblo, donde se paladea (y no sólo se *traga*) el vino comarcal, fino, oloroso, de gran sabor, buscando al beber la calidad y no la cantidad con mesura y contención y no buscando la embriaguez como "estado de gracia" y liberación. Sólo se busca "entonarse "hasta alcanzar la agilidad mental y la ingeniosidad pronta y grata, todo con un equilibrio interior e iluminado.

Es que si como venimos haciendo, tomamos al labrador ganadero como arquetipo representativo de lo extremeño, advertiremos que éste no suele ser gran bebedor, en cantidad cotidiana, ni a solas ni en el bullicio de las compañías en la taberna. Todo esto, claro es, tomado en general y sin particularizar en ejemplos personales. Y de todas las bebidas, la preferida por el labrador y ganadero es el vino. Parece como si

hallara en él el símbolo de la generosa sangre de la tierra, del mismo modo que el aceite le parece su savia. Por eso cata el vino con gravedad reverencial, sin llegar a desarrollar esa complicada liturgia de gestos del andaluz, pero sin entregarse a la contorsiva zarabanda orgaística del hombre del Norte español. Bebiendo vino de su comarca (como si su patriotismo se le alojara en el paladar) tiene el casi inefable sentimiento de comulgar sangre de su tierra, la que ésta le ofrenda gratitud y gesto amoroso y femenino. Hay que observar muy de cerca a esos extremeños que tienen vino de su cosecha, y notar como lo catan y paladean con un placer casto y hondo, sin avidez, sin vicio y sin refinamientos. Parece que besan caricialmente su vino.

HABLA EXTREMEÑA

El extremeño habla poco y lento, sin excesiva sentenciosidad. No es charlatán ni se complace en escuchar a los charlatanes, aunque no deja de admirar los buenos oradores de la política, a los viajantes técnicos y redichos, a los oradores forenses y a los del púlpito, pero siempre con una última y resguardada ironía cazurra para los que hablan tanto. El charlatán de plazuela le hiere aunque termine comprando sus productos, lo cual no es muy frecuente. Oí decir a un charlatán famoso de las ferias y fiestas de España, León Salvador, hombre ingenioso de palabrería torrencial y buen comerciante, que no iba mucho por Extremadura porque el extremeño, más que escuchar, se "reía p'adentro" de lo que escuchaba, y al final no compraba nunca. Un extremeño ilustre, Fray Juan de los Angeles, dice una vez: "En ninguna parte me persuadiré que es persona espiritual la que es notada de parlera". Gabriel y Galán dice en un conocido poema:

> Tú, silencio elocuente,
> que en el del campo bienhechor asilo
> hablar grave y severo
> sabes maestro del pensar prudente,
> padre fecundo del amor tranquilo
> fiel confidente del sentir austero

El hombre de campo extremeño, tiene silencios espesos y duros de matorral. Habla poco y gusta del silencio. Y no habla por la boca del deseo o de la ilusión vehemente, como hacen los históricos y las muchedumbres que sólo se expresan con gritos, y gritos que son, no ideas o conceptos, sino estallidos de deseos. La multitud en vez de manifestar una idea o un juicio, grita "viva" o "muera", que es un deseo enérgico. Ni siquiera "quiere" concretamente algo, previamente razonado; simplemente lo desea sin concreción y lo manifiesta desatándole como un viento o emanándolo como una gana. Así se descargan las muchedumbres y los histéricos. Y para ello se desaforan en gritos, gesticulaciones y "tempestades de movimientos". El extremeño no ama el grito ni el gesto excesivo, ni pone deseos donde debe poner palabras y conceptos. De ahí su parquedad expresiva. Tan sobrio y frugal como en la comida, la bebida y el vestido, lo es en la expresión y la palabra. La totalidad del vocabulario que usa es muy limitado de vocablos, y no pocos de ellos, por ser repetidos en la trasmisión, tienen un sabor muy arcaico, aunque se conserven ya muy deformados.

Repito: Hay en el extremeño sobriedad en el gesto, en la palabra, en la alimentación, en el vestido y hasta en los sentimientos. El aspaviento, el barroquismo gesticular es poco extremeño. Frente a los seismos aparatosos de gestos del andaluz, el extremeño es, en general, grave, lento y contenido de ademanes. La misma sobriedad hay en su habla madura, serena, también lenta, trabajada y rica de expresiones propias tradicionales. Asistid a una conversación de umbral en una noche de verano, o en el corro de una era, o en la antecena de una noche inverniza y escucharéis un habla sosegada, grave, ancha de sentidos y parca de vocablos, pero estos tan vivos y entrañados de carga humana, que echaréis de ver, enseguida, la profundidad humana de que viene electrizada.

La prosodia es un poco seca, pero melódica y con acentos musicales muy candenciosos. Carlos Callejo ha hecho observar que "cuando habla con vivacidad es muy peculiar arrastrar la última sílaba con una entonación cantarina y a veces, sor-

prende escuchar, sobre todo en los niños, ecos de un deje que parece mejicano, lo que resulta muy expresivo". Sí. Es muy expresivo, porque nos hace caer en la cuenta de la honda penetración de la prosodia extremeña en el habla americana. En Perú se habla un español muy tradicional y sonoro, pero con inflexiones típicamente extremeñas. En Uruguay y en Chile la pronunciación de la "elle" como "ye" es casi explosiva, como sólo se oye en Extremadura y parte da la Mancha. El "seseo" chileno es el mismo del Sur de Extremadura y de Córdoba y Sevilla. El "seseo" argentino es más internacional. Pero en todos, la cadencia musical es extremeña. La misma dulzura galaico-portuguesa se nota en el habla de Extremadura, sobre todo naturalmente en las regiones fronterizas con Portugal. Es dulzura que nos recrea porque nos parece una fase infantil del habla española. Ya Unamuno, dijo: "En el encanto que el idioma portugués nos produce, entra por parte el que creemos oír los frescos balbuceos infantiles del nuestro propio. Hay en él algo juvenil; nos produce un efecto parecido al del habla de nuestros primitivos: Berceo, el Arcipreste de Hita, don Juan Manuel..." Sí. En mi pueblo natal aún se dice "la mi casa", "el mi perro". Y todavía las mujeres preguntan al chiquillo desconocido: "¿cuyo eres, dueño?" El número de arcaismos es enorme y ensambla muy bien con la musicalidad con que se pronuncian.

Vera Camacho dice también en una ocasión: "Y en los chozos (de pastores extremeños) se habla un castellano rancio con deje bable, galaico y montañés. Porque aquí se dieron cita, por ser tierra de promisión económica, los pastores del Norte y Centro de España". Esto da a las variantes dialectables extremeñas, una cadencia, un ritmo y un tono cantarino que recuerda el habla infantil, un habla cadenciosa y bella. Exagero quizás, pero siempre me ha parecido que el hecho de que la gran santa de Mérida se llamara "Eu-lalia", es decir, la bien hablada, es expresión de un profundo simbolismo extremeño.

Ortega Munilla en el prólogo al *Miajón de los Castúos*, de Chamizo, nota "estar escrito en el decir un tanto bárbaro

y fiero de la gente de Extremadura". Y halla en ese habla "dos modalidades diversas: la energía y la delicadeza. Para dar fuerza a la palabra sustituyen unas consonantes por otras. Para darle suavidad mimosa y tierna del mismo modo. Y así el vocabulario se enriquece, adquiere matices inesperados y produce la impresión que importaba". Y también dice: "las poesías de Chamizo, las palabras que él saca de la conversación del pueblo, el sentir de éste, expresado a maravilla en su tosquedad ruda, nos explica aquellos casos de Hernán Cortés y de los Pizarro, así como de otros que les acompañaron y siguieron en las epopeyas inmortales". Chamizo —dice también Ortega Munilla— "tiene el secreto de la expresión brava. Tiene también el secreto de la expresión tierna". Y en fin: "Esos diminutos de ternura que florecen en el hablar extremeño son la fórmula que el contraste pedía con la rudeza violentísima de los otros vocablos".

Sí. El extremeño tiene una prosodia a la vez áspera y suave, para expresar así sentimientos violentos y ternuras delicadas. Su habla es dura, seca, de escaso sibileos cuando se trata de "eses" finales, pero en cambio, suavizando las "ch", como en Andalucía, hasta aproximarse a la pronunciación francesa. De otra parte, la conversión de la"ll" en "ye" explosiva, vuelve a cargar el habla de aspereza y reciedumbre. Pero hay variación de una a otra región extremeña. No es la misma habla la del Norte que en el Sur de Extremadura. Hay que distinguir en el habla extremeña las siguientes aportaciones o influencias: la astur-leonesa, evidente en el habla de la región de Las Hurdes y en el Norte de la provincia de Cáceres; la portuguesa, que se advierte sobre todo, y como es lógico, en las zonas y poblaciones fronterizas con Portugal, lo que viene a ser un reinjerto indirecto y lateral de lo galaico, que, a su vez, originó el portugués; la castellana moderna, de Avila y Salamanca, en que apenas se percibe ya el leonés arcaico, y que se nota mucho en ciertas zonas de la Vera, y la andaluza, patente en el Sur extremeño, no solamente en el

Sur de Badajoz, sino también en el Norte de esa provincia y aún en el Sur de Cáceres.

El mejor estudio que hoy tenemos sobre el habla en las Hurdes o Jurdes, se debe a un extremeño, Juan José Velo Nieto, y se ha publicado en la REVISTA DE ESTUDIOS EXTREMEÑOS en 1956. Apoyándose en los tres subdialectos que tienen "bastante semejanza" con el de las Hurdes, "el dialecto vulgar salmantino" (estudiado por Lamano), el "de Mérida" (por Z. Vicente) y el "Cespedosa" (por Sánchez Sevilla), y siguiendo propias experiencias del habla de las Hurdes, con investigaciones personales suyas, Velo Nieto hace un detenidísimo estudio del habla en las Hurdes, descubriendo en ella, todavía "incrustaciones del dialecto leonés", que poco a poco se han ido perdiendo, de modo que en la actualidad ha quedado reducido a un castellano vulgar (casi la totalidad de los vulgarismos que cita Lapesa en su *Historia de la Lengua* se producen en las Hurdes) con bastantes arcaismos y algún vestigio del antiguo dialecto. La entonación tiene modalidades caracteticas y "cualquier observador superficial de la misma se percata fácilmente de su matiz tenuemente cantarino, así como de la discontinuidad de su estructura tonal, tendente a las alteraciones melódicas y a la terminación del grupo fónico en articulación descente y apagada" .

Y Juan José Velo Nieto, después de aportar las varias etimologías que se han dado de la voz misma "urde" (que unos vinculan al vasco "urde", cerdo; otros al árabe "horda", algunos, entre ellos la Real Academia, al alemán "hürde", cercado; mientras Corominas deriva "zahurda", del portugués "chafurda", cenegal; y no falta quien lo enlace con el gitanismo "jurdi", piedra), acomete detalladamente el estudio de voces, modismos, locuciones, tratamientos, etc., con un buen análisis de vocalizaciones, diptongaciones, consonantes, grupos intervocálicos y fonética sintáctica. Repito que es el estudio más completo hasta hoy, con un vocabulario extenso y bien contrastado, donde aparecen voces como "achiperre", "aína", "polío", "posío", "breña", "comuelgo" (de "cogüelmo"), "fusca", etc., etc.

El profesor Rodríguez Perera, a la vez buen poeta y buen latinista, en su *Aportación al Vocabulario,* nos da un extensa relación de voces extremeñas que unas veces son deformaciones vulgares, degeneraciones del idioma y otras, con su arcaismo ya desusado o su novedad, vienen a enriquecerlo. Por de pronto, nota, como era de esperar, el influjo romano: "Desde el siglo III antes de Cristo, se mantuvieron los habitantes de la península hispana en oposición y a la vez en contacto con la lengua viva latina. De ahí que se adoptaran en nuestro país numerosos términos arcaicos...". Observa también Rodríguez Perera, nacido en un pueblo fronterizo de Badajoz, los muchos vocablos comunes de Extremadura y Portugal, cosa no menos evidente. Por cierto que al buscar la raíz común del vocablo portugués "polme" con el extremeño "puelme", pasta, remite ambos al sustantivo griego "paípale", flor de harina, lo que me hace sospechar que de ahí ha derivado la voz "repápalo", panecillo redondo o torta de harina, que se usa en Andalucía, pero también, con ese mismo nombre, en mi pueblo de natío en Arroyo de la Luz, en unas sopas llamadas "de repápalos". En el vocabulario, aduce Perera, hay vocablos que, como indiqué, son meras deformaciones fonéticas o semánticas, pero también las hay como supervivencias arcaicas que suponen hoy una léxica novedad. Así "posío" o "pusío" alude al terreno de siembra que no está en barbecho ni sementera, sino que se ha dejado temporalmente para pasto. Pero hay términos como "polido", "pulido" o "pulío" cuya ascendencia castiza es bien conocida, pero que en extremeño de Badajoz —y Rodríguez Perera lo anota en su *Vocabulario*— se dice "una mula pulía", es decir vieja y estropeada. Creo que es un gitanismo que alude al animal que hubo que maquillar y arreglar precisamente por viejo.

Además del influjo leonés, del castellano nuevo, del portugués, hay muchos arabismos en el extremeño, debido a la convivencia con los moriscos. Pero aparte la fonética de influencia andaluza, en Badajoz sobre todo, hay más influencia del habla lenta. Por eso el dialecto que usan los dos grandes

poetas extremeños, Gabriel y Galán y Chamizo, aún teniendo giros y vocablos comunes no son iguales en la prosodia ni en la semántica. Zamora Vicente, que ha hecho un estudio monográfico sobre el habla en Mérida, ha estudiado también el lenguaje usado por Chamizo en sus poemas, doliéndose sin arrepentirse del todo, de haber calificado alguna vez ese lenguaje en esos poemas de "barbarie lingüística" y "sacrificio del dialecto a la rusticidad". Ahora reconoce esto: "Es necesario cambiar la perspectiva. El ángulo de mira para estos poetas no puede ser otro que el suyo propio. Vistos así, se nos ofrecen en verdad y en hondura". La actitud de Chamizo como de Gabriel y Galán, es la inversa de Antonio Casero o Carlos Arniches, pues estos ofrecen un lenguaje semiinventado que el pueblo madrileño imita y recoge, mientras los poetas extremeños recogen el habla como es, del pueblo, sin preocuparse demasiado de su corrección académica. No es un tributo a la "barbarie lingüística" y a la "ructicidad", sino a la tradición viva. Zamora Vicente acepta la filiación propuesta por Segura Otaño: el influjo decisivo del leonés oriental, pero afirma lo que "el extremeño actual tiene de habla de tránsito, de lugar de entrecruce de corrientes, sin ya decidido valor dialectal histórico". Pero "por otro lado, muchos de los rasgos de la lengua de Chamizo pueden documentarse en tierras muy apartadas de su pegujal lingüístico. Sobre ese rincón de Guareña, vieja frontera, hay una capa honda de leonesismo, y otra —y otras muchísimas otras— de castellano superpuesto. De todas ellas se ven equí y allá huellas estratificadas con mayor o menor marchamo de arcaismo".

Pero Segura Otaño, además de haber estudiado la poesía y la lengua poética de Chamizo, ha estudiado también la de Gabriel y Galán, en sus poesías tituladas "Extremeñas", dejando a un lado las "Castellanas". También ahí, y con más evidencia, reconoce el influjo casi decisivo del astur-leonés oriental, justificando la fonética de la "e" convertida en "i", y de la "o" en "u". Pero no deja de advertir también la aspiración de la "h", la suavización de la "j" y la casi supresión

de la "s" final, que es influjo más bien andaluz. Resume así las características dialectales de las "Extremeñas":

1.° Aspiración de la "h", la "j" y la "s" finales de palabra.

2.° Cierre de la "e" en "i" y de la "o" en "u" finales.

3.° Abundantes arcaismos de mucha raigambre en la región donde se escribieron.

4.° En la aspiración de la "h", "j", "s", se parece este dialecto al andaluz, y varias comarcas al dialecto leonés y resto de Extremadura.

5.° Vulgarismos propios del lenguaje campesino y rústico.

6.° El cierre "e", "i", "o", "u", es un rasgo típico del leonés.

Añade que los vulgarismos y arcaismos se encuentran con frecuencia en todas las hablas rurales, y señala por último la característica de los diminutivos en "ino".

EL DIMINUTIVO EXTREMEÑO

El diminutivo extremeño es, en efecto, una de las más expresivas supervivencias del influjo leonés en el habla extremeña. Amado Alonso entre sus *Estudios lingüísticos* incluye uno sobre "Noción, emoción, acción y fantasía de los diminutivos", en el que empieza afirmando: "La vieja idea de que de la significación empequeñecedora se ha derivado de la afectiva —ya que los objetos chicos despiertan en nosotros por veces, sentimientos de protección y ternura o de desconsideración y menosprecio— va siendo rechazada cada vez con más seguridad." En el segundo caso, más que formas diminutivas son despectivas o menosrespectivas; toda una gradación afectiva o estimativa se da en las diversas formas de los diminutivos castellanos. Y si es verdad que, como dice Conrad (citado por Amado Alonso), "el diminutivo nada tiene que ver con lo grande o pequeño", aplicado a las cosas extensas, hay que reconocer que sí supone un aumento intensivo en la afectividad o en la ternura, y en el diminutivo expresa una relación funcional inversa entre el tamaño de lo extenso y la carga

afectiva del diminutivo. Las cosas pequeñas nos inspiran más ternura o compasión afectiva, sólo cuando su desproporción con el tamaño normal de su tipo específico nos despierta sentimiento de gracia o ternura: por ejemplo, el elefante pequeño, pero no la pulga, a no ser que la pulga la imaginemos con intencionalidad de persona, es decir, que la humanicemos, porque el diminutivo busca expresar lo gracioso, y la gracia surge siempre de una relación con lo humano, y hay dos formas generales de gracia (aparte la teológica): la gracia despectiva como la del hombre muy solemne que en el momento de más solemnidad da un traspiés, y la gracia compasiva o de ternura (el torpe movimiento del animal que parece imitar al hombre) como la que nos produce el niño. Hasta cuando decimos "callandito" o "cerquita" que no aluden a cosas extensas, damos a entender que expresamos algo amable al disminuir el volumen sonoro del vocablo, pues con el diminutivo no disminuimos la cantidad material de letras, que más bien es aumentada, sino que disminuimos su sonoridad y con ello expresamos nuestro tono emocional de amabilidad y ternura. La actitud amable, tierna o cariñosa pide el diminutivo, y cuando el camarero en el restaurante o en el bar nos dice: "¿Cocidito madrileño?" o "¿Un cafetito y una copita?", no alude sin duda al tamaño, sino al impulso de significar las cosas como agradables y de hacer amable el tono y la actitud del que sirve. En todas las locuciones denotativas de una actitud de amor, amabilidad, ternura, compasión, etcétera, tendemos a expresarnos en diminutivos, en los cuales no se disminuye el tamaño real de las cosas, para desatar la ternura o el amor, sino que mostramos la intensidad del amor o el afecto, rebajando no la cosa, sino el tono con que nos dirigimos a ellas.

La cosa, sólo por pequeña, puede merecer el desprecio y no el amor, y en este caso, el diminutivo no es más que verbal o vocabular, mediante un sufijo. Lo que puede parecer paradójico es que para denotar la intensidad afectiva de nuestro ánimo, tendemos a disminuir verbalmente el tono y el acento y hasta el volumen de la cosa, por medio de la palabra que

le designa, con un sufijo, que no es igual en todos los idiomas, ni siquiera en los dialectos regionales de España. Cuando los amantes desean estar "juntitos", o "cerquita" uno de otro, quieren ver disminuido el espacio en que se hallan y hasta su propio tamaño corporal. Estando "solitos" disminuye el tono del significado vocabular para denotar el aumento de su deseo y su carga afectivos. Cuando decimos "ahorita" y "ahora mismito", indicamos disminución de tiempo, significando aumento de la voluntad de servicio a otro. Los diminutivos son expresiones del amor. Y no creo que sea el diminutivo más corriente en el medio rural que en el urbano (recuérdese lp dicho sobre el "cafetito", la "cañita de cerveza", etcétera, etcétera); es cuestión de manifestaciones afectivas y no de medio geográfico, sea o no fingida la expresión afectiva, que quizás sea más sincera en el medio rural. Y se dan los diminutivos en todas las lenguas, bien en forma sintética de sufijos (que es lo más frecuente) o bien en forma analítica, como el uso del "petit" francés. Pero en este caso notamos que "petit" dice pequeño. Es más diminutivo Pierrot que "petit pierre". Parece que hay más diminutivo en lenguas de pueblos matriarcales, o de influencia feminal, que en otras de pueblos varoniles. El inglés de Estados Unidos tiene más diminutivos que el de Inglaterra. El vasco usa más diminutivos que el catalán o el valenciano, y el asturiano o el gallego más que el aragonés. El diminutivo vasco se forma con el sufijo "no" o "ño" ("aitaño", padrecito; "texoriño", pajarito, etc.), pero hay el morfema "ño" que, sin ser diminutivo, indica aproximación afectiva, como "hasta" o "hacia", lo que indica que la afectividad es independiente del tamaño que parece expresar el diminutivo.

Y no sé yo si se podrá enlazar el diminutivo galaico en "iño", y hasta el leonés en "in" o "ino", con el vasco "ño". Pero sí me parecen esas formas más musicales que el diminutivo catalán-valenciano en "et" y "eta" y más que el aragonés en "ico" (que también se halla en partes de la Mancha y en Murcia) y más que el montañés en "uco", y que el andaluz en "illo" o "iyo". Claro que cada habitante regional

le parece su habla más musical que las otras, y sus diminutivos más cariñosos que los de ninguna otra lengua. Todos los diminutivos son musicales. "Los sufijos (diminutivos) funcionan como la signatura en clave en la música" —dice Spitzer—. Las cadencias y medidas las dan las flexiones y los silencios. Pero no todos los sufijos diminutivos dan la misma musicalidad, ni el mismo tono en la frase. El maestro Correas en su *Arte grande de la lengua castellana,* dice que ésta "tiene gran copia y varias formas de ellos (de diminutivos), y con diferentes modos en el significar. Las más ordinarias son estas: "ito", "ico", "illo", "zillo", "ejo", "ete", "huelo", "ino", "ajo", "arro"... Los en "ito" significan con amor y bien querer. Los en "ico", no con tanta afición. Los en "uelo", con desprecio. Los demás, casi todos con desdén. Los en "ino" disminuyen mucho; y (hay) los que duplican una forma sobre otra, que también en duplicarlas hay mucha libertad". Yo creo, no sólo que es más musical el diminutivo en "iño", "in" o "ino", que cualquiera otro, sino que lo es por significar un "caer" o doblegarse afectivo como signo de humildad o pobreza. Cuando el extremeño dice que va a comprarse unas "botinas" o va a comer unas "sopinas", no dice que las botas sean pequeñas, o que sea mínima la ración de sopas, sino que alude a unas botas de pobre, y a unas sopas humildes, quizás escasas de aceite y de ingredientes. Puede apuntar también la ironía cazurra como cuando dice "un borreguino" o un "curina", pareciendo significar pequeños de tamaño sin que en realidad lo sean. Pero esa misma ironía es la que se trasluce en la humildad del diminutivo extremeño. Y con esa humildad más o menos irónica (sin llegar al diminutivo despectivo en "uelo" o en "uco", pues el desprecio de lo humilde no es precisamente humildad), se expresa también al afecto cariñoso. "Periquino es más cariñoso que "Periquillo" y "chiquino" más que "chiquillo" o "chicuelo". Es más dulce que el asturiano mismo. Y así como el andaluz, cuando dice tu "culpita" dulcifica y sonrosa la frase entera, así cuando el extremeño dice el "gatino" parece hacer sonreír hasta con ternura la idea que luego expresa. En suma: una prueba de

la suavidad y la ternura soterrada en el alma extremeña es el empleo de sus diminutivos en "ino", pronunciados con una musicalidad que parece querer extremar la expresión de su humildad espontánea y su ternura caudalosa y guadiánica. Y cuando se pone a manifestar, por las vías claras de su habla, su rebose afectivo o sentimental, no se contenta con el diminutivo ni con el superlativo aplicado a la desinencia diminutiva, sino que llega —como hace también el andaluz con sus diminutivos— hasta el archi-superlativo. Es ya el requetediminutivo. Y así, el extremeño, ganado por la efusión afectiva o amorosa, no dice sólo "chiquino" o "chiquenino", sino que llega a formar archisuperlativamente el vocablo "chiquirritino" y "requetechiquirritino". Debe ser invención de la feminidad extremeña, pero el varón se ha incorporado también tales sentimientos de lírica ternura, hasta el punto de que para pronunciar tales diminutivos parece que se pone a cantar una nana.

PEDRO CABA

EN VILLANUEVA DE LA SIERRA TUVO SU ORIGEN LA "LA FIESTA DEL ARBOL"

A D. Manuel Brañas Martínez, Ingeniero Jefe de la Brigada del Patrimonio Forestal del Estado en Cáceres, que realiza una magnífica labor en la Alta Extremadura, cabiendo resaltar la que lleva a cabo en Las Hurdes, territorio en progresivo desenvolvimiento.

"El Patronato municipal para la Protección de Animales y Plantas ha acordado en su última reunión iniciar las gestiones pertinentes con las autoridades escolares para instaurar el "Día del Arbol". La iniciativa se debe al nuevo cura párroco de la iglesia de San José, D. Juan Manuel de Abalos." (De *La Vanguardia Española.)*

Villanueva de la Sierra, situada en la parte septentrional de la provincia de Cáceres, entre los partidos judiciales de Coria y Hervás, forma, con otros 17 pueblos más, la comarca de la Sierra de Gata.

De la Sierra de *Agatam* puede decirse lo que de la *Serra de Estrella:* cántala en bella endecha Gil Vicente, el célebre poeta dramático portugués:

"Es la tierra más hermosa
que yo he visto en mi vida.
Enamorada y graciosa
agradable, engrandecida,"

A continuación tratamos las principales características de Villanueva de la Sierra y cuanto se relaciona con la Fiesta del Arbol, que tuvo su origen en la villa cacereña.

Villanueva de la Sierra perteneció al desaparecido partido judicial de Granadilla; fué villa del señorío del Conde de Encinas; se llamó en tiempos pasados Villanueva del Obispo.

"Villanueva de la Sierra —escribía "El Bachiller de Trevejo", cronista de la Sierra de Gata—, aunque judicialmente pertenece a Coria, geográfica y étnicamente forma parte de la Sierra de Gata, a cuyo Juzgado estuvo antaño agregada. Villa floreciente y amena, antiguamente de la obispalía o mitra de Coria, recostada al socaire de la sierra de Dios Padre y en la que concluyen las corrientes comerciales de las comarcas limítrofes. En su término menciona *Marineo Sículo* entre las cosas memorables de España, la *Fuente de la Mora,* que corre como un brazo de agua desde Abril hasta Octubre en que se seca."

La altura de la localidad sobre el nivel del mar es en el punto más alto —Sierra de Dios Padre— de 750 metros y 528 sobre la puerta de la iglesia parroquial.

De las cuatro mil trescientas setenta y dos hectáreas de que consta el término municipal, mil aproximadamente están sembradas de olivos, lo que hace que los vecinos sean eminentemente olivareros.

Unas mil setecientas hectáreas son de sierra, estando actualmente en repoblación pinos y otras especies arbóreas.

También se cultivan cereales, si bien éstos como meros auxiliares del olivar.

Debido al esmero continuado de los villanovenses en las labores, estercoleo y abonado del olivar, la producción de aceituna puede cifrarse en orden a los dos millones o dos millones quinientos mil kilogramos como cosecha media anual; en aceite se obtienen unos trescientos cincuenta mil kilogramos. Se recolectan bastantes aceitunas para verdeo, que son las que se destinan a la mesa.

La importancia del olivar en Villanueva de la Sierra, puede deducirse de la existencia de las diez fábricas de aceite, dos de extracción de orujo y dos de aderezo de aceitunas.

Al abordar el estudio de Villanueva de la Sierra por su gran riqueza olivarera podríamos hacer algo así como una estampa campesina en la que pusiéramos de relieve los matices más acusados de la recogida de las aceitunas, "de el *apañijo*" o *aceitunera*; época en que llenan los campos los alegres cantares, ya nostálgicos, ya picarescos, de las *cuadrillas,* que en jolgorioso tropel, regresan satisfechas a sus hogares, a descansar de sus cotidianas tareas.

En estas faenas se manifiesta ostensiblemente la mayor animación de regocijo. Las coplas de las aceituneras durante el tiempo en que "ordeñan" el rico fruto resbalan sobre sus cuerpos y materiales: mantas, lonas, espuertas.

La algazara, la alegría es enorme.

La recolección de las aceitunas está llena de pintorequismo, con algo de picaresca y presenta notas folklóricas.

Como siempre, Cupido anda entre las gentes mozas, porque les produce cascabeleo y llena de júbilo sus corazones a los que hiere con sus agudos dardos:

Apañando aceitunas
se hacen las bodas;
Quien no va a la aceituna
no se enamora.
¡Qué tendrán, madre,
para cosas de amores
los olivares!

No registra Villanueva de la Sierra propiamente el traje típico local, como tampoco aires y coplas populares que merezcan darse a conocer, debido a lo cual no insistimos en este aspecto.

Existe la tradición —todavía conservada en nuestros días— de obsequiar el Ayuntamiento a sus vecinos y forasteros con vino en la fiesta del lunes de Cruces, que se celebra a los ocho días siguientes del lunes de Pascuas de Resurrección. Es por tanto, la citada fiesta movible de la Iglesia.

Refiere la tradición que era costumbre en este día la celebración de la romería a la ermita de Dios Padre, en la cúspide de la sierra de este nombre, agasajando el Ayuntamiento con

vino a cuantas familias se desplazaban para asistir a los actos religiosos y que después invertían el día en la sierra, desde la que se divisan hermosos y encantadores panoramas que producen la mayor delectación en los espíritus.

Días antes del lunes de Cruces se habían preparado bollos y hornazos para el festejo. En esta verdadera excursión se debía poner a prueba la tensión y ejercicio de las piernas por parte de los asistentes.

La fiesta principal de la villa se celebra el día 18 de Junio en honor de los Santos Patronos, Santa Julia y San Quirico. Es costumbre inmemorial que con tan fausto motivo se verifiquen animados espectáculos taurinos.

LA FIESTA DEL ARBOL.—Como dato histórico digno de resaltarse por su excepcional importancia anotemos que Cáceres, Extremadura, España, debe a Villanueva de la Sierra el honor de la creación de la "Flesta del Arbol" en la pasada centuria, el año 1805.

Pero dejemos que sea la pluma autorizada del que fué insigne pedagogo español Ezequiel Solana quien facilite la información concreta del establecimiento de la fiesta:

"Por lo que redunda en honor de la Patria, debemos hacer constar que, según testimonio del célebre patricio Joaquín Costa, la primera "Fiesta del Arbol" de que se tiene noticia es la que se celebró en Villanueva de la Sierra (Cáceres), en 1805, por iniciativa de un eclesiástico que penetrado de la trascendencia que tendría el repoblar de álamos algunos lugares del término y convencidos de cuanto importa dar a estas empresas el aire de fiesta no sólo para excitar los ánimos, sino para fijar en ellos la idea de su mérito y de su utilidad, convocó a las juventudes por medio de sus respetables párrocos y señores alcaldes D. Pedro Arquero y D. Andrés Hernández, disponiendo un banquete y bailes para después que solemnemente se hubiese hecho el plantío proyectado."

Por otro conducto —el de las autoridades actuales de Villanueva de la Serena que nos han facilitado antecedentes— se sabe que dicha fiesta tuvo lugar un Domingo o Martes de Carnaval, continuándose en años sucesivos la exaltación de la mis-

ma hasta que la muerte de algunos de los iniciadores o tal vez los aires de la revolución en pro de nuestra Independencia Patria dieron al traste con la magnífica idea.

Todavía puede verse flotando sobre la superficie de la laguna en el ejido villanovense un tronco de uno de los árboles que en tal sitio se plantaron, bello sitio, por cierto, para hacer perpetuar este histórico hecho.

Se tienen noticias de que por haberse atribuído los Estados Unidos —Nebraska—, ser el primer país del mundo que instituyó en 1872 tal fiesta, existió una continuada y eficaz campaña para demostrar su error. Villanueva de la Sierra salió al paso demostrando que antes había sido este pueblo extremeño el que la había inplantado.

La Diputación de Barcelona —por mediación de su Patronato Principal de la "Flesta del Arbol"— ha interesado de la localidad no pocos datos e incluso un retrato del sacerdote fundador de la fiesta D. Ramón Vacas, para erigerse un busto que —en un tributo de estricta justicia— perdure su memoria a través de los tiempos.

También se ha publicado un almanaque perpétuo en el que aparecen datos relacionados con el eclesiástico D. Ramón Vacas y los alcaldes D. Pedro Arquero y D. Andrés Hernández.

¡Lástima que en el Ayuntamiento de Villanueva no tengan ningún documento relacionado con tan noble institución. Solamente guarda como *oro* algunos de los que hacen referencia a cuanto anteriormente se consigna de esta fiesta.

Por falta de entusiasmo y de un auténtico sentimiento del legítimo orgullo de los antecesores, no se ha divulgado en una campaña de prensa, primero en el ámbito provincial y luego en el nacional cuanto concierne a destacar el espíritu cívico y de empresa que antes y ahora embarga a los extremeños.

Es indudable que la "Fiesta del Arbol" tiene altas finalidades: estimula a los agricultores inculcar a la infancia el cariño y devoción al árbol mediante la plantación de árboles, explicar las condiciones favorables para el desarrollo de sus plantones,

Ya dijo con su voz plena de acento profético el ínclito Julio Senador Gómez, que todo hombre culto para cumplir su destino ha de tener un hijo, escribir un libro y plantar un árbol. Plantar un árbol es la utilísima y práctica recomendación del gran escritor que recogemos por lo mucho que significa en el tema que tratamos.

Amorosamente entregado el que esto escribe a dar a conocer los valores de la tierra parda en todos los órdenes, no puede dejar que continúe en el olvido, abandonada, la "Fiesta del Arbol". Es necesario impulsar adecuadamente esta fiesta que tanto y tan alto, tan elocuentemente, habla de nuestra provincia y de las hermosas ideas que anidaban en nuestros antepasados y que las convirtieron en pura realidad.

La "Fiesta del Arbol" contribuye a una colaboración muy estrecha con el Estado en su honda preocupación por las magníficas campañas que lleva a cabo de repoblación forestal.

A nosotros —por lo que a la"Fiesta del Arbol" se refiere— nos corresponde resurgirla y actualizarla. Con ello nos haremos acreedores a ser los verdaderos continuadores de aquellos hombres de sentido trascendente que nos legaron mucha honra, grandeza y provecho.

Pedimos nada más y nada menos que rendir nuevamente culto al árbol, que tanto representa en la vida y en el tránsito, en la muerte del hombre.

Por eso el mejor colofón de este trabajo no puede ser otro que la trancripción de la

PLEGARIA DEL ARBOL

Tú, que levantaste contra mí tu brazo armado, antes de hacerme mal. ¡Reflexiona!

Dios me ayuda a crecer sin molestar.

Soy la sombra amiga que te protege del sol. Mis flores y frutos sirven a tu recreo.

El bosque en que vivo es fuente de salud y belleza.

Cuando vendes mi madera remedias apuros.

Soy la lucha de tus ahorros, mis hojas dan esquilmo para tu ganado y abono para tus campos.

Cuando me podes no me mutiles, hazlo con cariño y con inteligencia, no busques sólo mi leña.

El papel de tus periódicos sale del árbol y también puedo vestirte.

Soy la viga que soporta el techo de tu casa. Las tablas de tu mesa y la cama en que descansas.

Cuando mueras, en la forma de tu ataúd seguirás necesitándome.

Soy el mango de tus herramientas; con mis ramas encienden tu hogar y cueces pan.

¡Tengo horror al fuego! Soy tu más fiel amigo, si me amas como merezco

¡Defiéndeme!

VALERIANO GUTIERREZ MACIAS

EL PINTOR EUGENIO HERMOSO

El día 2 de Febrero de 1963, faltándole muy pocos para cumplir los ochenta años, dejo de existir en Madrid el gran pintor Eugenio Hermoso. Inmediatamente la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría tomó el acuerdo de rendirle el debido homenaje, celebrando aquí, en Sevilla, una Exposición de sus obras. Esta Exposición ha tenido lugar en Diciembre último, en el Pabellón Mudéjar de la Plaza de América. Inaugurose con toda solemnidad el día 2, clausurándose el 20.

Treinta y una obras figuraron en la misma. Una de ellas, de pequeño tamaño, que representa un rincón del antiguo Museo Arqueológico, es uno de los estudios que, en la vía del aprendizaje, realizó en la Escuela de Bellas Artes de nuestra ciudad; estudio de una juzteza de dibujo y color extraordinaria. Otra de las obras, «muchacha con rama de encina», la última que salió de sus pinceles. Las dos, principio y fin de una vida de la que hay que decir, sin huir del tópico, por ser una gran verdad, que estuvo toda ella consagrada al arte.

El nombre de Eugenio Hermoso no es extraño a la ciudad de Sevilla, como tampoco Sevilla fué para Hermoso una ciudad extraña. A ella llegó por primera vez un día de los primeros de 1898. Quince años no cumplidos tenía el joven. Venía de Fregenal de la Sierra, el pueblo que fué más suyo que de nadie. Porque las ciudades, los pueblos, los campos...., en sus más propias e íntimas esencias, son de los poetas y de los artistas que nacen –que viven– para cantarlos. Y esto fue lo que Hermoso hizo con su arte.

Allá quedaron junto a todos sus amores, jamás olvidados, las

sementeras que tuvieron a su niñez en brega. Estaba escrito que no había nacido este joven para ser un hombre más de los que van dejando su vida ignorada en la gleba de los surcos. Su espíritu andaba ya trabajando en otra clase de siembra, cuyos frutos no se harían esperar.

Tres fueron los cursos de su aprendizaje en la Escuela de Bellas Artes de Sevilla, sita entonces en el Museo Provincial. Luego, llevando ya una gran base de dibujo e iniciado en el color, se traslada a la Escuela de Madrid, a la que asiste los años 1901 y 1902. Deja la Escuela y, como cualquier joven de hoy, con sólo la media formación que se puede adquirir en estos Centros, empieza a buscar su propio rumbo, que encuentra sin titubeos. Dejar la Escuela y ser pintor, fué una misma cosa.

Principiaba el siglo y también principiaba en España un movimiento pictórico, no revolucionario, pero sí diferente a los que habían caracterizado al siglo XIX. Por aquellos años; Madrid, corazón artístico de España, tenía aún como su mejores escuelas a Roma y al Museo del Prado. Como excepción, algún que otro joven se desviaba hacia París. Aquí, en París, sí que se había iniciado, ya antes del siglo, otro movimiento verdaderamente revolucionario, vivo aún en nuestros dias. El movimiento pictórico del Madrid de entonces fué más modesto, menos pretencioso, pero también más dentro de la línea española. Aquella pintura en cualquiera Exposición internacional decía enseguida su procedencia. La de hoy...

En la palestra artística de Madrid –de España– detrás de los impresionistas, llegados hacía ya algunos años –Beruete, Regoyos, Pinazo, Pla, Bilbao... y Sorolla como mayor luminaria–, iban a sonar ahora los nombres de Sotomayor, Chicharro, Benedito, Hermoso, Zubiarre. Romero de Torres, Anselmo Miguel Nieto, Salaverría, Moisés... y por otro lado, Zuloaga, Arteta, Anglada, Echevarría. Sunyer, Vázquez Díaz, Cristóbal Ruiz... que buscaron el aire de más allá de nuestras fronteras. Pintores de muy acusada personalidad; de los cuales, los primeros, principalmente, más se guiaban por intuiciones individuales que por teorías o conceptos, más o menos del momento.

Como no soy de los que sólo a lo actual le ven la parte censurable y a lo pasado la virtuosa, no quiero dejar de consignar aquí algo también censurable, a mi parecer, de la pintura de aquellos

años, aunque este algo no tenga gran importancia. Me refiero al abuso de un pintoresquismo con base en el indumento regional. Las Exposiciones nacionales de aquellos años de 1900 a 1920 eran un muestrario completo de todos los trajes populares de España. Y ya podía resistir el pintor más alla de los Pirineos que no por eso se olvidaba de los palurdos castellanos, de las valencianas floridas o de las andaluzas con todo el andalucismo encima. Claro está que esto del ropaje de los modelos nada quiere decir en contra ni en pro de la buena pintura; pero no hay duda que en algunos casos la vistosidad de los trapos oculta al que no sepa ver o no esté alerta, impotencias y fraudes pictóricos.

Razones hay para no incluir a Hermoso entre los pintores que necesitaban como sabrosa salsa de su pintura el pintoresco traje aunque fuera de una comarca desconocida por ellos. Ni siquiera pintó los de Montehermoso con ser tan atrayentes y tenerlos en su misma región.

En realidad, Hermoso no hizo sino pintar lo actual de su tierra en su época. Lo que tenía más cercano, Fregenal. Su gente y su vida, que fué en lo que puso su más firme y encendido amor. Y porque fué firme y constante en sus amores, y son los de la infancia los que más se enraizan en nuestra alma y más bellamente la perfuman —si no se tiene madera de renegado—, Hermoso amó también toda su vida la honrada y limpia pobreza de su infancia. De aquí que su vida tuviera algo de franciscana. Es verdaderamente emocionante en su autobiografía el recuerdo que tiene a cada paso para la pobreza que vivió de niño. La describe con tal sinceridad, con tanto detalle, que el menos altivo por encumbrado, siente que recibe una lección de humildad. Bien que esta su autobiografía, de tan personal acento, que él escribió sin negro que le ayudara, sino con su propia inteligencia y su propio corazón, es una verdadera y completa confesión —a la que no estamos acostumbrados– de su vida y una exposición al desnudo de su personalidad. Sin composturas, afeites ni dorados.

Es curioso que siendo Hermoso un artista tan encariñado con los temas populares y campesinos, y habiendo vivido cuando niño la vida del campo, con él nunca perdió el contacto o aproximación, debido a sus anualmente periódicas residencias en Fregenal, rara vez pintara paisajes como tema único. Yo no

conozco más que dos o tres; y éstos de su juventud. Sí que abundan como fondo de sus cuadros; pero estos paisajes de fondo, salvo en el cuadro de la Juma y en algún otro más, están en un orden secundario respecto a las figuras; considerados bajo el concepto de fondo, y por lo tanto rebajados de realidad para servicio de una mejor armonía entre la totalidad del lienzo.

Lo que más le atraía para su pintura era la figura humana. Y de éstas, donde ponía más intención y lo que para nosotros tiene más interés, son las cabezas. Hermoso fué un estupendo pintor de cabezas. Y principalmente las femeninas y las de niños. En las cabezas radica siempre la vida, el encanto que tienen sus cuadros. Gustaba mucho de pintarlos completamente de frente y con luz tranquila y casi igual en toda ella, posición y luz que por regla general el pintor rehuye porque no le ofrecen ayuda para el debido modelado y exigen por lo tanto un dibujo muy apurado y una muy fina percepción de los matices.

Hermoso se sintió ligado a Sevilla por dos motivos. Uno, el recuerdo de aquellos años de su primera juventud pasados en ella. Años en que sólo la ilusión de llegar a ser gran artista pudo mantenerlo firme, sobre la extremada pobreza en que se veía, con el carboncillo en la mano, incansable, y un mundo de arte en la intimidad de sus espiritu acuciándole por salir como niño impaciente a quien le están preparando la ropa para acudir a una fiesta. El otro motivo, que aquí tenía él, enclaustrado en una casa particular, su cuadro más entrañable, «La Juma, la Rifa y sus amigas», que ahora hemos podido de nuevo admirar en esta Exposición.

Inevitable que al hablar de Hermoso no salga a relucir —y en verdad que reluce— este cuadro de la Juma. Inevitable porque este cuadro es nada más y nada menos que Eugenio Hermoso. Toda su juventud. Ya en su título, originalísimo, pese a su popular sencillez —o quizás por esto— da el pintor su nota de poeta. La que dará siempre: poeta con el pincel.

Esto de ser poeta con el pincel, si bien tiene su ventura —la buena ventura de la poesía en sí— también tiene su riesgo. Y el riesgo está en que encantado el pintor tras de lo poético, la pintura puede en algún caso resentirse en sus calidades por preocuparse aquél más de la afloración poética en el lienzo que de la técnica. Eso que en pintura, perdida la inocencia de los últimos

primitivos, ha venido ganando en valoración hasta llegar en estos últimos años a tenerse exclusivamente por pintura y desembocado últimamente, por natural abuso, en un tipo de cuadro que no es más que pintura material más o menas hábilmente aplicada.

Conociendo la obra de Hermoso desde su juventud hasta su final, se ve muy a las claras que tuvo tres maneras de pintar, tres técnicas, que acaso correspondan a tres conceptos artísticos, aunque entres estos hubiera poco distanciamiento.

El cuadro «Rosa», figura completa de mujer con un clavel en la mano, pensativa—pensativa de verdad—, pintado en 1907 y que figura en el Museo de Arte Moderno de Madrid, es una muestra logradísima de su primer estilo. Está pintado con luz de estudio; todo él muy tranquilo de color y en una gama más bien fría. Superficie muy empastada y lisa. Y tanto la figura como el fondo construídos un poco a lo Durero. A mi parecer este estilo o técnica —superficie empastada y lisa y formas bien estudiadas—es el más personal suyo. El cuadro de la Juma, aun con todo lo que tiene de luz y aire libres, —por cierto que no fue pintado al aire libre, sino con observaciones de éste pero en el estudio—corresponde a este estilo. Y lo mismo «para el manto de la Virgen» y «Jugando a la Soga».

El segundo estilo tiene su más clara presencia en el cuadro «A la fiesta del pueblo», pintado en 1917, con el que obtuvo la primera medalla. También en el Museo de Madrid. Tampoco este cuadro fue pintado al aire libre, aunque así pueda parecerlo. Los puros amarillos, cadmios, verdes, rosas, azules, que nos regala la tarde abierta, vibra en este lienzo que parece estar encendido. Toques de pincel más sueltos, poca preocupación por alisar la pasta y una tela de grueso granulado que contribuye a la vibración del color, son características de esta nueva modalidad de su pintura a la que sin duda le llevó el impresionismo con su gran tesoro de color, que Hermoso, aunque nunca impresionista puro, supo valorar debidamente.

Esta pintura luminosa, colorista, encendida, forma gran contraste con la de los años anteriores en que algunas llegan al claroscuro con densas sombras; lo que unido a la circunstancia de ser su autor extremeño, llevó a algunos críticos a emparentarlo con Zurbarán. A este período colorista—en que no dejó de pintar también algún

cuadro con su primer estilo—pertenecen una serie, de los cuales el mayor y de más figuras es el titulado «La romería» Todos impresionistas si se quiere; pero de un impresionismo diríamos amortiguado, dirigido; conseguido por razonamiento y con el recuerdo de los efectos lumínicos, no con la visión directa de los modelos puestos a la luz representada. Porque Hermoso nunca estuvo dispuesto a ver en una figura solo colores. Lo que es por su pintura no hubiera podido decir el otro Eugenio—D'Ors; el que tanto gustaba de juguetear con los jovenes pintores—aquello de la necesaria Cuaresma del cubismo para purificar el arte después del licencioso Carnaval impresionista. Su gusto por la forma y su vieja y fiel amistad con los clásicos pusieron bastante contención y mesura a su participación en la gran fiesta del impresionismo, que por aquellos años llegó a ser verdadera bacanal con la barahunda colorista de Mir y las exaltadas e ingrávidas fantasías de Anglada.

Su tercera época, o bien sea su tercer estilo, tiene lugar allá por el año cuarenta y lo mantuvo hasta el final de su vida; aunque alternándolo alguna vez con su primero—la técnica del empaste alisado y las formas bien ceñidas—. Creo que esto de no abandonar nunca su primer estilo corrobora lo que antes he dicho: que es el más personal suyo. En su última manera de pintar, en la que tal vez influyera la disminución de la vista, las figuras quedan más deshechas. Las pinceladas se multiplican yuxtapuestas con los pigmentos a veces puros que saltan por los contornos buscando unir figuras y fondos. Las últimas pinturas de Renoir, ya viejo, vienen a nuestro recuerdo.

No puedo por menos que volver sobre el cuadro de la Juma. Cuadro grande que mide en su horizontal 3'40 metros. Tema, ocho niñas que vienen de frente al espectador y a lo largo del lienzo. Algunas algo rezagadas para mejor componer. Un solo rostro de perfil, cántaros de rojo barro en la cadera, refajos, mantoncillos de talle... y risas. Las risas que tantas veces pintó Hermoso.—¿Y quién como él en la larga historia de la pintura española?—¿Qué otra cosa en el cuadro? Un campo con dilatada lejanía, en un segundo y próximo término tres árboles que recortan sus hojas un poco a lo primitivo sobre el cielo despejado, y por todo el lienzo la última claridad de las tardes del verano.

Este cuadro, pintado a los veintitrés años—¿no es para admi-

rarse?—lo tuvo siempre su autor por el mejor de los suyos. Y ya los hizo buenos en su larga vida.

Dejando a un lado los innegables valores pictóricos de este cuadro, para mí, es de los llamados excepcionales por la poesía de que todo el cuadro está ungido, y también porque esas niñas que se nos acercan riendo no parecen estar pintadas sino vivas. Acaso algún pintor se sonría de esta ocurrencia, propia más que de un pintor de un lego en arte que ante cualquier cosa pintada con realismo se queda maravillado. Pero yo no creo que sea fácil, y por lo tanto corriente, el que las figuras pintadas salgan con vida, que es algo bien distinto a que «se salgan del lienzo». Son muchas las pinturas que hemos visto saliéndose del lienzo y hubiéramos querido que se metieran para dentro por no verlas. Sobre esto del realismo, con su gracia y su desgracia, que es tanto como decir del realismo bueno o artístico y del realismo malo o antiartístico, mucho habría que hablar.

A más de uno sobre gran parte de la obra de Hermoso les he oído hablar de ingenuidad. No. Del Renacimiento acá todo artista que haya pasado por Escuelas, que haya visto Museos... difícilmente podrá ser ingenuo. Se podrá tener pureza, honradez... —Hermoso las tenía en grado extremo—ingenuidad no. A no ser que se tenga por tal la ingenuidad aparente que algunos con fácil y cómoda sabiduría cultivan muy a conciencia.

El cuadro de la Juma es precisamente el que más tiene que cargar con eso de la ingenuidad. Y no hay tal. Cualquiera que sepa lo que es pintura le descubre en seguida sabiduría—sabidurías buenas—de una inteligencia precozmente madura. La única ingenuidad que—afortunadamente—puede verse en el cuadro, es la campesina y graciosa de aquellas ocho niñas que vienen hacia nosotros cantando con sus risas la canción más gozosa de la juventud. Y en mi sentir la más alegre de toda la pintura española. De toda (1).

SEBASTIAN GARCIA VAZQUEZ

---

(1) Se publica este artículo de la revista *Archivo Hispalanse*, núm. 123, con autorización de su dueña.

Villa romana del paraje de "Panes Perdidos„ en Solana de los Barros (Badajoz)

En el paraje denominado «Panes Perdidos», en el término de Solana de los Barros (Badajoz), y a consecuencia de trabajos agrícolas realizados en la finca de D. Lorenzo Alvarez, aparecieron unos restos arqueológicos de los que participé el hallazgo a la Dirección de las Excavaciones Arqueológicas de Mérida. Los trabajos realizados en el sector considerado como arqueológicos dieron por resultado el hallazgo de dos habitaciones de desigual tamaño con pavimento de mosaico. Esto ocurrió durante los meses de Mayo y Junio del año 1963.

Cuando se finalizó la excavación de estas dos habitaciones se intentó avanzar más en el área circundante, pero al tratarse de calicatas aisladas por estar el terreno plantado de viñas y existir poca profundidad entre el nivel de tierra vegetal y el arqueológico, los resultados fueron nulos. Se encontraron diversos fragmentos de cerámica, principalmente de ladrillos, tejas y teselas sueltas de mosaico, pero no pudimos ampliar nuestros conocimientos sobre lo que hemos considerado una villa rural de la época romana.

Los restos conocidos, corresponden a dos habitaciones situadas al mismo nivel y separadas por un muro de mampostería, muy pobre, que establece una separación de dos metros entre los dos pavimentos. La habitación más pequeña tiene forma rectangular, siendo sus medidas 3,65 × 4,10 metros; en cuanto a la otra, que es de mayores dimensiones, responde a la misma forma, siendo sus medidas de 7,20 × 5,80 metros.

Los trabajos en relación con este descubrimiento se llevaron a

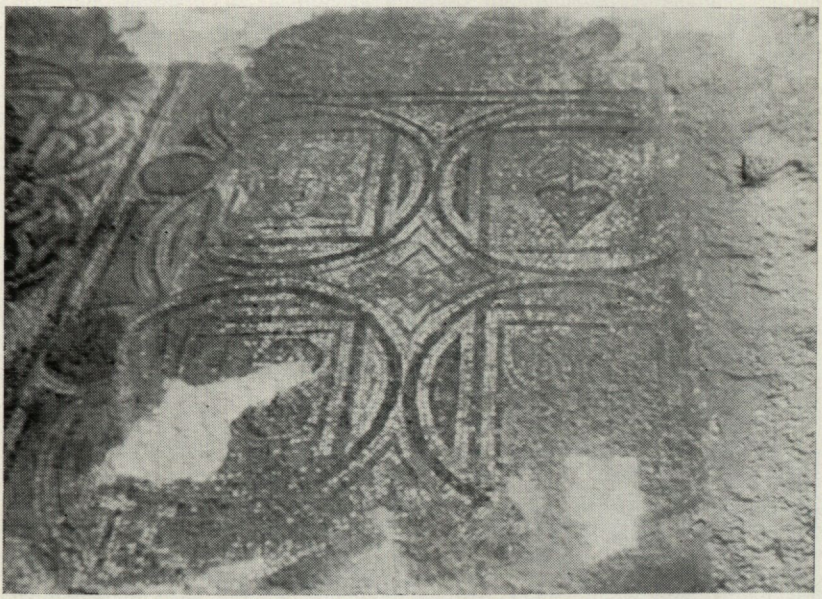
cabo en el mes de Junio del siguiente año donde los de arranque de mosaicos estuvieron a cargo de D. Juan Antonio Díaz Pintiado, La consolidación fué efectuada igualmente por el mismo señor, quedando totalmente finalizada en 1.º de Diciembre del mismo año. El número de placas en que se encuentran fragmentados en este momento los dos pavimentos son respectivamente de 9 y 23.

En cuanto a paralelos de este tipo de «villas» tenemos como conocidas las de los términos municipales de Guareña y Santa Marta de los Barros, en la provincia de Badajoz, y que reseña Mérida en el Catálogo Monumental de la Provincia.

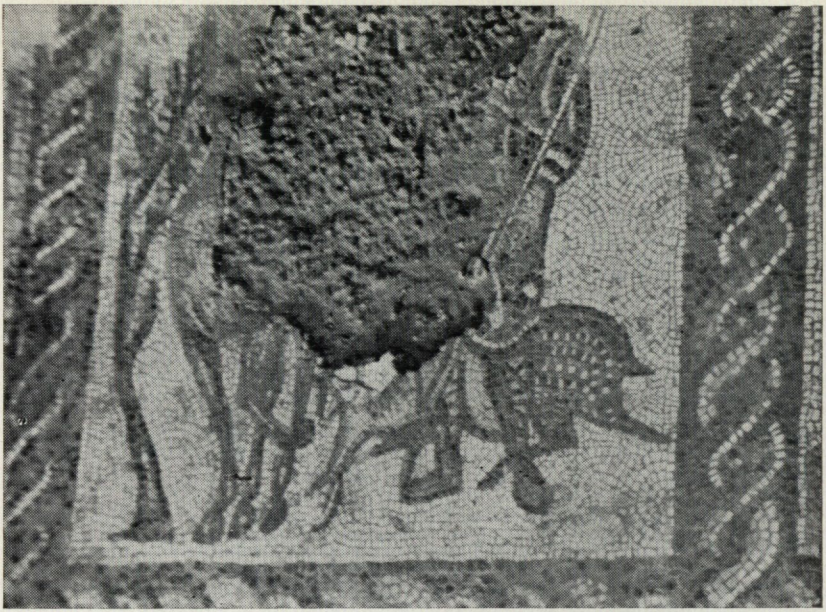
Los mosaicos están en restauración y se encuentran en el palacio del Excmo. Sr. Márques de la Encomienda, de Almendralejo. Agradecemos a dicho señor y al señor Alvarez las facilidades dadas y el gesto generoso de haber sufragado la excavación.

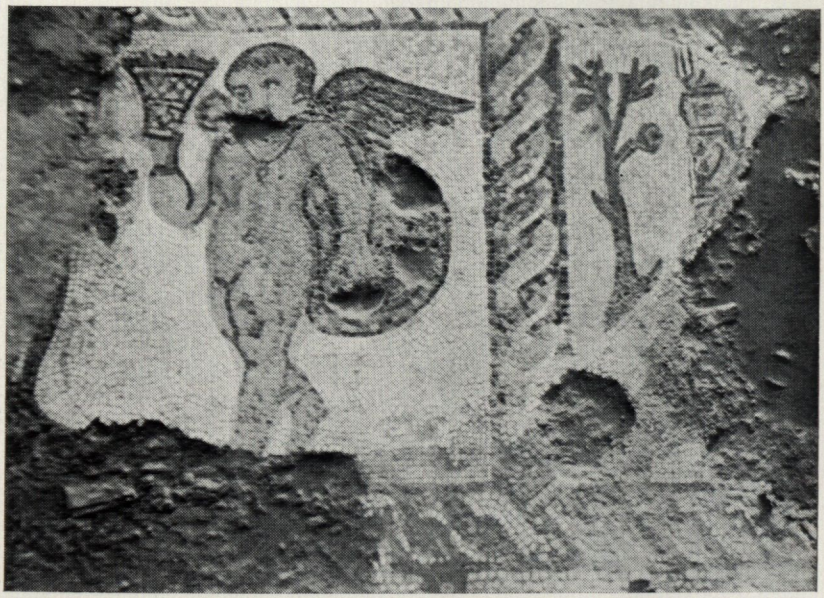
E. SANDOVAL



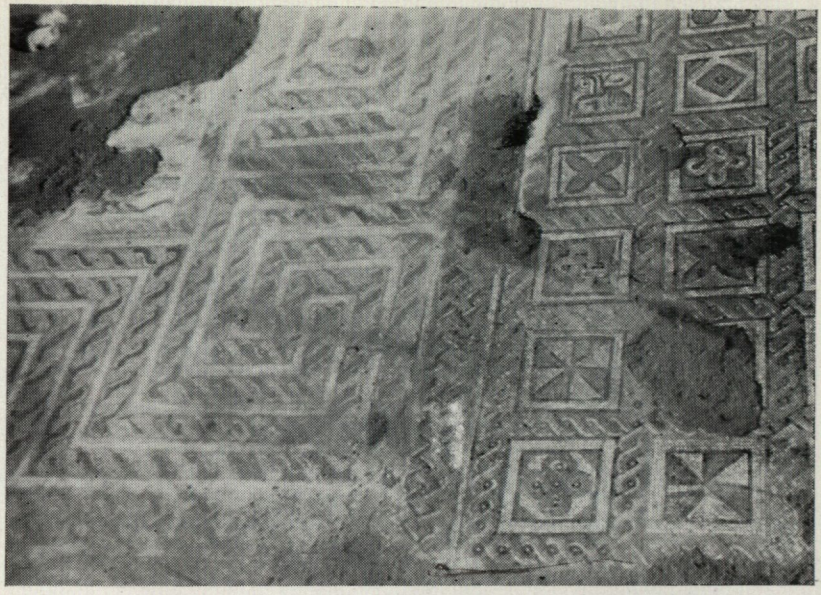


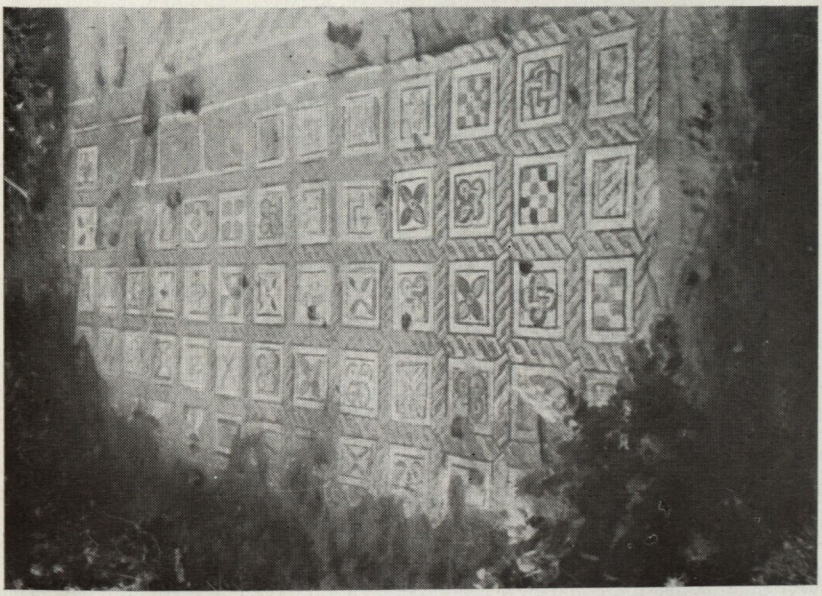
Figs. 1 y 2.–Pormenores de los mosaicos de Solana de los Barros.





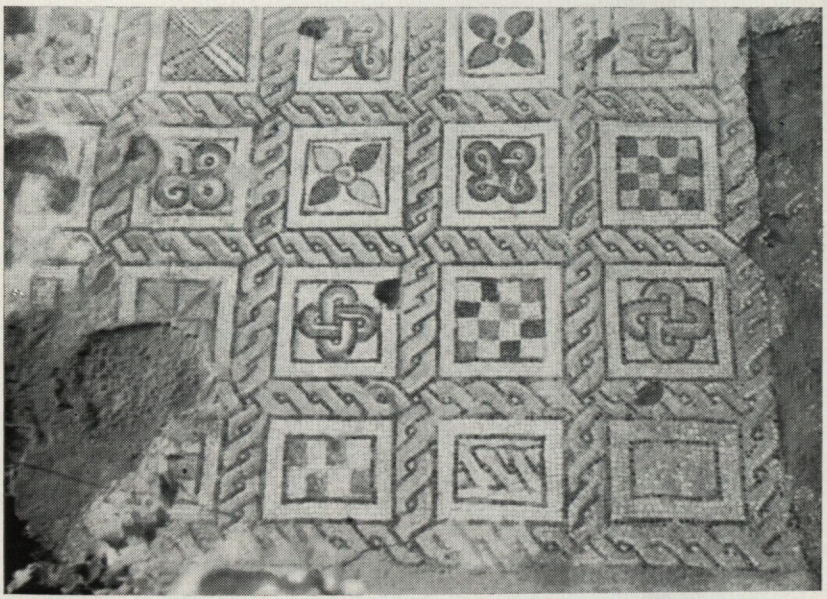
Figs. 3 y 4.–Pormenores de los mosaicos de Solana de los Barros.





Figs. 5 y 6.–Mosaicos geométricos de Solana de los Barros.





Figs. 7 y 8.–Mosaicos geométricos de Solana de los Barros.

Don Francisco de Navarra, Obispo de Badajoz (1545-1556). Sus intervenciones en Trento sobre «la obligación episcopal de residir»

INTRODUCCION

En el *symposium* tenido en Eveux-L'Arbresle, del 4 al 8 de Septiembre de 1960 sobre el tema general «El Obispo en la Iglesia de Cristo», el famoso P. Benoit, en una intervención complementaria al «raport Journet» precisó unas ideas que motivarían luego abundante literatura: «Un problema nos ha preocupado particularmente muchas veces: ese de que las iglesias particulares compongan conjuntamente la iglesia-total; y que cada una de esas iglesias particulares a la vez representen a la iglesia-total» (1).

Más o menos venía a afirmar el ilustre escriturista que la iglesia local era «un todo inadecuado»; que cuando sólo había una iglesia particular o local, admitamos el hecho histórico, en Jerusalén el día de Pentecostés, había ya iglesia-total, al igual que hoy en que la iglesia-total cuenta con casi tres mil sedes episcopales. Al ser cada iglesia local una «representación» de la iglesia-total, se nos plantea el problema de la «diversidad» como fundamento de la «dialéctica de la salvación». Lo afirma el mismo teólogo: «Hay una dialéctica de la salvación, que hace pasar a los hom-

(1) Cfr. *L'Eveque dans l'Eglise du Christë;* travaux du symposium de L'Arbresle 1960, recueillis et présentés par H. Bouesse et A. Mandouze. Desclée De Brouwer, 1963, p. 345.

bres, de la diversidad a la unidad; o en términos sociales, de la anarquía del pecado a la monarquía de Cristo» (2).

En esa diversidad nos encontramos con instituciones no siempre fácilmente reductibles. Dice por una parte el Concilio Vaticano II: «El orden de los Obispos, que sucede en el magisterio y en el régimen pastoral al colegio apostólico, más, aún, en quien perdura continuamente el cuerpo apostólico, junto con su cabeza, el Romano Pontífice, y nunca sin esta cabeza, es también sujeto de la suprema y plena potestad sobre la universal iglesia» (3).

Pero por otra, afirma también: «Cada uno de los Obispos, que es puesto al frente de una iglesia particular, ejercita su poder pastoral sobre la porción del Pueblo de Dios que se le ha confiado» (4). Estamos ante una aparente antinomia: una consagración en órden a una misión universal, en el más amplio sentido de la frase; y el ejercicio concreto de los poderes que de la consagración dimanan sobre la «porción concreta que se le ha confiado»; una y otra cosa como consecuencias del modo de ser de la propia institución. Cabría contestar que se trata de esa «diversidad» o «anarquía» real, de la que hay que tender a la «unidad» o «monarquía de Cristo»; que la antinomia se da por la incompatibilidad entre lo real y lo ideal; entre lo transitorio y lo permanente; entre lo temporal y lo escatológico. Pero no es así. Se trata de instituciones que pertenecen al mismo plano, nadie lo pone en duda; y esa antinomia tiene solución sin necesidad de recurrir a planos superpuestos; de hecho por ese camino se ha intentado llegar a buen fin. Por él pretendemos realizar nuestro viaje.

No es nuestro objeto abarcar el problema en toda su dimensión. Lo planteamos a efectos de perspectiva. Vamos a fijarnos sólo en uno de sus términos, que al igual que el «dubium» en los procesos canónicos, formulamos así: «Tiene o no tiene obligación de residir, por derecho divino, el Obispo en su diócesis. ¿Dimana esa obligación de la razón esencial de ser del Obispo, de su con-

---

(2) «Il y a une dialectique du salut, qui fait passer les hommes de la diversité a l'unité ou, en terme de sociétés, de l'anarchie du péché a la monarchie du Christ». *Ibidem*, p. 346.

(3) Cfr. Constitución *Lumen Gentium*, núm. 22.

(4) Cfr. *Ibidem*, núm. 23.

dición de «sucesor de los Apóstoles», o de alguna otra particularidad distinta? Cabe pensar en que esa obligación es meramente disciplinar, de derecho eclesiástico». Estamos ante un «dubium» complejo y nada fácil.

Que el tema es de la más palpitante actualidad lo pone de manifiesto su directa relación con la doctrina en torno al «colegio episcopal» que tantas horas llenó en las congregaciones del Vaticano II (5). Por otra parte, tal cual nosotros lo planteamos viene a rememorar antiguos enfoques, cuyos aciertos o desaciertos ahora se apreciarán mejor, a la luz de los nuevos textos conciliares. Y hay otro móvil, afectivo, haber constituído la gran preocupación del Obispo que representó a nuestra Diócesis Pacense en las gloriosas jornadas de Trento, D. Francisco de Navarra (1545-1556) (6). Queremos con esta sencilla aportación cumplir el consejo del Apóstol: «Mementote praepositorum vestrorum, qui vobis locuti sunt verbum Dei; quorum intuentes exitum conversationis, imitamini fidem» (7). Si se nos preguntara, no dudaríamos en responder y asegurar que nos ha sugestionado más la personalidad del Prelado que su esquema doctrinal, vertido en el cauce de unas intervenciones aisladas e incoherentes. De ahí la partición de este trabajo. Nos ocupamos, en primer lugar, de la semblanza biográfica de D. Francisco de Navarra; luego, de sus intervenciones en Trento; damos por último la valoración que su doctrina nos merece.

---

(5) Cfr. «Nota explicativa praevia» que la Comisión Doctrinal redactó como apéndice a la Constitución Lumen Gentium, en la que se precisan determinados puntos, para aclarar posturas oídas en el aula conciliar sobre el tema de la colegialidad de los Obispos.

(6) Idea de la preocupación de D. Francisco de Navarra por la cuestión de la residencia de los Obispo la da HUBERT JEDIN, *Geschichte des Konzils von Trient II, Erste Trienter Tagungsperiode (1545-47)*. Verlag Herder Freiburg, 1957, páginas 21, 31, 51, 71, 77, 88, 92, 184, 196, 255, 260, 274, 276, 279, 286, 291, 295, 301, 310, 334, 363, 370, 379, 382, 397, 412 y 417. De alguna manera todas estas citas se refieren, directa o indirectamente, a la residencia, problema que se propone como el primero a tratar, por su urgencia y necesaria aplicación.

(7) Ad Hebraeos, 13, 7.

I

SEMBLANZA BIOGRÁFICA

El 18 de Septiembre de 1545 fallecía en Valladolid el Obispo de Badajoz, D. Jerónimo Suárez Maldonado (1532-1545). La historia de su pontificado, que duró trece años, no es muy halagüeña. Hasta un año antes de morir no visita por primera vez su grey, residiendo, entre ella, sólo unos meses, para volver a la Corte, donde siempre vivió. La Diócesis estuvo en manos del Vicario y Provisor, Bachiller Lorenzo Vázquez; y de los Visitadores Fray Alonso de Guzmán, Obispo de Trujillo, y Cristóbal Fernández Valtodano (8). Aún se complican más las cosas cuando, a la muerte del Obispo irresidente, el Emperador decreta la confiscación de todos sus bienes. Escuchemos cómo describe el cuadro de sus preocupaciones, entre las que no destacan poco los trances que atraviesa Badajoz, el Nuncio Poggio, en carta de 20 de Noviembre de aquel 1545, al Cardenal Cervino:

> «Mi sono cresciute non solamente le facende, ma le fatiche, et per la morte maxime del Rmo. di Tholedo (9), poi del vescovo de Badajoz (10) et ultimamente del car-

(8) Cfr. J. SOLANO DE FIGUEROA, *Historia eclesiástica de la ciudad y obíspado de Badajoz*, edic. 1929-1935, IIª P., vol. 1.º, ps. 197-225.

(9) Se refiere al Cardenal Juan Tabera (1534-1545), cfr. VAN GULIKEUBEL, *Hierarchia catholica*, III, p. 334.

(10) Solano pone el fallecimiento de D. Jerónimo Suárez Maldonado el 8 de Noviembre de 1545. VAN GULIK-EUBEL, lo pone el 18 de Septiembre (cfr. *Hierarchia catholica*, III, p. 284). Si fallece antes que el Compostelano, que murió el 2 de Noviembre, no puede ser cierta la fecha que Solano señala.

> denal Compostellano (11)... gli emuli et adversarii di questo offitio non hanno dormito, peró di questa, mi sono pur assai ben valsso et havevo in bonissimo termine le cose quando l'Imperatore ci ha fatto un disfavor tale, che quasi mi ha giatato in terra che scrisse et ordinó fusse sequestrato il spolio del vescovo di Badagioz et tutti soi beni, dovunque si trovassero... (12).

En otra del 25 de Enero siguiente, del Nuncio al mismo destinatario, se insiste en que el asunto de la confiscación de los bienes del Prelado Pacense no está resuelto (13); pero ya se había intentado poner remedio a esa situación general con la designación de un nuevo Obispo: el 14 de Diciembre del citado 1545 es promovido, a Badajoz, D. Francisco de Navarra. La elección no había sido hecha al azar, sino bien pensada, como para resolver una difícil coyuntura. Se pensó en tal persona por el concepto que merecía al Nuncio, que puede concluirse del siguiente párrafo de otra de sus cartas al citado Cardenal Cervino, de 1 de Julio de 1545:

> «Spero será exhibitor della presente Monsr. il vescovo Civitatense, uno delli honesti, docti et virtuosi praelati di Spagna, servitor mio di piú di 20 anni, Navarro, et de primi Signori Illmi, di quel regno. Sono molti giorni che é devoto servitor de V. Sria Rma. per tutte queste rasioni et perché rasonando molte volte di quella, sa, quanto io sono servitor de V. S. R., va con molto desiderio che quella lo tenga per tale in locho mio et io sento infinita consolatione in considerar la satisfactione, che ne potrá haver V. S. R.; é docto, come dico, et del consiglio

(11) Es Gaspar de Avalos, fallecido el 2 de Noviembre de 1545. Cfr. VAN GULIK-EUBEL, *Hierarchia catholica*, III, p. 189; M. R. PAZOS, *Episcopado Gallego*, I, Madrid, 1946, p. 3

(12) Cfr. *Concilium Tridentinum*, 10, p. 240, nota 5.ª

(13) Cfr. *Concilium Tridentinum*, 10, p. 802, nota 1.ª: «Causam spolii Pacensis non esse finitam, peró come lo habbí di proveder L'Imperatore che sequestró tutto, non mi resta che fare, insin che S. Beat, ne sia resoluta con la deliberatione dell Imperatore».

supremo della S. Inquisitione. Informato per ció et per il suo bon zelo di quanto potrei io scriver ad V. S. R., tanto devoto et afectionatò ad S. Beat. ne et alla Sancta Sede, spero in tutto satisfará ad V. S. R. quanto persona che di qua possi andar ad quel convento. So che cognoscendolo V. S. R. come subito lo cognoscera, che non averá bisogno di intercessor Tutta via pigliero ardor, de supplicar V. S. R. lo tenga per molto suo servitor» (14).

Podría pensarse que tales encomios, en carta que el mismo presentado llevaba en mano, eran pura y obligada cortesía. Que no era así lo demuestra el hecho de que el Nuncio los repitiera en otra carta secreta, aseverando que D. Francisco de Navarra era «persona singular y virtuosa; y amiguísimo suyo» (15).

Pasando a resumir la biografía de nuestro famoso Prelado, comenzaremos por decir que no son muchas, ni muy precisas las noticias que se nos conservan respecto a la época anterior a su designación para el episcopado (16). Sabemos que había nacido en Tafalla; más no puede precisarse la fecha (17). Se nos habla de su «prosapia familiar», según Solano era del más rancio abolengo, «de la sangre real de sus reyes» (18). No silenciaremos que fué «hijo ilegítimo» por lo que precisó dispensa de la irregularidad «ex defectu natalium», con la consiguiente reserva de renta de la mesa episcopal, que al pasar a Badajoz es nada menos que de 3.000 ducados anuales a favor del Cardenal Hércules Gonzaga (19). Su formación intelectual fué nada común, como lo muestra su expediente académico: se graduó en ambos Derechos, tras frecuentar las aulas de Toulouse y Salamanca; cursa la Teología en París. Durante el curso 1529 a 1530, fué elegido Rector de la Uni-

---

(14) Cfr. *Concilium Tridentinum*, 10, p. 131, epist. 93.

(15) Cfr. J. GOÑI GAZTAMBIDE, 1. c. p. 183 y *Concilim Truidentinum*, 10, página 236, nota 6.ª.

(16) Sobre esas escasas noticias biográficas no sería aventurado pensar que obedecen al hecho cierto de su ilegitimidad, en aquellos siglos no poco frecuente,

(17) Cfr. J. GOÑI GAZTAMBIDE, 1. c. p. 181.

(18) La biografía que nos da Solano puede verse en su *Historia eclesiástica de de la ciudad y obispado de Badajoz*, edic. citada, 11.ª P., vol. 1, ps. 226-242.

(19) Cfr. VAN GULIK-EUBEL, *Hierarchia catholica*, III, p. 266, nota 10.

versidad salmantina. Canónigo de la Colegiata de Roncesvalles, diócesis de Pamplona, llega a Prior, durante cuyo mandato recibe en la comunidad a su maestro, el famoso Martín Navarro de Azpilcueta, que le dedicará una de sus obras (20).

Se ha especulado sobre la Orden Religiosa en que pudiera haber profesado. Angel Massarello, autor de los cuatro «Diarios del Concilio Tridentino» que llevan su nombre, lo considera «dominico» (21). Algún otro autor defiende su pertenencia a los «franciscanos» (22). Fué «canónigo regular de San Agustín», que como bien precisa el P. David Gutiérrez, no es lo mismo que «agustino ermitaño» o «fraile agustino». Dice el citado autor, en un trabajo sobre «*Los Agustinos en el Concilio de Trento*« (23): «Como al fin de la lista de los teólogos hemos excluído de ella a los que no fueron agustinos, también debemos hacer ahora lo mismo con tres prelados que no pertenecieron a nuestra Orden. Francisco de Navarra, Antonio Codina y Francisco Richardot. El célebre Obispo de Badajoz no fué dominico, como dice Massarelli, CT, I. 307; ni franciscano como han escrito otros autores; ni agustino ermitaño como pudiera creer más de uno por las expresiones de Ehses y Jedín (CT, IV, 608, donde el editor de las *Actas* lo llama «Ordinis Sancti Agustini; y Jedín, *Seripando* I, 393 que escribe «Augustinerbischof»; pero estas expresiones no dicen que fuera «fraile agustino»); sino que fué canónigo regular agustino de la colegiata o abadía de Roncesvalles, como demostró hace ya medio siglo Arigita y Laza» (24).

---

(20) «*Commentarii in tres Penitentiae Distinctiones posteriores, videlicet V, VI, et VII. Lugduni MDLXIX, Ilustrissimo viro ac Reverendissimo Patri ac Domino meo don Francisco a Navarra Roncaevallis Priori et Episcopo Civitatensi electo, Martinus ab Aspilcueta Navarrus, e jusdem Roncaevallis Canonicus Commendator.*»

(21) «Mons. di Castellamare, Paceeco, Astorga et Lanciano introdussero il vescovo Civitatense Mons. Francisco Navarra chiamato, fratre di S. Domenico, di natione spagnuolo», en *Concilium Tridentinum*, I, p. 307; cfr. también p. 316 y 318.

(22) Ultimamente ha mantenido esta opinión en un artículo publicado en el periódico *Hoy*.

(23) Cfr. *La Ciudad de Dios*, 158 (1946) 385 y ss. cfr. p. 445.

(24) El catálogo de franciscanos asistentes a Trento ha sido estudiado cuidadosamente con motivo del centenario de la magna asamblea, sin que por ningún autor se incluya a D. Francisco de Navarra como miembro de la Orden, Cfr. B. OROMI. «Los franciscanos españoles en el Concilio de Trento», en *Verdad y Vida*,

Al vacar la sede de Ciudad Rodrigo por traslado de su titular, don Antonio Ramírez de Haro, a Calahorra (25), Carlos V la pide para D. Francisco de Navarra, candidatura que es apoyada a su vez por el Cardenal Pole, quien con fecha 22 de Mayo de 1542 consigue la provisión; y al frente de la misma permanece hasta la ya citada fecha de 14 de Diciembre de 1545, de su traslación a Badajoz. Es durante ese período cuando recibe la invitación personal del César para partir a Trento; y aunque se excusa en carta de fecha 9 de Abril de 1545 (26), el 23 o 24 de Julio se encontraba ya en Italia (27), en la ciudad del concilio, donde recibiría la noticia, pasados poco más de cuatro meses, de su nuevo destino: será Obispo Pacense diez años y medio, hasta su traslado a Valencia el 4 de Mayo de 1556, como Arzobispo sucesor de Santo Tomás de Villanueva, que acababa de fallecer (28). Muy poco menos de siete años más tarde, el 14 de Abril de 1563, fallecía a su vez nuestro antiguo Prelado en Torrente (29), no sin haber tenido la delicadeza de legar en su testamento a su antigua catedral, según Gil González Dávila (30) «un precioso terno de brocados y otras alhajas».

No es nuestro propósito acumular noticias sobre la actividad pastoral de nuestro Obispo. Digamos simplemente que actuó en consonancia con las ideas que tan ardorosamente, como veremos, defendió en las sesiones conciliares. Una prueba de esa íntima

---

3 (1945) 95-117; 275-324; 544-595; POU Y MARTI, J. M., *I frati Minori nel primo periodo del Concilio (1545-1547)* en Il Concilio di Trento 2 (1943) 201-209; GIOVANNI ODOARDI, *I Franciscani Minori Conventuali al concilio di Trento*, Ibidem p. 298-311. Otro tanto puede afirmarse respecto a los dominicos: cfr. A. WALZ, *Gli inizi domenicani al Concilio*, Ibidem, ps. 210-224.

(25) Cfr. VAN GULIK-EUBEL, *Hierarchia catholica*, III, p. 184.

(26) Cfr. *Concilium Tridentinum*, 11, nota 4.ª

(27) Cfr. *Concilium Tridentinum*, 2, p. 407, nota 3.ª.

(28) Cfr. VAN GULIK-EUBEL, *Hierarchia catholica*, III, p. 346. Santo Tomás de Villanueva no fué a Trento, a pesar de recibir invitación expresa e insistente. Cfr. L. FULLANA, *¿Por qué Santo Tomás de Villanueva no asistió al Concilio de Trento?*, en *Verdad y Vida*, 3 (1945) 217-225.

(29) Los autores señalan unánimemente el 14 de Abril como fecha de su fallecimiento, si exceptuamos a nuestro SOLANO DE FIGUEROA, o. c. p. 241-242, que lo pone el día 16 del mismo mes. Cfr. HURTER, *Nomenclator*, volumen II; 2.ª edic. Oeniponte 1906, p. 1510.

(30) Citado por FR. ARTURO GARCIA DE LA FUENTE, en el trabajo a que luego nos referiremos, publicado en la *Revista del Centro de Estudios Extremeños*, 4 (1930), p. 345.

relación entre sus ideas y sus obras tenemos en el episodio de su renuncia a la presidencia de la Cancillería de Granada, siendo Obispo de Badajoz, que por lo significativo, no queremos silenciar (31).

En Trento recibe D. Francisco de Navarra carta firmada por el Emperador y fechada «a postrero de Julio de 1546», en la que se le avisa de su nombramiento para la citada presidencia que hasta entonces había desempeñado el Arzobispo D. Fernando Niño de Guevara, promovido a Sigüenza con el título de Patriarca de las Indias y Presidente del Consejo de Castilla. El Pacense pide sin demora al César que desista de sus propósitos y a pesar de la intervención del Regente Figueroa, del Confesor de su Magestad y del Secretario D. Francisco de Eraso, ante la ejemplar actitud del Obispo, Carlos V no tiene otro remedio que aceptar; y así sus razones lo comunica al interesado en otra carta del 16 de Agosto del mismo año. En solo medio mes se había resuelto el conflicto por la seguridad de nuestro Obispo en las razones aducidas. No conocemos el escrito original que dirigiera al Emperador; pero debería ser más o menos del tenor de ese otro que desde Trento dirige el 5 de Septiembre del mismo año al Inquisidor General y Obispo de Plasencia D. Pedro Ponce de León, en el que se nos da una versión completa de los hechos: refiriéndose a las actuales obligaciones que le impone su condición de Obispo y a las que habría de contraer con la aceptación del nuevo cargo, dice: «Pues ambas cosas requieren tan contina residencia que es imposible compadescerse; quanto más que los negocios que se tratan en las chancillerías, si bien se quieren mirar, son muy esstraños a la profesión y hábito clerical» (32). No nos cabe la menor duda de que con la renuncia a esa presidencia obstaculizó su camino a la sede arzobispal de Granada, vacante; pero era por otra parte secuencia lógica de su postura conciliar.

---

(31) Cfr. FR. A. GARCIA DE LA FUENTE, *Documentos sobre la renuncia de Don Francisco de Navarra, Obispo de Badajoz, a la presidencia de la Chancillería de Granada*, en *Revista del Centro de Estudios Extremeños*, 4 (1930), 345-356. Transcribe la Carta a Don Pedro Ponce de León con las copias de las dos del Emperador que acompañaban a la misma; con copia de otras tres, del Regente, del Confesor y de Eraso; documentos contenidos en el *códice castellano* &-*II*-7 de la Biblioteca del Escorial.

(32) Esta carta se encuentra al folio 308 del códice citado.

Numerosísimos son los testimonios de su alta preparación doctrinal (33). Si nos limitamos sólo a los documentos conciliares, aparte de su designación constante para integrar comisiones de cometidos difíciles, encontramos con reiteración expresiones como estas: «il vescovo Civitatense, spagnuolo, prelato molto da bene» (34); «li dui vescovi spagnuoli, Astorga et Bagiadós—prelati dotti e valenti—faceno quanta resistentia poterno; et Bagiadós che per altro par'modesta persona...» (35); «Cognoscendo io il vescovo di Astorga et etiam il vescovo Pacense essere persone di molto jiudicio et authoritá» (36); «li tre spagnuoli (Badajoz, Astorga y Calahorra) li quali son dotti et san dire le sue ragioni et non se rompano ne se lassano cavare de strada» (37). A ello hay que añadir su más absoluta intransigencia cuando se trataba de denunciar algún defecto; su «espíritu práctico» y deseoso de la total reforma de la Iglesia; su oposición a las dilaciones injustificadas; su temeridad y arrojo en exponerse a las más duras críticas. Baste, como contrapunto a los anteriores testimonios, el siguiente que leemos en el Diario I de Massarello: «Item tutti li spagnuoli, cioé Astorga, Pacense, Lanciano, Castellamare, di quali non diró altre particolaritá se non che sono spagnoli et poco affecti per l'ordinario alla sede apostolica et come quelli che sanno che l'imperatore suo padrone non ha caro che per hora si parli di dogmi, per intrattenere Luterani...» (38). Veamos ahora cómo la sombra de esa figura se proyecta en la gran asamblea habida en la ciudad del Adige.

---

(33) Siguiendo a R. G. VILLOSLADA, *La Universidad de París durante los estudios de Francisco de Vitoria, O. P. (1507-1522).* Roma, 1938, p. 377-378, mantiene José Goñi Gaztambide que el año 1526. D. Francisco de Navarra estudiaba en París. Cfr. *Los Navarros en el Concilio Tridentino,* en *Revista Española de Teología,* 5 (1945), p. 182, nota 3. Mariano Arigita y Lasa, o. c. p. 111, no admite ese período de estudios en París. Para las obras de D. Francisco de Navarra, cfr. el citado Mariano Arigita, ps. 341-350.

(34) Cfr *Concilium Tridentinum,* 10, p. 233, carta de los Cardenales Legados al cardenal Farnesio de, 8 de Noviembre de 1545.

(35) Cfr. *Ibidem,* p. 360.

(36) Cfr. *Ibidem,* p. 469, carta de Jacobo Jacomellus al mismo Farnesio, desde Trento, el 24 de Abril de 1546.

(37) Cfr. *Ibidem,* p. 794, carta de los Legados a Farnesio, desde Trento, el 19 de Enero de 1547.

(38) Cfr. *Ibidem,* 1, p. 383.

II

EN EL CONCILIO DE TRENTO

El 13 de Octubre de 1534 por unanimidad había proclamado Papa el cónclave al cardenal Alejandro Farnesio, quien tomó el nombre de Paulo III (1534-1549). El mismo describirá después, en bula que envíe a Trento, el estado en que yacía la cristiandad: «En aquestos días todo estaba lleno de odios y disensiones. Por doquier se oponían unos a otros los príncipes a los que Dios ha confiado el gobierno de los pueblos. La unidad del nombre cristiano se había roto en mil pedazos por los cismas y las herejías... Sobre todos nosotros, pecadores, se abatía la colera de Dios» (39). El Pontífice se lanza, desde los primeros momentos, a preparar la convocatoria de un concilio, sin sospechar que esa preparación le llevaría más de nueve años: el 2 de Junio de 1536 lo convoca para Mayo de 1537, a celebrar en Mantua. Por la oposición de Carlos V a que fuera en tal ciudad, se desiste y se fija para el 1.º de Mayo de 1538 en Vicenza: cuando allá llegaran los legados pontificios encontraron solamente cinco Obispos. Fernando de Austria sugirió que fuera en Trento y aceptando esa ciudad, el 22 de Mayo de 1542 el Papa lanza una nueva convocatoria. La nueva bula no agradó a Carlos V porque en ella se citaba inmediatamente después de su Magestad inperial y entre «los apoyos principales del nombre cristiano, al despreciable rey de Francia, aliado de los turcos» (40). Fué preciso esperar a que la paz de Crespy-en-

(39) Cfr. DANIEL ROPS, *La Iglesia del Renacimiento y la Reforma.* Barcelona, 1957, p. 87.

(40) Cfr. *Ibidem*, p. 96.

Valois reconciliara, el 17 de Septiembre de 1544, a los dos adversarios: la bula *Laetare Jerusalem* del 19 de Noviembre de aquel año, señalaba la apertura para el 15 de Marzo siguiente—dominica «Laetare»—y una vez más los legados cardenales Del Monte, Cervini y Polo, al llegar a Trento encontraron tan poca concurrencia que volvieron apresuradamente a Roma, a suplicar al Papa que demorara la reunión para Diciembre.

Don Francisco de Navarra, Obispo de Ciudad Rodrigo desde el 22 de Mayo de 1542, recibe la invitación imperial de asistir. Dado su temperamento y esas vicisitudes y dilaciones, no nos extraña que de principio contestara excusando su asistencia. Sin embargo en Junio de 1545 lo encontramos ya en Trento. Al llegar, ante la inseguridad de si el concilio comenzaría, o no, que desaparece, sin que sepamos dónde estuvo, hasta el 1 de Noviembre. El 13 de Diciembre por fin se abre la magna asamblea. En el coro de la catedral de Trento pudo el cardenal Del Monte celebrar la Misa del Espíritu Santo ante los asistentes a esa primera sesión. No eran muchos: cuatro Cardenales, incluídos los dos legales; cuatro Arzobispos, veintiún Obispos, cinco Generales de Ordenes Religiosas y cincuenta peritos, canonistas y teólogos. En total, ochenta y cuatro personas, entre las que ya nunca faltará nuestro Prelado (41).

Sabido es que esta primera reunión tuvo un desenlace inesperado: desde Mayo de 1547 se declaró en Trento, entre sus moradores y huéspedes, el llamado «mal de las lentejas»—porque la piel de los enfermos se cubría de pequeñas placas redondas—y los «padres conciliares» comenzaron a desaparecer en busca de lugar más seguro. En Febrero siguiente—1548—se decretó por fin el traslado del concilio a Bolonia. Obedeciendo órdenes del Emperador los Obispos de sus dominios permanecieron en Trento: para ellos con ese traslado termina el concilio en su primer período y de hecho, allá, los italianos solos celebran las sesiones novena y décima, totalmente anodinas, hasta que el 17 de Septiembre del 1548 Paulo III ordenó la suspensión indefinida de las sesiones (42).

(41) La lista de esos concurrentes en THEINER, *Acta genuina Concilii Tridentini*, I, p. 29.

(42) El Breve Pontificio ordenando la traslación a Bolonia, en *Concilium Tridentini*, VI, ps. 763-765. Se manda a los que quedan en Bolonia que algunos vayan a Roma «ad opponendum si quid habent contra translationem ipsam»; y son llamados a la ciudad eterna Pedro Pacheco, Pedro Tagliavia, de Sicilia, Francisco de Navarra y Juan Bernardo Díaz; cfr. *Ibidem*, p. 832.

Del examen detenido de las Actas de este primer período resulta que D. Francisco de Navarra tuvo nada menos que cincuenta y ocho intervenciones, de ellas diecisiete lo suficientemente importantes como para que expresamente se nos consigne en largos párrafos el contenido de las mismas (43). La materia que más le preocupa, junto con la inclusión, en el encabezamiento de los decretos, de la fórmula «universalem ecclesiam repre sentans» como explicativa de la naturaleza del «synodus» que se celebra (44), es la de «la justificación» (45), la «residencia de los Obispos» (46) el pecado original, habiendo defendido que debía expresamente excepcionarse del mismo a la Sma. Virgen, como en efecto se hace en el número sexto del decreto que se dicta (47); y la Sma. Eucaristía (48). Sobre la justificación lee su magnífico dictamen el día 10 de Julio de 1546 (49) y posteriormente compondrá incluso una monografía sobre tal materia (50). Igualmente leyó dictámenes sobre los sacramentos en general, sobre el bautismo y la confirmación en la sesión séptima; y sobre la Sda. Eucaristía en la congregación general del 9 de Marzo de 1547 (51).

Ya hemos indicado que cuando el concilio se traslada a Bolonia, los españoles permanecen en Trento: aparte el consiguiente conflicto disciplinario en que se vió envuelto, nuestro Obispo, andando el tiempo tal incidente pudo haberle originado serias dificultades. Entre los españoles recalcitrantes entonces, se encontraba su paisano Fray Bartolomé Carranza de Miranda, como teólogo de la Orden de Santo Domingo; y con él, nuestro D. Francisco de Navarra hizo un viaje a Venecia, posiblemente por motivos de salud. Cuando Carranza, ya Arzobispo de Toledo, sea procesado por la Inquisición, el que por las fechas del viaje había sido en

---

(43) Cfr. el índice de tales intervenciones en los volúmenes IV-V de *Concilium Tridentinum*, edic. Stephanus Ehses, Frib. Brisg. 1904.

(44) Cfr. *Ibidem*, V, ps. 556, 578, 581; V, p. 3, nota 2, etc.

(45) Cfr. *Ibidem*, V, ps. 322-324, n. 128.

(46) Cfr. *Ibidem*, IV, ps. 214, 231; V, ps. 756, 999, etc.

(47) Cfr. *Concilium Tridentinum*, V, 222.

(48) Cfr. *Ibidem*, V, 1013 y XI 147.

(49) Cfr. *Ibidem*, V, 322-324.

(50) Cfr. MARIGITA Y LAZA, o. c. p. 343.

(51) *Concilium Tridentinum*, V, 989 y 930.

Venecia «embajador imperial» lo denunciará a su vez por haber frecuentado en la ciudad de los canales y góndolas ciertas amistades sospechosas de valdesianismo. Esa denuncia alcanzaba también al Pacense. Por fortuna, D Diego Hurtado de Mendoza consiguió poco y sus acusaciones se consideraron un tanto interesadas y tardías (52).

Ante la definitiva suspensión del concilio, nuestro Obispo se viene a la diócesis, en 1549, que aún no conocía; pero pronto tiene que dejarla de nuevo para volver a las tareas que se reanudan. El 1.º de Diciembre de 1550 el Papa convocaba otra vez a los «Padres» para el 1.º de Mayo siguiente. Esta segunda reunión, de seis sesiones, durará hasta el 28 de Abril de 1552. A la tercera, don Francisco de Navarra, Arzobispo de Valencia desde el 1556, no conocerá la clausura del diecinueve concilio ecuménico, habida el 4 de Diciembre de ese mismo año.

Ese segundo período conciliar es, de los tres, el peor conocido. Aún no se han editado estas Actas. Bien porque entre los españoles y el resto de los Padres reinó una mayor armonía y uniformidad (53); bien porque nuestro Prelado no gozara de buen estado de salud; bien porque «alguien hubiera llamado su atención interpretando torcidamente el afán de hablar e intervenir» (54); bien porque ahora era Papa el antiguo legado Cardenal Del Monte, Julio III (1550-1555), con el que en tiempo tuvo serias fricciones, lo cierto es que D. Francisco de Navarra «no luce ahora los bríos de que tantas pruebas dió» anteriormente (55). Y no es porque para él la asamblea hubiera decaído en interés. Prueba nuestro aserto el

---

(52) Cfr. El texto de la denuncia en V. BELTRAN DE HEREDIA, *Las corrientes de espiritualidad entre los dominicos de Castilla durante la primera mitad del siglo* XVI. Salamanca, 1941, ps. 115-116.

(53) Es opinión de A. ASTRAIN, *Los españoles en el Concilio de Trento*, en *Razón y Fé*.

(54) Así opina M. ARIGITA Y LASO, o. c. p. 263.

(55) Baste para fundar nuestra opinión, las siguientes palabras del legado Cardenal Del Monte, con motivo de una intervención de D. Francisco de Navarra. «Feram semper profecto aequo animo Patres libere luquentes ut saepius in hoc loco protestatus sum; libere, inquam, cum honesta reverentia quae nobis uti legatis Sanct. mi D. D. et sanctae Sedis Apostolicae debetur. Quod si factum ab aliquo non fuerit, sentiet me talia non passurum; quare certe pati non possum neque debeo quod Pacensis dixit, scilicet legatos synodum decepisse»... Cfr. *Concilium Tridentinum*, IV, 577-578.

«diario» que escribe sobre esta segunda reunión (56): aunque Merkle no lo haya considerado de suficiente interés, a pesar de su difusa extensión, como para incluirlo en la colección Goerresiana, ello no obsta a que se reconozca en su autor—nuestro Obispo—esa preocupación sobre la que, por ausencia de otros testimonios, cabría dudar (57).

* * *

El tema sobre «la obligación episcopal de residir» se solventará con el oportuno decreto en la tercera reunión. No dudamos de que de haber estado presente, D. Francisco de Navarra hubiera hecho gala de sus dotes de polemista. También se nos hubieran conservado exposiciones más precisas de su pensamiento, máxime si se piensa que el Concilio no incluiría directamente sus puntos de vista en el decreto que se promulgue (58). Limitándonos por tanto a sus intervenciones en la primera reunión cuando por primera vez se plantea el problema, uno de los más candentes y vidriosos de aquellos momentos, intentaremos reflejarlo con la mayor brevedad.

Apenas abierto el concilio, se aborda la cuestión del método: de si se debía comenzar por el dogma o por la reforma de costumbres. Los legados pontificios preferían lo primero. Buena parte de Prelados sostenían la opinión contraria, entre ellos el Pacense. En congregación general de 22 de Enero de 1546 se aprobó una propuesta intermedia del Obispo de Feltre, Tomás Campeggio, en el sentido de comenzar simultáneamente con el dogma y la moral. Los legados, que no habían logrado la aprobación poutificia sobre el particular, en congregación general del 3 de Febrero propusieron que el decreto sobre procedimiento no se sometiera a la sesión solemne del siguiente día. Esta determinación motivó la mordaz

---

(56) Es el «*Di diario Hispano concilii Tridentini annis 1551 et 1552 habiti*» (*Compendio o suma breve de todo lo que se hizo en el Concilio general de Trento los años MDLI y MDLII.* Simancas, Estado di Roma, legajo 2, n. 35—olim—; Patronato Real, legajo 21, folio 73 ss.).

(57) Cfr. *Concilium Tridentinum*, II, pág. CXXII-CXXIII y ps. 494 y 479.

(58) Cfr. F. GARCIA GUERRERO, *El decreto sobre la residencia de los Obispos en la tercera asamblea del Concilio tridentino. Especial intervención de los Prelados españoles*, Cádiz, 1943.

protesta del de Badajoz y de Astorga, que se nos trascriben en las Actas:

> «Et cum aliqui cuperent publicari quod statutum fuerat in congregatione generali habita die 22 praeteriti mensis ianuarii super modo procedendi in concilio in materiis pertractandis, scilicet ut simul de fidei dogmatibus et morum reformatione semper agatur—idque praecipue contendebant Dni. Pacensis et Astoricensis qui nullo modo id sileri posse censebant reclamantes—synodum nulla superveniente causa pro libito tantum legatorum sententiam variare... Cui (De Monte) respondens Pacensis inquit: quomodo hoc bonis consulere possumus dum videmus synodum a vobis fere deceptum iri? fuit enim nobis omnibus ostensum decretum quod omnibus summopere placuit et placet et nunc absque ulla ratione subticetur... Addidit Dnus. Astoricensis: Ego profecto quod decretum ipsum diferatur vel non differatur, non multi facio; verum modus quo dilatio ista fit, mihi placere non potest» (59).

Massarello, en el «Diario I» no pudo dejar de consignar el incidente de ese miércoles 3 de Febrero: «Fuere tamen sex ad summum qui nullo modo decreto de simul procedendo subticendum esse censuerunt et in primis Pacensis et Astoricensis qui nullo modo subticeri possecontendebant, dolueruntque mirum in modum, nulla superveniente causa, sententiam synodus pro libito legatorum imutari. Quod si, inquit Pacensis, faciendum est, frustra in resolutionibus et congregationibus tempus consumimus» (60).

En la sesión del 4 de Febrero, en su voto, el de Badajoz, aparte de la torturante petición tantas veces repetida de que se incluyera en los títulos el «universalem ecclesiam representans» para aclarar la naturaleza del «synodus», se opondrá a la decisión de los legados, que determinaron no dar lectura oficial al decreto ya aprobado «sobre el modo de proceder». Su cédula dice literalmente así:

---

(59) Cfr. *Concilium Tridentinum*, IV, ps. 577-578.

(60) Cfr. *Ibidem*, I, p. 27.

«Episcopus Pacensis dedit et ipse cedulam quandam tenoris infrascripti, videlicet: Placet quod legatur decretum et symbolum que concilium profitetur fidem catholicam. De titulo protestatur quod quando visum fuerit concilio expedire, apponatur illa verba «universalem ecclesiam representans». Non placet quod non legatur in hac sessione quod decretum fuerat a concilio, nempe quod simul tractaretur de dogmatibus et de reformatione ecclesiae quoad mores. Franciscus, Episcopus Pacensis» (61).

Al emitir su voto «oral» se limitará a hacer una simple referencia a la célula ya entregada:

«Cui cardenalis del Monte et succesive ommes responderunt: placet et ita credimus et confitemur; exceptis Fesulano, Caputaquensis et Pacensis qui dixerunt se ita credere et confiteri; de cecretis sibi placere ut in quadam cedula per eos notario prorreta (continebatur)» (62).

En la siguiente congregación general el cardenal Del Monte censuró el proceder de esos tres Prelados y les exhortó a seguir siempre a la mayoría. Fesulano se mantuvo impertérrito; el Pacense y su otro compañero de Capaccio, arrepentidos, pidieron perdón, manifestando públicamente que en lo futuro, se atendrían al voto mayoritario. Ello no fué obstáculo para que los legados informaran de lo acaecido al cardenal Farnesio, que hacía las veces de secretario de Estado de Paulo III, lo que equivalía a ponerlo en conocimiento de Su Santidad (63). Estimamos que así se hizo, a pesar del arrepentimiento de los interesados, por creerse que obedecían dictámenes del propio Emperador, a quien no gustaba que por el momento se hablara de dogmas por las implicaciones que supondría para su político con los luteranos. Ya antes hemos citado un significativo testimonio de Massarello (64).

---

(61) Cfr. *Concilium Tridentinum*, IV, p. 581.
(62) Cfr. *Concilium Tridentinum*, I, p. 27.
(63) Cfr. *Concilium Tridentinum*, X, p. 359.
(64) Cfr. supra, nota 38.

Visto que sus propósitos de comenzar «por la reforma» eran irrealizables, a partir del 15 de Abril de 1546 vemos a nuestro Obispo abordando «questiones disciplinares» implicándolas en su correspondiente marco dogmático. Así, en una intervención que tiene el día citado, en la que si bien se elabora un decreto «de reformatione», lo cierto es que se trata de la lectura de las sagradas escrituras y de la obligación de predicarla, habla de tal obligación respecto a los Obispos y de su para ello consiguiente obligación de «residir»:

> «Pacensis: Lectio sacras scripturae placet; sed timeo non serventur ista, neque alia iam statuta; viderentur iam decreta servanda, non nova edenda. Tamen placet quod dicitur in decreto. Methodus et catechismus: dubitat si alia fiat methodus, ne illa Magistri sententiarum pereclitetur. *Episcopi arctentur ad praedicandum et aliquo modo et vinculo item ad residendum praecipiantur.* Parochi etiam resideant. Religiosi praedicare, missi a superioribus suis, possint; hora qua episcopus praedicat, taceant. In cathedralibus et parochiis non nisi cum licentia episcopi vel parochi. Puniantur ab ipso Episcopo et inquisitore—quando super haeresi; quando in aliis peccat—deputatum tum cum episcopo. Ubi sunt consuetudines serventur. Quaestuarii, ut stat, placet. Quoad reliqua placet» (65).

No queremos dejar de insistir en la importancia que tiene en la doctrina de nuestro Obispo sobre la «residencia» el hecho de que tenga que plantearla dentro de ese marco, porque para poder abordar inicialmente el tema hubo de recurrir a esas suspicacias, uniéndolo a otros como es el dogmático de la autenticidad de los libros sagrados y el jurídico-positivo-divino de predicar el contenido de esos mismos libros, ve esa «residencia» según el mismo prisma; para él, por tanto, se tratará de problema de idéntica dimensión doctrinal, inseparable y así lo abordará incluso cuando, por llevarse al aula con carácter independiente de cualquier otro, se pueda discutir con total autonomía. Esto sucede en la «congregatio generalis de residencia» de 10 de Junio de 1546. El concilio

(65) Cfr. *Concilium Tridentinum*, V, p. 118;

se ha decidido a tratar esta materia en un decreto disciplinar que en definitiva no se aprobará hasta la tercera reunión en que no está presente nuestro Prelado. Veamos cómo expone su pensamiento en su intervención de ese día:

> «Dixit residentiam episcoporum et praeclatorum esse necessariam. Circa quam cupit ante omnia declarari an ea sit de iure divino. Ipse enim credit illam esse de iure divino, omnesque tenentur residere sine ulla exceptione personarum. Prius deberet tractari de impedimentis, praesertim quae proveniunt 'ex Urbe, propter quae, nisi deleantur, oportet nos, inquit, recurrere ad tribunal Caesaris ut ipse nos defendat. Quoad poenam servetur ius commune. Vel ita tractetur haec materia vel differatur ad aliam sessionem» (66).

La impresión que produjo su mención del «tribunal del César» para poner coto a los «abusos», declarando con ello su firme convicción de que en la Urbe no se pondría interés en buscar el ansiado remedio, lo demuestra una carta de los legados a Farnesio, en la que sin hacer mención de nuestro Obispo, lo incluyen sin duda entre los aludidos:

> «...ma si riservasse tutto questo capo integro a un altra sessione dove si possa trattare della residentia et delli impedimenti insieme, de quali molti parlono assai liberamente, toccando alcuni li principi seculari, alcuni la corte di Roma (67) et alcuni tutti dui; et quanto a la corte di Roma non fu taciuto che li beneficii, maxime curati, si davano a persone indegne et che é peggio, all'incauto (inconto) (68).

---

(66) Cfr. *Concilium Tridentinum*, V, p. 214.

(67) Cfr.. *Ibidem*, X, p. 523, nota 7.ª: «Inter quos nominandi sunt episcopi Castellimaris (I, 71), Giennensis (V, 210), Lancianensis (V, 213), Pacensis (V, 214); Canariensis (I,74 et V, 215)».

(68) Cfr. *Ibidem*, X, 523. En carta de Juan Bautista Cicada «auditor Camerae, episcopus Albingensis» al mismo Cardenal Farnesio, se dice que en el decreto de residencia algunos querían que expresamente se mencionara a los Cardenales, cfr. *ibidem*, X, 808. Lucano de Ottonibus, al duque de Ferrara en carta de 14 de Enero de 1547 da la misma referencia: cfr. *Ibidem*, X, ps. 877-878.

Que no fué solo nuestro Obispo el que dirigió así sus dardos; ni que esa preocupación fué exclusiva de los españoles, está sobradamente probado. Las frases más duras posiblemente fueran las pronunciadas por «aquel arzobispo portugués de Braga, Bartolomé, que sin eufemismos—verdad es que tenía fama de santo—arrojaba a los purpurados esta, tan cruel: a mi entender Vuestras Ilustrísimas Señorías tienen gran necesidad de una ilustrísima reforma» (69). Sin embargo ha sido D. Francisco de Navarra quien ha pasado a la posteridad como el más mordaz e hiriente. Así se expresa el P. Astrain: Sólo hubo uno que desafinó terriblemente y fué D. Francisco de Navarra, Obispo de Badajoz. Hablando de los impedimentos que sienten los Obispos para residir entre sus ovejas, afirmó que debía tratarse ante todo de quitar los impedimentos que provenían de la curia romana». Mereció por ello la réplica del cardenal Del Monte, precisando que «si se vendían beneficios en Roma a los españoles, es porque había compradores» (70). Pero el sentido que al planteamiento daba el pacense no era el de la simple crítica ante la situación creada; para él lo accesorio se había convertido en el mayor obstáculo de lo esencial. No se trataba de corregir abusos simplemente; se debía precisar el auténtico contenido de instituciones adulteradas. Por ello en la congregación general sobre «residencia» del 4 de Enero de 1547, irá hasta las últimas consecuencias:

> «Residentia est de iure divino... Et cardinales residere tenentur ut ali episcopi; inmo episcopatus et cardinalatus sunt incompatibiles... Impedimenta deleantur quae proveniunt a Curia Romana» (71).

A partir de esa última intervención sobre tan debatido asunto, no hablará más y limitará a emitir siempre su voto remitiéndose al contenido de cédulas escritas que acompaña (72). Todavía el 3 de Marzo de ese mismo año, cuando se trata del voto aproba-

---

(69) Cfr. DANIEL-ROPS, o. c., p. 123.
(70) Cfr. *Los españoles en el Concilio de Trento*, en *Razón y Fé*, 3 (1902), 194-195.
(71) Cfr. *Concilium Tridentinum*, V, p. 756.
(72) Cfr. *Ibidem*, V, ps. 807 y 881.

tivo de los cánones del decreto acompañará una larga nota insistiendo en sus puntos de vista (73).

Por la disparidad de votos el decreto sobre residencia no fué aprobado, como estaba previsto, en la sesión sexta, junto con el decreto «de iustificatione», el día 13 de Enero de 1547. Se nombra una comisión de trabajo, de la que forman parte el cardenal Pacheco, con los españoles tan conocidos, el de Badajoz, el de Astorga y el de Calahorra como canonistas; pero poco pudieron hacer: era Enero de 1547 y el 9 de Marzo se tiene una congregación general en la que se propone a los Padres «quid agendum de concilio ob vigentem morbum ponticularum» (74). Desde esa fecha hasta el traslado a Bolonia en Febrero del 1548 la actividad de los reunidos fué casi nula.

Esa misma preocupación le embargó al Pacense fuera del aula conciliar, en su correspondencia; y hasta animó a su colega, el famoso Fr. Bartolomé Carranza de Miranda, a componer un tratado con ese título según confesión del propio autor (75). Lástima que no asistieran a la tercera reunión conciliar en la que con tanta dedicación el concilio se decide a abordar la que se calificó de gran preocupación de los Prelados españoles. Hubiera precisado más su pensamiento. Entonces, tras los informes llegados de todas partes, los estudios mandados por las Universidades y la implicación del nuevo problema que surge, el de el derecho divino inmediato y directo de la jurisdicción episcopal, se profundiza como él no había hecho, aunque en definitiva los argumentos eran los mismos, insuficientes según la mayoría, que, con la consiguiente protesta de algunos españoles, optó por omitir la declaración del derecho que urge al Obispo el deber de residir (76).

Si quisiéramos resumir en pocas líneas la posición doctrinal de D. Francisco de Navarra ante la obligación de residencia del Obispo, diríamos: Que en un principio la concibe, al menos no dice otra cosa, como cuestión disciplinar que hubiera deseado abordar junto con todas sobre reforma, antes que el dogma; que

(73) Cfr. *Ibidem*, V, p. 999.
(74) Cfr. *Concilium Tridentinum*, V, p. 1013.
(75) Cfr. Sobre la obra *De residentia* de Carranza, ARIGITA, o. c. p. 634.
(76) Cfr. F. GARCIA GUERRERO, obra citada en la anterior nota 58.

por primera vez la plantea, unida a la obligación de predicar, al tratarse de la autenticidad de las Santas Escrituras, posiblemente como recurso para que el planteamiento se le admita; que esta implicación de cuestiones, meramente accidental, le hace ver sus posibles relaciones mutuas, por lo que hablará del «ius divinum» como fundamento de esa obligación de residir; que es por tanto obligación que vincula a todo el que ha recibido el episcopado, incluso cardenales; que por razón de su función el cardenalato obliga a una dedicación que obstaculiza el cumplimiento con el deber de residir; que por tanto son incompatibles el cardenalato y el episcopado; que se hace imprescindible desterrar abusos como el del «pluribeneficio» entre otras muchas razones porque es un atentado contra el «ius divinum». Son todas deduciones de un único principio: la residencia obliga al Obispo «iure divino» y no «iure mere ecclesiastico». En un último paso, intentemos la valoración que hoy merece ese fundamental aserto.

III

VALORACIÓN DOCTRINAL

Ensayemos unas esquemáticas precisiones en torno al «ius divinum» según la problemática actual (77).

En su correlación conceptual al «ius ecclesiasticum» el «ius divinum» implica las siguientes particularidades diferenciadoras: a) no es norma que dimane con carácter primario ni secundario, inmediato o mediato, del «derecho natural»; ni concreción de ese mismo derecho bajo ningún aspecto, al menos como exigencia; de modo que si alguna vez lo es, ello no obedece a una de sus notas esenciales; b) es anterior a toda determinación positiva de la Iglesia; c) su normatividad proviene de un acto explícito y reflejo del propio fundador; d) su «objeto» es siempre «constitucional» en la Iglesia; aunque no exista una «identidad adecuada» entre lo que es derecho divino o lo que es constitucional en la Iglesia, en el sentido de que puede admitirse y de hecho se admite que no todo lo constitucional pertenezca al derecho divino; p. e. el régimen *episcopal-monarcal* de las iglesias particulares o diócesis, es «constitucional» y no consta que sea «de derecho divino» (78); e) es «permanentemente obligatorio» para la Iglesia; «irreversible» por proceso histórico; e «irrevocable» por decisión jerárquica.

De estas particularidades diferenciadoras resulta patente que el problema no radica en *qué sea «el ius divinum»*; sino en *qué cosas*

---

(77) Seguimos a KARL RANHER. *Sobre el concepto de «ius divinum» en su comprensión católica*, en Escritos de Teología, V, p. 247-273.

(78) Cfr. I. SALAVERRI, *De Ecclesia Christi*, en *Sacrae Theologiae Summa*. I. (B. A. C. Madrid, 1952) p. 604, n.º 346.

sean «de iure divina». Más aún, diremos que su dificultad estriba en «la prueba a posteriori» o prueba histórica de esas particularidades diferenciadoras según el sentido neto de cada una en su proyección en el tiempo. Con otras palabras: la institución de derecho divino, sea cual fuere, supone respecto a nuestra manera de verla, una «evolución homogenea» igual que el mismo dogma, supone un «embrión originario»; pero ese «embrión» puede ser «plurivalente» y difícil de identificar con la «institución» tal como se propone posteriormente; incluso pudiera resultar que esa institución admitida como de derecho divino, en su «calidad embrional» no se diera como válida «para siempre».

De esta última reflexión, deducimos nosotros las siguientes conclusiones, que podrán no aceptarse por todos; pero que a nosotros nos resultan deducciones lógicas de lo dicho:

1.ª En la «institución de derecho divino» tal como hoy podemos examinarla, no todo es de «derecho divino».

2.ª En toda «institución de derecho divino» hemos de distinguir «su esencia» y «su figura», entendiendo por ésta «su concreción en el tiempo». Si bien es necesaria la «igualdad de esencia», no lo es, y no suele serlo, la «igualdad de figura».

3.ª No es absolutamente imposible; pero de hecho tampoco es posible, una distinción material adecuada entre «esencia» y «figura concreta de la realidad esencial»; la razón es la «historicidad» del sujeto que sobre ambas reflexiona.

4.ª La vertiente dogmática que en sí misma implica todo «ius divinum» exige que la «institución de derecho divino» aparezca siempre como «institución de derecho divino». De la misma manera que no puede declararse como dogma lo que la tradición «transmite como «divinamente revelado», o sea que es imprescindible la transmisión del dato con conciencia de que es revelado para que un día pueda ser definido, así para aceptar como de «derecho divino» una institución, ésta debe aparecer siempre históricamente como «de derecho divino». Podría Cristo haber dispuesto una cosa y no ser de derecho divino si no la ordenó para siempre; así sucede en Mateo, 18, 15-20: ¿hemos de admitir que sigue obligando el «procedimiento» que Cristo señala respecto al hermano que pecó?. Otro tanto podremos decir del velo de la mujer en la Iglesia; o de la división de ministerios en el sacramento

del orden ¿podría suprimirse el diaconado como «grado sacramental»? (79).

5.ª Una decisión de la Iglesia, conforme a la «esencia» y generadora de derecho e irreversible será «ius divinum» cuando acontezca en el seno de la Iglesia primitiva. Se fundamenta este aserto en el hecho de que la revelación no quedó cerrada hasta la muerte del último Apóstol: entonces las decisiones de Cristo, revelador, seguían siendo posibles.

6.ª A esta postrera pregunta se contesta por los autores de un modo un tanto disconforme: ¿Es posible un «ius divinum postapostolicum?. Por lo menos hay que afirmar que «no es imposible», que es distinto a decir «que es posible». Una cosa es no probar que una institución existía como de derecho divino en tiempo apostólico y otra cosa es probar que no existía. Quienes nieguen la posibilidad que nosotros afirmamos, tendrán que admitirnos que para ellos en esta materia es lo mismo «no probar la existencia de la institución» y «probar la no existencia de ella». Pero se está muy próximo de caer en el extremo contrario: considerar que la institución posterior, una vez que *no se ha probado que no existió antes como de derecho divino,* debe considerarse como probada en su existencia bajo esa cualidad de «institución de derecho divino». Es decir: puede aparecer en tiempo posterior una institución cuya condición de derecho divino, porque existiera o no en tiempo apostólico, se discuta. Para unos no será de derecho divino porque su condición de tal no aparece en tiempo apostólico. Para otros es de derecho divino porque si aparece así luego, es porque así lo había sido antes mientras no se demuestre lo contrario; son estos los que por el hecho de no probarse la no existencia de una cosa, la suponen existente. La postura lógica será: prescindiendo de si existió o no antes, supuesto que no puede probarse su existencia, para nosotros «no puede obligar» como de derecho divino. Por ser materia que no pertenece al «poder de enseñar», sino al de régimen, podemos volver a preguntar: ¿Puede la Iglesia imponer como de derecho divino una obligación que no pueda probarse como existente en el tiempo apostólico? Respondemos: porque «no poder probar» no es lo mismo que «no existir», creemos que la

(79) Cfr. K. RAHNER, *Ibidem,* p. 253.

Iglesia puede imponer esa «obligación» como de derecho divino, que no se probaría ni que existía como tal y posiblemente ni cómo era en ninguna de sus particularidades; pero que debió existir, porque si no, difícilmente se salvaría la indefectibilidad de la Iglesia con tal imposición: esa «institución» la calificaríamos «de derecho divino post-apostólico».

Apliquemos ahora estas mismas conclusiones a la «obligación episcopal de residir». La pregunta concreta es ésta: el concilio de Trento y el Vaticano Primero definieron que los Obispos de las iglesias particulares son «iure divino» sucesores de los Apóstoles: ¿Son «sucesores» con obligación de residir «iure divino»? o ¿son «sucesores iure divino» y la obligación de residir es «iure eclesiástico»?. Respecto a estas dos preguntas no quisieron pronunciarse esos concilios; lo dejaron a la discusión privada y en tal sentido lo abordamos, exponiendo nuestra opinión.

Comencemos por aplicar esas conclusiones anteriores al problema en sí; o sea, que afirmar de *la obligación episcopal de residir* su condición de *institución de derecho divino,* es afirmar que en ella se dan las indicadas particularidades diferenciadoras; ser anterior a toda determinación positiva de la Iglesia; provenir su normatividad de un acto reflejo del Fundador; ser norma constitucional; y no caer dentro del ámbito del derecho natural; aunque en tal «institución», tal como hoy se nos presenta, no todo sea de «derecho divino», si bien deba serlo en cuanto a su esencia, no necesariamente en cuanto a su figura. Todavía cabe inquirir si, dándose todas esas particularidades, de hecho siempre se ha tenido conciencia – al menos en la primitiva Iglesia – de que esta institución era de derecho divino; y, caso contrario, si podría considerarse como de «derecho divino post-apostólico».

Huelga aclarar que faltando una de las notas señaladas, tan sólo, habría que responder negativamente a la cuestión planteada.

La solución, si se encuentra, ha de ser por la vía de los resultados que hoy brinda la investigación en torno a la evolución de las «instituciones»; más concretamente la evolución de las «funciones episcopales». Veamos brevemente esos resultados, siguiendo los trabajos más significativos (80).

---

(80) Cfr. *L'Episcopat et L'Eglise universelle.* Ouvrage publié sous la direction de Y. Congar O. P. et B. D. Dupuy, O. P. París, 1963, en especial *Le theme de la*

Nadie pone en duda que primitivamente los Apóstoles y sus Sucesores eran «itinerantes«. Poco a poco algunos Apóstoles y sus Sucesores se establecen en una ciudad concreta, desde donde siguen preocupados del resto de la «cristiandad» que cada uno funda. El frente de la jerarquía que va surgiendo en cada ciudad importante, aparece pronto «el presidente del presbyterium». Este «presidente del presbyterium local» en un principio no goza de la condición de ser considerado como «sucesor de los Apóstoles», que se reservaba solamente a los que presidían la jerarquía de determinadas ciudades. Es bien entrado el siglo II, cuando todo presidente de un presbyterium local es considerado como «sucesor de los Apóstoles». En tal fecha se perfila con carácter definitivo la figura del «Obispo» tal como hoy la consideramos, en su doble dimensión de ser «presidente del presbyterium local «y» sucesor de los Apóstoles». A ello se llegó por la necesidad de hacer frente a la proliferación de herejías gnósticas, que predicaban una doctrina secreta como recibida directamente de los Apóstoles y distinta de la predicada en las «iglesias locales oficiales». Al recabarse para todo presidente de presbyterium local su condición de sucesor de los Apóstoles, se atacaba a estas herejías en su propia raíz. Esta circunstancia y no otra vincula a los Obispos en esa su doble dimensión – «presidente» y «sucesor» – a una «iglesia determinada», como «sucesor de los Apóstoles residentes» y no «sucesor de los Apóstoles itinerantes». Se da, en la función del Obispo, un paso gigante, de la «era apostólica» a la «era postapostólica». Según Charles Journet, ese paso – del «Obispo y sucesor de los Apóstoles itinerante» a «residente» – y la unión de la doble dimensión – «presidente del presbyterium local» y «sucesor de los Apóstoles» – no se efectúa sin que la Iglesia sufra la crisis interna más grave de toda su historia (81).

Una cosa es la fusión de ambas instituciones; y otra cosa es su origen. Tanto los auténticos «sucesores de los Apóstoles» como

---

sucession des Apötres dans la litterature chretienne primitive, par A. M. Javierre, en ps. 171-221; *L'Eveque dans l'Eclise du ghriste*, Brouges, 1963 en especial «*Les pouvoirs hierarchiques chez les Apostres, le Pape, les eveques, por Charles Journet*, en ps. 193-202; JEAN COLSON, *Les fonctions ecclesiales aux deux premiers siécles*, París, 1965, en especial las «conclusions», en ps. 317-353.

(81) Cfr. CHARLES JOURENT, artículo citado. p, 196.

los «simples presidentes de presbiterios locales, vienen sobradamente atestiguados en los hechos de los Apóstoles y en las epístolas paulinas (82). Nadie duda hoy, en el sector católico, de que unos y otros existieran por divina institución. Es la fusión la que se efectúa por decisión «eclesiástica». Resulta, como consecuencia, el «Obispo» en definitiva, tal cual ha llegado hasta nosotros, que toma del «sucesor de los Apóstoles» lo que a éste era esencial —ser «sucesor de los Apóstoles— » y del presidente del presbyterium lo que era esencial al mismo —«residir para presidir la iglesia local». Si la «residencia» le era esencial a este último y en él la residencia era «por derecho divino» como alcance lógico de la propia institución, de alguna manera «la obligación de residir por derecho divino» que tenía el presidente del presbiterio local debía seguir afectando al «Obispo» que asumirá, por decisión de la Iglesia, esas mismas funciones. La dificultad está ahí: en que una decisión, que condiciona una institución anterior en determinaciones accidentales suponga para esa misma institución unas obligaciones de derecho divino... Nos permitimos sentar las siguientes conclusiones:

a) De la fusión de dos instituciones, la del «sucesor de los Apóstoles», itinerante; y la del «presidente del presbiterio local», residente, ambas de la época apostólica, surge «el Obispo» en la época post-apostólica como «sucesor de los Apóstoles y presidente del presbiterio local», siempre residente.

b) La residencia aparece institucionalizada en el «Obispo» a partir de esa fusión. Puestos a aplicar la distinción antes indicada entre «esencia» y «figura» de una institución, diremos que en el «Obispo» su esencia está en ser sucesor de los Apóstoles; y su figura en ser presidente del presbiterio local, cualidad esta accidental a su función originaria; y la obligación de residir le viene por tanto no de su cualidad esencial originaria, sino de su cualidad accidental derivativa.

c) La obligación de residir en el «presidente del presbiterio» era de derecho divino, por ser esa obligación esencial a una institución de derecho divino. La fusión entre las dos instituciones

(82) Cfr. JEAN COLSON, o. c., cap. VII: *Les presidents-pilotes-pasteurs-didascales*, ps. 123-137.

fué por determinación de la Iglesia; por derecho eclesiástico. El «Obispo» es por derecho divino «sucesor de los Apóstoles» y por derecho eclesiástico «presidente del presbiterio». En cuanto «sucesor de los Apóstoles» no tiene obligación de residir; en cuanto «presidente del presbiterio» tiene obligación de residir «iure divino». Como la fusión, repetimos, fué «iure eclesiástico», en epoca post-apostólica, resulta que *nuestros Obispos tendrán obligación de residir «iure divino postapostolico».*

En los tratados «De Ecclesia» no falta una tesis que diga: *Los Obispos son por divina institución sucesores de los Apóstoles, para residir cada uno en una iglesia particular.* Se suele dar la siguiente calificación teológica: «de fé» que los Obispos de las iglesias particulares son «iure divino» sucesores de los Apóstoles; «conclusión teológica» que «por divina institución» preside cada uno su iglesia particular (83), Consideramos más exacto formular así la proposión compleja: *Los Obispos que presiden hoy nuestras iglesias locales desempeñan la función acumulada de dos antiguas instituciones distintas de derecho divino: la de los sucesores de los Apóstoles y la de los presidentes de presbiterios locales; pero tal acumulación de funciones es de derecho eclesiástico.* Que los Obispos son sucesores de los Apóstoles por divina institución, está definido en el Tridentino y Vaticano I; cosa distinta, independiente es que en ellos se acumulara la función de los antiguos presidentes de presbiterios, que estos presidentes fueran de institución divina y que la acumulación se realizara por decisión de la Iglesia post-apostólica. Por ser cosa absolutamente independiente, no puede ser conclusión teológica de la definición de esos concilios. Es tema de libre discusión científica sobre el que la Iglesia no se ha pronunciado y que nosotros, en afán de encontrar resuelto lo que no se abordó, no podemos recurrir a la postura cómoda de darlo si no como materia definida, como conclusión teológica al menos. Pertenece a los más actuales problemas de la ecclesiología que científicamente deben tratarse preparando el camino de definitivas y ulteriores resoluciones.

Otro tanto hay que afirmar la compatibilidad entre esta obligación episcopal de residir y la condición de miembros del Colegio,

(83) Cfr. J. SALAVERRI, *De Ecclesia Christi*, thesis 8.ª, en *Sacrae Theologiae Summa*, 1. (BAC., Madrid, 1952), p. 599 y ss. n.º 330 ss.

sucesor del Apostólico que a cada Obispo incumbe. Pero este tema rebasa por entero la que fué preocupación de nuestro don Francisco de Navarra; por ello ni intentamos abordarlo siquiera en este nuestro trabajo sobre sus intervenciones en Trento.

AQUILINO CAMACHO MACIAS

MISCELÁNEA

RECENSIONES

La primera República española, por José Emilio Estrella Estrella.

Su autor ha tenido la atención de ofrecernos un ejemplar de este pequeño y bien editado volumen, de tonos patrióticos, cuyas tapas ostentan los colores de la bandera española. Se trata de unas ediciones que publican, de acuerdo, el Círculo de Estudios "Donoso Cortés" (Badajoz" y el Centro de Estudios Históricos (Cáceres), en defensa de los ideales políticos monárquicos.

José Emilio Estrella hace historia de las dos repúblicas que con intervalos de años, fracasaron en España. Adornan los capítulos del libro una colección de fotograbados de las personalidades y sucesos más relevantes que componen un tono armónico digno de elogio.

El autor se limita a demostrar la realidad de que no han tenido acierto y al contrario han causado daños irreparables las dos tentativas republicanas, sobre todo la última, que tanto daño causó.

Parece que el libro del señor Estrella responde al despertar en estos momentos de ideales políticos diversos en que cada cual da su opinión, más o menos acertada, en vísperas de acontecimientos futuros y a ello responde el libro que comentamos y que ha llamado nuestra atención.

Los grandes sabios, por Arsenio Muñoz de la Peña.

He aquí un escritor extremeño de valía que. lentamente, con sus obras, va consiguiendo un lugar de los más prestigiosos que alcanzan en la actualidad los valores de Extremadura.

Si bien en el arte pictórico esta región, por sus meritísimos artistas, está situada en la cumbre de nuestra península, no es así en la literatura ni en la música. Uno de los novelistas más famosos de la provincia de Badajoz fué Felipe Trigo, epígono del modernismo en el siglo XIX, calificado como pornográfico, después de haber obtenido un gran prestigio con su labor novelística, no en el aspecto sexual, sino en la creación de personajes humanos muy valiosos y en las descripciones de escenarios y paisajes, así como su muestra en el diálogo, de un realismo perfecto, apenas suenan su nombre y sus novelas que duermen el sueño de los justos. El día que Felipe Trigo encuentre su crítico de buenas mimbres y de afanes de estudio por conocer su literatura, volverá a la superficie por sus méritos merecidos y eternos.

Muñoz de la Peña es un ejemplo viviente de honestidad y de voluntad, que bien vale los méritos obtenidos con sus obras. Es un cuentista fecundo y acertado.

Los grandes sabios, publicado en Madrid por Aguilar, en un tomo con otras dos producciones literarias, es una novela breve de una intensidad amorosa, de Miguel y Gloria, que absorve el interés y la curiosidad del lector, siguiendo paso a paso la serie de incidentes expresados en diálogos naturales, hasta llegar a la muerte del protagonista que Gloria llora sentida su alma por la pérdida de tan querido amor.

La naturalidad a través de todas sus páginas, el interés que en gradación estudiada van levantando el espíritu, llega al apasionamiento que inspira la obra en su elevado sentir. Deja su lectura el recuerdo inolvidable de los libros literarios que saben expresar un contenido magnífico descrito con forma impecable,

E. S.

Luis Chamizo. Obra poética completa. (Ediciones "Cultura Hispánica", de Madrid.

Con anterioridad "Aguilar", "Espasa Calpe" y "Centro de Estudios Extremeños" de Badajoz, han publicado toda o parte de la obra de Chamizo.

La cubierta de este libro que comentamos, de papel satinado en blanco y azul, enmarcando el nombre del poeta en un rombo en blanco y gris, es de César Olmos. Lleva un prólogo de José María Pemán, tomado del discurso que pronunció en Badajoz, con motivo de los Juegos Florales en Marzo de 1956, en honor del poeta extremeño. No responde a la categoría de su prestigio de periodista y escritor, tan destacado y abundoso.

Contiene la obra *El miajón de los castúos,* hace años presentado por J. Ortega y Munilla. *Las Brujas,* poema dramátnco de ambiente extremeño, con el breve juicio crítico de Enrique Segura, en signo esquemático de mayúsculas (E. S.). El poema *Extremadura,* con su antiguo "prólogo" de José López Prudencio y unas líneas, por último, de José García Nieto, poeta delicado, garcilasista y de la nueva poesía.

Cuanto más numerosas sean las ediciones de la obra poética de un artista en este caso, más conocido es el autor y es también signo de haber despertado interés su poesía en diversas etapas de la Historia. Así que bien venida sea esta última edición, casi familiar, en homenaje y a la memoria de este extremeño cantor de Extremadura. Alabemos el deseo y la realización del Instituto de Cultura Hispánica. No seamos mezquinos en su elogio, pero debemos apuntar someramente que esperábamos de esta edición de Obras completas —mejor hubiera sido, por no figurar todas en el título, de "Obras selectas— un estudio exhaustivo tan necesario.

Pensamos que esta edición mejoraría las anteriores, sobre todo la reciente publicación del Centro de Estudios Extremeños, con portada en la que se reproduce una cabeza de Chamizo del insigne escultor Victorio Macho y adornan la obra e ilustran las poesías varios grabados magníficos que repro-

ducen: un cuadro del pintor Adelardo Covarsí "La leyenda del castillo", que decoran los versos de *Las brujas;* o una escena de alfarería, del oficio recio y acariciador de la estirpe del poeta; o presentación de uno de los trajines del campo —abrevadero de bestias después del trabajo—; o el sesteo inmóvil e impresionante de las merinas, en las tierars llanas de la Serena, al calor somnoliento de la siesta.

Apreciamos enseguida que aún en provincias las obras se hacen quizás con menos medios económicos y falto de materiales, pero son un caudal de cariño y ternura.

Hubiéramos deseado también que esta edición de Cultura Hispánica constituyese una edición crítica de la obra de Chamizo, con notas, variantes, etc., etc. En Madrid hay más y mejores medios para poder realizar esta fecunda labor. Eruditos, filólogos, en la Universidad y en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, hubiesen realizado este trabajo a la perfección.

Desde el punto de vista económico, para su propaganda digamos también que la edición de Extremadura valora el ejemplar en setenta y cinco pesetas y la de Madrid sube a doscientas pesetas, acaso por el precio del papel que es superior.

No ha sido así, pero alegrémonos de que se haya intentado con ello contribuir al mayor y mejor conocimiento de la obra de tan insigne cantor de Extremadura.

E. S. C.

NOTICIAS

EXPOSICION DE PINTURAS DE DOMINGO MANCEÑIDO

Joven aficionado a la pintura, natural de Zafra, que presentó treinta y ocho obras en las que predominaban los paisajes y bodegones; exposición que fué muy visitada y a la que en su inauguración asistieron las primeras autoridades, vendiendo algunas obras.

CONCIERTO POR LA AGRUPACION NACIONAL DE MUSICA DE CAMARA

Otra magnífica actuación de esta conocidísima agrupación, que ha dado bastante recitales en nuestra capital, que interpretó obras de Beethoven, Ravel y Dvorak, con la sala llena de público y asistencia de las primeras autoridades.

EXPOSICION DE ARTE ROMANICO

Exposición del Consejo de Europa, facilitada por la Dirección General de Bellas Artes.

Interesante y completa exposición de reproducciones del arte románico, en la que destacan: Raul Claver y la construcción de iglesias, los Caminos de Santiago, el Pórtico de la Gloria, de la Catedral; la arquitectura románica en Francia, España, Alemania, Italia, Inglaterra y Escandinavia; la escultura en Francia y España; objetos de arte religioso, las miniaturas y las iniciales ornadas, la miniatura en el siglo XI y XII; la pintura mural y sobre tabla; bordado en tapicería, con un fragmento de la famosa "Tapicería Bayeux",

que representa un episodio de la guerra entre Haroldo II, rey de Inglaterra y Guillermo, duque de Normandía. Exposición que fué muy visitada y a su inauguración asistieron las primeras autoridades.

CONCIERTO POR EL SHAEFFER QUARTETT, DE DUSSELDORF

Extraordinaria interpretación de obras de Mozart, Beethoven y Bartòk por este cuarteto de cuerda de especial sensibilidad, que se adaptó a tan variada línea d estos citados compositores. Asistencia de mucho público.

IX CONCURSO EXPOSICION DE CANARICULTURA Y PAJAROS EXOTICOS

En la Casa de la Cultura, organizado por el Grupo de Criadores de Pájaros del Sindicato Provincial de Ganadería, se presentó esta alegre y melódica exposición a la que concurrieron muchos aficionados.

Hubo premios consistentes en copas y diplomas que fueron entregados a los ganadores por las autoridades provinciales y locales.

Exposición que fué muy visitada en el transcurso de los días en que se tuvo abierta al público.

EXPOSICION-VENTA DE ARTE AFRICANO

Esta exposición, organizada por los Padres Blancos, misioneros en Africa, con el objeto de dar salida a los trabajos de arte primitivo que han promovido entre los pobladores de las distintas zonas misionales, con el fin de ayudarles económicamente en sus necesidades más elementales.

Exposición que fué muy visitada y en la que se recaudó bastante dinero, dada la cantidad de figuras, etc., que se vendieron, y a la que asistieron todas las autoridades el día de su inauguración.

La excelentísima Diputación ofreció las salas de la Casa de la Cultura, como a los demás actos celebrados, bajo la dirección del Organismo provincial.

CONCIERTO DE PIANO POR JOAQUIN PARRA

Como los demás conciertos y conferencias, fueron organizados o favorecidos por la Diputación provincial.

Brillante actuación de este joven pianista extremeño, natural de Fregenal de la Sierra (Badajoz), descendiente de familia de músicos e impuesto al piano desde muy temprana edad, que con extraordinaria sensibilidad interpretó obras de Mozart, Schumann, Beethoven, Chopin y Liszt.

Fué muy aplaudido por la gran cantidad de público asistente.

CONFERENCIAS DE D. ANTONIO FERNANDEZ-CID

El 11 y 12 de Marzo de 1968 tuvieron lugar dos conferencias de D. Antonio Fernández-Cid.

Acertadas y amenas conferencias sobre paisajes musicales, a vista de crítico, en las que el día 11 desarrolló impresiones líricas de Italia y sus grandes teatros, en relación con el problema de la ópera en España, y el día 12, sobre Festival de Salzburgo (Del Mozart de la Filarmónica de Viena al "Boris" de Karajan).

Mantuvo coloquio al final de las mismas, en el que contestó a preguntas y aclaraciones que dirigieron los asistentes.

Un gran éxito de público.

EXPOSICION DE PINTURAS DE MARIA JOSEFA PERAL

En el mes de Marzo se celebró la exposición de pinturas de María Josefa Peral.

Pintora autodidacta, natural de Córdoba y vecina de Mérida (Badajoz), que presentó treinta y dos obras de temas muy variados, como paisajes, bodegones, figuras, etc., siendo su exposición muy visitada y a cuya inauguración asistieron todas las autoridades.

EXPOSICION DE PINTURAS DE ANITA SANCHEZ GARCIA

Presenta veintisiete obras, principalmente bodegones, esta joven pintora segedana con estudios en Madrid, en Bellas

Artes, con interesante visión del tema y factura de sus obras.

Exposición muy visitada, en la que el día de su inauguración concurrió númeroso público, autoridades y críticos de arte.

Debemos resaltar la intensa labor que la Sección de Cultura de la Diputación está llevando a cabo con indiscutible éxito.

I SEMANA DE ARTE

Organizada por la Agrupación Provincial de Bellas Artes y patrocinada por el excelentísimo Ayuntamiento, se celebró en los salones de la Real Sociedad de Amigos del País, durante los días 1 al 6 de Abril de 1968, la I Semana de Arte, con el siguiente programa:

Lunes, 1.—Exposición de Libros de Arte.

1.º El libro de arte y Picasso, por Jesús Delgado Valhondo.

2.º Tres poesías a Picasso, por Luis Alvarez Lencero, Manuel Pacheco y Jesús Delgado Valhondo.

3.º Mística y ascética en el Arte Extremeño: Zurbarán, por Antonio Zoido; Morales, por Manuel Terrón Albarrán, y Ortega Muñoz, por Arsenio Muñoz de la Peña.

Se expusieron cuadros de Zurbarán, Morales y Ortega Muñoz.

Martes 2.—*Cinco pintores extremeños contemporáneos.*

1.º Felipe Checa, por A. Pérez Checa.

2.º Nicolás Mejías, por Tomás Rabanal Brito.

3.º Carrasco Garrorena y Timoteo Pérez Rubio, por F. Vaca Morales.

4.º Eugenio Hermoso, por Julio Cienfuegos.

Se expusieron cuadros de estos pintores.

Jueves 4.—*In memoriam de F. Calzadilla.*

1.º Arte prehistórico en Extremadura, por Miguel Pérez Carrascosa.

2.º Semblanza de un coleccionista: Fernando Calzadilla, por José Sanabria.

Viernes 5.—*El cine y el arte.*

Proyección de tres documentales en color sobre temas artísticos. Presenta Juan A. Cansinos.

Sábado, 6.—*Exposición de apuntes de Covarsí.*

1.° Covarsí, pintor, por Enrique Segura.

2.° Covarsí y la caza, por Antonio Cuéllar.

3.° Palabras de clausura, por F. Pedraja.

Se expusieron tambien el Medallón en bronce del busto de Covarsí, de Juan de Avalos, fotografías del monumento al pintor y las pruebas en color de su libro homenaje.

La finalidad de esta I Semana de Arte ha sido exaltar los valores artísticos de nuestra región y sumarnos cordialmente al homenaje al pintor Adelardo Covarsí, recordando también a ese gran coleccionista de arte, Fernando Calzadilla, que llegó a reunir una de las colecciones particulares más importantes de España.

REVISTAS

ESPAÑOLAS

Alcántara. – Cáceres, Enero-Junio 1967. Núm. 148.

Sumario: Perfil de una generación, por Emilio Martín de Cáceres. – Ideario extremeño, por Fray Juan de los Angeles. – Nuestros clásicos: La abeja (madrigal), por Juan Pablo Forner. – Recuerdos: Cosas suyas, por Miguel Muñoz de San Pedro, conde de Canilleros. – Estatua yacente: Prosa del pensamiento, por Fernando Bravo y Bravo. – Las modas científicas, por Carlos Callejo Serrano. – Viernes Santo, por José Canal. – La metafísica de Ortega y Gasset, por Eugenio Frutos. – Ardentía, por Manuel Ostos Gabella. – Devociones cacereñas: La «encamisá» de Torrejoncillo, por Valeriano Gutiérrez Macías. – Pensamientos, por Buda, Corneille, San Juan de la Cruz y Baterlemy. – Otros trabajos.

Archivo Hispalense. – Sevilla, Marzo-Abril 1966. Núm. 135.

Sumario. – Artículos: Más sobre Alejandro de Saavedra, entallador gaditano, por Hipólito Sancho de Sopranis (†). – El anticuario gaditano Pedro Alonso O'Cronley. (Su vida, su Museo y sus diálogos de medallas antiguas, con una carta inédita a D. Antonio Ponz), por Pablo Antón Solé, pbro. – Apuntes históricos genealógicos de la «Casa de Sevilla» (continuación), por Vicente Pérez de Sevilla y Ayala. – Miscelánea: Extracto de los diarios de operaciones en la Cruzada de las banderas de F. E. T. y de las J. O. N. S. –

Libros.–Ilustraciones: Dos grabados de portada del Catálogo de medallas antiguas.

Archivo Ibero Americano.–Madrid, Octubre-Diciembre 1967. Núm. 108.

Sumario: Comisarios de San Gregorio de Filipinas en la Corte de Madrid (1853-1897), por Antolín Abad, O. F. M.–Los P. P. L. Godínez y E. García Moral, Comisarios de la provincia de Castilla, por Juan Meseguer Fernández, O. F. M.–Fray Pedro de Atarrabia, O. F. M., y Jaime II de Aragón (1317-1320), por Pío Sagües, O. F. M.–Viaje de Alvaro de Mendaña a través del Mar Pacífico, por Celsus Kelly, O. F. M.–Reseñas.–Crónica.–Libros recibidos.–Indice general del volumen 27 (1967).–Indice alfabético.

Archivo Ibero-Americano.–Madrid, Enero-Junio 1968.–Núms. 109-110.

Sumario.–Documentos en torno a las Misiones de Marruecos, Epistolarios de los P. P. Lerchundi y Cervera, O. F. M., por Antolín Abad, O. F. M.–Provinciales Compostelanos (siglos XVI-XIX), por Manuel R. Pazos, O. F. M.–La provincia descalza de San Gabriel y sus libros de patentes (1824-1835), por Arcángel Barrado, O. F. M.–Notas de bio-bibliografía franciscana, por Manuel Castro, O. F. M.–Las Cofradías de la Vera Cruz. Documentos y notas para su historia, por Juan Meseguer, O. F. M.–Reseñas.–Libros recibidos.

Archivo Teológico Agustiniano.–Valladolid, Septiembre-Diciembre 1967. Vol. II. Fasc. III.

Sumario: Artículos.–El Dios de Hegel, por Ramiro Flórez–La prueba agustiniana de la existencia de Dios (Intellectus quaerens fidem), por Lope Cillernelo, O. S. A.–San Agustín y la unidad de los cristianos, por J. Morán, O. S. A.–Textos y glosas: Asamblea Nacional de Prefectos de Estudios de Seminarios Mayores, por Dictinio R. Bravo, O S. A.–Para leer a Teishard de Chardin. La dialéctica teilhardiana, por José Rubio, O. S. A.–Libros.–Indice general.

Boletín de la Academia Ibero-americana y Filipina de Historia Postal.-Madrid, Julio-Diciembre 1967.-Núms. 80-81.

Sumario.-El Doctor Thebussem, por José de Castro y Serrano.-Cinco cartas para el correo, por el Doctor Thebussem.-Nota sobre la voz «Correo»; para encabezar el libro de un amigo, por Ceferino García Martínez.-Etimología de «Correo», por Camilo José de Cela.-Historia del Correo en México (continuación), por Ricardo Casanova Castellano.-Correos marítimos entre Falmouth y La Coruña (1689-1815) (continuación), por Antonio Meijide Pardo.-Bibliografía.

Boletín de la Real Academia Española.-Madrid, Mayo-Agosto 1967.-Tomo 47, Cuaderno 181.

Sumario.-Enmiendas y adiciones a los diccionarios de la Academia aprobadas por la Corporación (Mayo-Agosto 1967).-Las hablas del Alto Mijares y Fanzara (provincia de Castellón), por M. Sanchis Guarner.-Más apuntes para un comentario del «Libro del buen amor», con otras observaciones al margen de la reciente edición de G. Chiarini, por Margherita Morreale.-Cartagena, poeta del Cancionero general, por Juan Bautista Avalle Arce.-Contribución a una Bibliografía de Dialectología española y especialmente americana, por Avellaneda, María R., Norma Buciantini, Edda Lekker de Prats, Jorge Prats y Juana V. Rodas.-Información académica.-Publicaciones ingresadas en la Biblioteca.

Boletín del Seminario de Arte y Arqueología de la Universidad de Valladolid.-Valladolid, 1966. Tomo XXXII.

Sumario.-Demografía y Arqueología hispánicas de los siglos IV al VIII. Ensayo de cartografía, por Pedro de Palol.-El Maestro de Sobrado, por Juan José Martín González.-Juan de Villoldo, por Jesús M.ª Caamaño Martínez.-Las sillerías de coro del maestro Rodrigo Alemán, por Héctor Luis Arena.—Saltés, la isla de la Atlántida y Tartesos, por Federico Wattenberg.-La circulación monetaria ibérica, por Ricardo Martín Valls.-Nuevo grupo de

jarritos litúrgicos de tipo copto, procedentes de Cerdeña, por Martín Almagro Gorbea.–Documentos para el estudio del arte en Castilla. Maestros relojeros, por Esteban García Chico.–Testamentos de pintores, por Alejandro Martín Ortega.–Varia.–Noticiario.–Bibliografía.

Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura.–Castellón de la Plana, Octubre-Diciembre 1967.–Tomo XLIII.

Sumario.–El paleógeno de «El Collet» (Castellón), por Vicente Sos Baynat.–Un capitán de empresa, por Angel Sánchez Gozalbo.–Un aspecto desconocido de Tamayo y Baus: su obra lírica, por Ramón Esquer Torres.–El arquitecto barroco Juan Pérez Castiel, por Salvador Aldana Fernández.–Una variedad botánica nueva para la Flosa española, por Manuel Calduch Almela.–Notas bibliográficas.–Indices.

Celtiberia.–Soria, 1967. Núm. 33.

Sumario.–Angel del Río en Soria, por Gerardo Diego.–Introducción al estudio teológico de la «Mística Ciudad de Dios», por Angel Martínez, O. F. M.–Linajes sorianos.–Hombres ilustres de la familia Salcedo (III Centenario de D. Luis de Salcedo, 1667-1967), I, por José Sanz y Díaz.–El Refectorio de Conversos en Santa María de Huerta, por Fr. M.ª Tomás Poborosa López.–Vida y desventura económica de Soria, por Pablo de Fuenmayor, Marqués de Surco.–Avance del estudio de las pinturas rupestres de «El Prado de Santa María», en el término de Pedrajas de Soria, por Teógenes Ortego.–Varia.–Notas bibliográficas.

Goya.–Madrid, Julio-Agosto 1967. Núm. 79.

Sumario.–El altar mayor en la iglesia de San Ignacio, de Amberes, por Nina Ayala Mallory.–Tesoros imperiales de China, por Beatriz Andia y Elio.–Los dibujos de Antonio del Castillo, por José Valverde Madrid.–Jaime Mercadé, pintor, orfebre y gran señor, por Alberto del Castillo.–Genovés: El Realismo en la imagen emblemática, por Venancio Sánchez Marín.–Crónica de París,

por Julián Gállego.–Crónica de Londres, por Guy Burn.–Crónica de Alemania, por Jürgen Clas.–Crónica de Tokio, por F. G. Gutiérrez.–«Una sesión de las Cortes de Cádiz», por Gálvez, por Enrique Pardo Canalís.–Noticias de Arte.Summaries:–Biblioteca.

Goya.–Madrid, Septiembre-Octubre 1967. Núm. 80.

Sumario.–Los «vedutisti» venecianos del Setecientos, por Ugo Ferroni.–El pintor Théodose Chassériau (1819-1856) y el mundo ibérico, por Marc Sandoz.–La plata del Museo Ashomoleon, de Osford, por Jonathan Stone.–Del modernismo a la modernidad en el arte checoeslovaco, por Amadeus Bertel.–La pintura de Ortega Muñoz, por José Camón Aznar.–Crónica de París, por Julián Gállego.–Crónica de Italia, por Irene Brin.–Crónica de Barcelona, por Alberto del Castillo.–Crónica de Madrid, por Venancio Sánchez Marín.–Noticias de Arte.–Otra estampa histórica de Juan Gálvez, por Enrique Pardo Canalís.–Summaries.–Biblioteca.

Goya.–Madrid, Noviembre-Diciembre 1967. Núm. 81.

Sumario.–El nuevo museo en el Convento de Santa Clara, de Tordesillas, por el Marqués de Lozoya.–Arcimboldo entre nosotros, por Damián Carlos Bayón.–El dibujo de Benjamín Palencia, por José Camón Aznar.–Max Ernst o la pintura de la antigüedad, por Simón Merchán.–Un album de dibujos de Valeriano Becquer, por Enrique Pardo Canalís.–Crónicas.–Noticias de Arte.–Summaries.–Biblioteca.

Goya.–Madrid, Enero-Febrero 1968. Núm. 82.

Sumario.–Notas sobre Borromini en su tercer centenario, por Luis Moya.–Los murales góticos de Santa Clara de Toro, por José Camón Aznar.–Escultura de los esquimales canadienses, por Phillips L. Hahn.–La pintura de Modesto Cuixart.–Mi antepasado naif, por Juan Antonio Gaya Nuño.–Crónicas.–Noticias de Arte.–Summaries.–Biblioteca.

Guadalupe.-Guadalupe (Cáceres), Enero-Febrero, 1968. Núm. 573.

Sumario: La vida sigue.-A cada uno lo suyo, por Teodoro Fernández.-Francisco de Zurbarán, Teólogo y español en Guadalupe, por Fray Joaquín M. Bardo.-«Padre nuestro que estás en los cielos»..., por T. F.-Devoción Mariana y Concilio Vaticano II, por Fr. Pedro de Alcántara.-Guía para ver mejor a Guadalupe, por Nicolás Sánchez Prieto.-D. Pedro I de Castilla y Guadalupe, por Fray Gregorio Bolívar.-El año internacional del turismo en la nación húngara. En turismo se empieza a pisar fuerte en esta nación del Danubio, por Carlos de Yuste.-Angustias y congojas en el país de Jesús, por Fray Sabino Muñiz, O. F. M.-Otros trabajos.

Hispania Sacra.-Barcelona, 1966. Vol. XIX Núm. 38. 2.º semestre.

Sumario: Estudios.-Temporal y Santoral en el Adviento visigodo, por R. P. Pedro Rovalo, S. I.-El Ordo romano-hispánico de Narbona para la consagración de iglesias, por el R. Miguel S. Gros, presbítero.-Contribución española a la Elección de Pío XII, según la correspondencia de Mariano L. de Urquijo con Antonio Despuig, por el R. P. Luis Sierra, S. L.-Miscelánea.-Dos cartas del hispanista Dom Mario Férotin, O. S. B., por dom Tomás Moral, benedictino de Leyre.-Bibliografía.

Razón y Fe.-Madrid, Noviembre 1967. Núm. 838.

Sumario.-Sínodo universal.-Diálogo del tiempo.-Política despolitizada, por Matías García.-Reflexión deportiva, por José María Cajigal.-Hacia una legislación eclesiástica más evangélica, por Luis Vela.-Cuestiones actuales.-Universidad libre, por Joaquín López de Prado.-Revolución y evolución.-Aspectos de la Revolución de Octubre, por Nazario González.-Teilhard y el despertar del nacionalismo africano, por Thomas P. Melady.-Vida internacional: Los cuerpos de paz, por Antonio Blanch.-El ocaso del poder personal en Francia, por Antonio González Molina.-Nota.-Teología radical, por Alfonso Alvarez Bolado.-Mundo de la ima-

gen.–Las nuevas salas de cine, por Carlos M.ª Stachlin.–Libros,–Reseñas.–Noticias.–Obras recibidas.

Razón y Fe.–Madrid, Diciembre 1967. Num. 839.

Sumario.–Carta a 7.000 jesuítas.–Diálogo del tiempo.–La «fuga de cerebros» y España, por Nazario González.–Nuestra renovación litúrgica, por R. Muñoz Palacio.–Trascendencia y ejemplo del Premio Nobel de Literatura, por Antonio Blanch.–Actualidad internacional.–La discutible actitud de Johnson.–Oriente Medio, hosca perspectiva.–Retraso de Europa, por Alfonso Echanave.–Evocación centenaria.–Máscara y rostro en el teatro de Pirandello, por Florencio Segura.–Obispos y laicos en Roma.–Una iglesia reformadora, por Robert Ronguette.–Logros y descepciones del Congreso Mundial de los Laicos, por Ricardo Sanchís.–En la frontera del diálogo.–Crónica «diferida» de Marienbad, por A. Alvarez Bolado.–Cine.–Paúl Wegener, por Carlos María Stachlin.–Libros.–Reseñas.–Obras recibidas.–Indice general del tomo.

Razón y Fe.–Madrid, Enero 1968. Núm. 840.

Sumario.–La incógnita económica.–Diálogo del tiempo.–La guerra y sus libros, por Nazario González.–Nuevos estatutos para la Acción Católica Española, por Ricardo Sanchís.–Crítica y cólera, por J. M. Granero.–«El tragaluz», por Tomás Zamarriego.–Balance Internacional.–Norteamérica.–El mosaico comunista.–Los mundos del subdesarrollo.–J. Europa, por Alfonso Echánove.–Encuentro de religiones.–Significado del cambio de visitas entre Roma y Constantinopla, por Agustín Card. Bea.–Problemas actuales de teología cristiana de las religiones, por M. de Espalza.–Otros trabajos.

Razón y Fe.–Madrid, Febrero 1968. Núm. 841.

Sumario.–Más allá del ateismo –Diálogo del tiempo.–Los gibraltares, por A. Echánove.–Cristianos explícito, por A. Alvarez Bolado.–Cultura moderna.–La nueva Biología, por Carlos

María Lostao.–Multiversidad, por Antonio Blanch.–Difusión de la fe.–Apuntes de una pedagogía de la fe para jóvenes, por M. García Martínez.–Kerygma moderno, por W. Köster.–Actualidad política.–La Revolución Cultural en la China Comunista, por Fernando Mateos.–La Iglesia de hoy.–El Concilio de Holanda, por Manuel Alcalá.–Cine.–Pargy and Bess, por Carlos M. Staehlin.–Libros de nuestro tiempo.–Reseña (al dorso).–Novedades editoriales.

Razón y Fe.–Madrid, Marzo 1968. Núm. 842.

Sumario.–Universidad.–Diálogo del tiempo.–Publicidad televisiva, por Luis Espinal.–Más regionalismo, por Antonio Blanch.–Crisis del matrimonio.-Necesidad del amor sexual, por Luis Vela.–La incógnita de la juventud.–La juventud reciente, por N. González.–Pasaron los «hippies», por A. Gz. Molina.–Renovación cristiana.—Nueva etapa del movimiento ecuménico, por L. Acebal.–Exigencia ignaciana de novedad, por I. Iparraguirre.–Teología del futuro en la América presente, por M. Matos.–Tercer mundo.–La conferencia de Nueva Delhi, por Xavier Adroer.–Cine.–El viejo y el niño, por C. Stachlin.–Libros de nuestro tiempo.–Reseñas.–Noticias.–Novedades editoriales.

Revista Calasancia.–Madrid, Enero-Marzo 1868. Núm. 53.

Sumario: Estudios y artículos.-Puntos para una cultura humanocristiana, por Antonio de la Torre Alcalá, Sch. P.–La Iglesia y la educación, por Giulio Bonafede.–Causas y posibles remedios del malestar universitario de España, por Serafín M. Tabernero del Río.–Notas.–Sobre la Universidad libre, por Claudio Vila Pala, Sch. P.–La libertad de enseñanza en la República Argentina, por Iván R. Luna, Sch. P.–Textos y documentos.–Discurso del Papa al Capítulo General de los P. P. Escolapios.–Bibliografía.–Información.

Revista de Dialectología y Tradiciones Populares.–Madrid 1967. Tomo XXIII. Cuadernos 3.º y 4.º

Sumario.–Arabismos y guanchismos en el español de Cana-

rias, por José Pérez Vidal.–La danza religiosa de Saint Joan Pelós en las Islas Baleares, por Gabriel Llompart.–Almohadas y calzados moriscos. Secuestros de bienes en Mondújar y en Granada (1557-1559), por Juan Martínez Ruiz.–Nuevas variantes asturianas del Romancero Hispánico (II), por J. L. Pérez de Castro.–La alfarería de Mota del Cuervo, por Natacha Seseña.–El pan de Ayacucho (Perú), por Vilma A. Uribarri de González.–Archivo –Notas de Libros.–Noticias.–Necrología.

Revista de Estudios de la Vida Local.–Madrid, Septiembre-Octubre 1967. Núm. 155.

Sumario: Estudios.–La previsible alteración de nuestra división territorial, por Luis Jordana de Pozas.–El futuro de los bienes comunales, por Ramón Martín Mateo.–La excedencia en la Administración Local, por Esteban Gaja Molist.–Crónicas.–Estadísticas.–Jurisprudencia.–Crónica Legislativa.-Sección Informativa.–Bibliografía–Revista de Revistas.

Revista de Estudios de la Vida Local.–Madrid, Noviembre-Diciembre 1967. Número 156.

Sumario: Estudios.–La Provincia, cauce de representación política, por José M.ª Boguera Oliver.–El procedimiento admininistrativo en la declaración de Centros y Zonas de Interés Turístico Nacional, por Miguel Montoro Puerto:–Crónicas.–Estadística.

Sal Terrae.–Comillas (Santander), Noviembre 1967. Vol. 55.

Sumario.–Concepción virginal, por A. Martínez Sierra.–Estudios canónicos.–Facultad de los Obispos para dispensar de las leyes generales de la Iglesia, por E. Fernández Regatillo.–Notas: El «Silencio o canto» antes de la oración «Postcommunio». Rito y valoración Pastoral, por P. Rojo.–El Pueblo de Dios en el camino de los hombres.–III Congreso Mundial de Apostolado Seglar, por R. Sanchís.–Consultas.–Bibliografía.

Sal Terrae.–Comillas (Santander), Enero 1968. Vol. 56.

Sumario.–En qué partido apuntarse, por Luis Acebal.–La Teo-

logía Natural en la Teología Católica, por M. Martínez Pastor.–Crisis de la Fe, por A. Martínez Sierra.–Notas: Tercer Coloquio de Profesores de Teología Moral, por A. Fernández Díaz Nava.–Ante el primer trasplante de corazón humano, por A. Fernández Díaz Nava.–Consultas.–Bibliografía.

Sal Terrae.–Comillas (Santander), Febrero 1968. Vol. 56. Núm. 2.

Sumario.–Hacia la democratización de la cultura, por J. López de Prado.–La experiencia matrimonial, por L. Vela.–Sinceridad para con Dios, por C. Valverde.–Estudios: Pecado mortal y pecado grave, por G. Higuera.–La exposición del Santísimo, por E. F. Regatillo.–Notas: Semana internacional sobre Dios-ateismo, por M. Alegre.–Consultas.–Bibliografía.

Sal Terrae.–Comillas (Santander), Marzo 1968. Vol. 56. Núm. 3.

Sumario.–Antecedentes bíblicos de modalidades del ateismo moderno, por J. Alonso.–La absolución colectiva sin previa confesión, por F. Torre López.–Matrimonio y Familia, por L. Vela.–Luz y oscuridad en el camino de la fe, por M. G. Martínez.–Estudio Canónico: La confesión sacramental comunitaria, por E. F. Regatillo.–Consultas, por E. F. Regatillo.–Bibliografía.

Sal Terrae.–Comillas (Santander), Enero-Abril 1968.

Sumario.–Parte práctica: Homilética.-Parte práctica: Catequética.

San Jorge.–Barcelona, Abril 1967. Núm. 66.

Sumario.–Editorial: El nuevo eslabón intermedio.–Festividad de San Jorge.–Centenario del nacimiento de Paúl Claudel, por Octavio Saltor.–Cátedra de Lengua Catalana en el Seminario de Filología de San Cugat y enseñanza del catalán en varias instituciones de la Diputación.–Importancia del túnel del Cadí para la provincia de Barcelona, por Jaime Castell.–Melodías catalanas en los carrillones holandeses, por M.ª Dolores Coll.–Elección de nuevos diputados –Crónica.–Sesiones plenarias.–Fotos.

EXTRANJERAS

Atenea. – Concepción (Chile), Enero-Junio 1967. Núms. 415-41

Sumario. – Ausencia y presencia de Rubén Darío, por Milton Rossel. – Tricanto de movimientos pausados en su honor, por Pablo Neruda. – Recursos narrativos en «El Fardo», por Homero Castillo. – El tema del alma en Rubén Darío, por Jaime Concha. – Rubén Darío en mi Archivo, por Sergio Fernández Larrain. – Teoría del enigma: Darío a la luz del simbolismo, por Jaime Giordano. – Otros trabajos.

Revista de Guimarães. – Guimarães, Janeiro-Junho 1967. Vol. 77 – Núms. 1-2.

Sumario. – Lixicógrafos portugueses da lingua latina, por J. Mendes de Almeida. – Novas gravuras rupestres da Gruta do Escoural, por M. Farinha do Santos. – O Paleolítico da Tróia de Setubal, por F. Bandeira Ferreira. – O povoado neo-enolítico das Salemas, por O. Veiga Ferreira e L. Alburquerque. – Varia Epigrafía, por J. Mendes de Almeida e F. Randeira Ferreira. – Roias usadas pelo pescadores estremenhos, por G. Felgueiras. – Estação paleolítica da Areora (Viana do Castelo), por M.ª Cristina Santos. – Peças eneolíticas de pedra com furação central. – Vaso vidrado lusitano-romano, por R. Freire de Andrade e O. Veiga Ferreira. – Al comemorações da inauguração do Edificio da Soc. M. S., por Mario Cardizo. – O espiritu de Sarmento na letra das suas cartas, por Luis de Pina. – O Universo de Raúl Brandão, por J. Sant'Anna Dionisio. – Os nossos Sócios Honorários: Fidelimo de Figueiredo, por Mario Cardozo. – Bibliografía. – Boletim. – Biblioteca e Museu.

Revista de Etnografía. – Porto, Abril 1967. Vol. VIII. Tomo 2.

Sumario. – Permanenze símboliche in un prototipo di vaso tiahuanacota del Lago Titicaca, por Alfredo Sacchetti. – O cavaquinho. Estudo de difusâo de un instrumento musical popular, por Jorge Dias. – Terras de Espanha, voz do Brasil (confrontos e semchhancas.

por Luis da Cámara Casundo.–Psicología de la mujer vasca, por Pilar de Cuadra.–Nossa Senhora da Luz. Nota etnográfica da raia mirandesa, por Margarida Ribeiro.–Tradições populares de Vila Nova de Gaia. As modas tradicionais de Gulpishaes, por Carlos Valle.–Cantos populares de Galiza, por Lois Carré Alvarellos.–Varia.–Bibliografía.

Revista de Etnografía.–Porto, Vol. IX. Tomo I. Julio 1967.

Sumario.–O vestuario mundano de algunas imagens do Menino Jesu, por Flávio Gonçalves.–Le «Justo Juez», an Mexique, por Robert Ricard.–Los enigmas filosóficos, naturales y morales del Dr. Cristóbal Pérez de Herrera.–Interés médico-pedagógico y folklórico, por A. Castillo de Lucas.–Folklore, Ethnographie, Archeocivilisation, por André Varagnac.–Folclare e educação, por Renato Almeida.–«Desejo» e Couvade, por Luis da Cámara Casendo. -Otros trabajos.

Romance Philology.–Los Angeles (California), Agosto 1967. Vol. 21. Núm. 1.

Sumario: Article.–Periodic Syntax and Flexible Meter in the Divina Commedia, por Aldo D. Scaglione.–Notes. The Love Potion in the French Prose Triston, por Alan Fedrick.–The Patronage of La Conquête d'Irlande, por William Sayers-Review Article. Problemas del nuevo Diccionario Histórico (Diccionario histórico de la lengua española, ed. by Real Academia Española, I: 1-5), por C. P. Otero.–Reviews-Briefer Reviews.